

Perseguida por las sombras

Francisca Herraiz



Perseguida por las sombras

Francisca Herraiz

Título: Perseguida por las sombras

©2017, Francisca Herraiz

©Portada, correcciones y maqueta, Francisca Herraiz

<http://escrituracorrecta.webnode.es/>

Todos los derechos reservados

Distribuido por Amazon

A mis padres

Más libros en www.Libros4.com

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[Epílogo](#)

Tenía 13 años cuando supo que lo que más deseaba en el mundo era poder curar a los animales. Se dio cuenta una tarde en la que salió a jugar con su hermano pequeño Darrell. A los dos les encantaba corretear por la llanura en busca de insectos. En aquel lugar apartado y solitario era fácil encontrarlos. Darrell poseía una buena colección que exhibía pinchada en una tabla de madera. A ella no le agradaba demasiado, pero Darrell se sentía orgulloso y solo por eso valía la pena. El inconveniente, su padre. A él le parecía una soberana estupidez, por lo que el pequeño debía guardar la tabla en el establo, escondiéndola para que no la viera. Si algún día la encontraba, la quemaría, de eso estaban seguros. La afición de Darrell se convirtió en un secreto común que les unió aún más.

Vivían en una pequeña cabaña de madera que sus padres construyeron hacía ya más de diez años. La casa estaba apartada del mundo, alejada del pueblo y sus gentes. Su padre decía que era mejor, un lugar donde nadie pudiera molestarles. Elisabeth, por ser la mayor, aún conservaba algún recuerdo de aquellos primeros años en los que vivían con su madre. Entonces todo funcionaba como tenía que ser, todavía eran felices. Después llegó la enfermedad. Su madre comenzó a toser, al principio parecía un simple catarro, más tarde creyeron que era una gripe fuerte, al final, el doctor les dio un diagnóstico más fiable. Tisis. Cuando murió, Elisabeth tenía 12 años y su hermano 8. Recordaba el entierro, ella fue incapaz de llorar porque se negaba a creer que se había ido para siempre, que nunca más volvería a verla. Al llegar a casa permaneció sentada en la silla, frente a la puerta, con la esperanza de verla entrar en cualquier momento. No fue hasta la noche, tranquila en la cama, cuando la realidad la asaltó de golpe. No volvería, jamás. Ante tal certeza, que la asaltó como un animal hambriento, se derrumbó y lloró.

Pero no lo hizo en la cabaña, no quería despertar a su hermano, con quien compartía lecho. Salió con cuidado y corrió colina arriba, donde estaba la tumba de su madre. El lugar era alto, se veía toda la pradera y las montañas, el río a lo lejos y el cielo estrellado. Frente a la tumba un viejo árbol que había estado allí décadas, frondoso y de tronco robusto, que parecía proteger el alma de su madre. Se arrodilló, cubriéndose el rostro con los brazos, apoyando la cabeza en el suelo, en un intento de acercarse a su madre, de

sentirla por última vez, y se dejó llevar por el dolor, por los recuerdos. Aún podía oler su perfume, escuchar su voz, imaginar su sonrisa. Era imposible que se hubiera ido, era injusto, la necesitaba, ¿por qué la dejaba sola? Sentía rabia, dolor, frustración y todo se transformaba en lágrimas. No había suficientes para aplacar su pena, su soledad, su añoranza.

No sabía cuánto tiempo llevaba echada sobre la tierra, pero fue en aquel momento cuando tuvo su primer encuentro con los indios. Se incorporó para rezar y la vio. Estaba a pocos metros de ella, observándola. No sabía por qué no le infundió miedo, tal vez fuera porque le recordaba a su madre. Esa pose segura, ese gesto tierno, ese cabello largo y oscuro, ondeando al viento, como le gustaba llevar a su madre cuando nadie la veía. Después solía recogerlo en un pulcro moño, más cómodo para trabajar y más digno de una señora casada. Llevar el cabello suelto, a su edad, como solía contarle, era más típico de una adolescente y ella no quería estar en boca de nadie. Pero en más de una ocasión la vio pasear por el campo, disfrutando del viento en la cara, dejando que el largo cabello ondeara hacia atrás. Tenía un brillo especial y un tacto suave.

Aquella mujer no mostraba gesto amenazante. Se miraron unos segundos, sin moverse, ni decir nada. La mujer asintió y gritó, un grito indio moviendo la lengua, largo y claro. Luego se marchó, sin más. Elisabeth se quedó algo desconcertada. ¿Qué había pasado, por qué se había marchado sin hacerle nada? No tuvo fuerzas de seguir cuestionando lo sucedido. Se sentía cansada. Se secó las lágrimas y se levantó. Miró a su alrededor, no se veía a nadie. Sacudiéndose la arena del camión, caminó de vuelta a casa.

Al llegar, encontró a su hermano solo. Su padre no estaba. Muy cansada para preguntarse dónde habría ido, ni cuándo volvería, se tumbó a su lado, le abrazó con cuidado y cerró los ojos.

Le despertó Darrell, algo inquieto. Su padre volvía a casa, acompañado por dos hombres del pueblo. No podía mantenerse en pie, tan borracho que estaba. Los hombres lo recostaron en la cama y allí se quedó, tumbado, con los ojos cerrados, roncando. En eso se convirtió su padre en el mismo momento en que perdió a su mujer, en un borracho que se marchaba al amanecer y no volvía hasta el anochecer, totalmente ebrio, intentando olvidar a su mujer a través del alcohol, dejando a sus hijos solos en aquel lugar apartado.

Elisabeth, cumplidos ya los 13 años, tuvo que asumir el mando. De la noche a la mañana, su niñez desapareció y se convirtió, a marchas forzadas,

en una mujer. Se encargaba de echar de comer a los animales, cepillar a los caballos, limpiar el establo, preparar el almuerzo, la comida, la cena, limpiar la casa, enseñar a leer a Darrell, mientras que su padre se emborrachaba.

Por las noches terminaba rendida, sin tiempo ni ganas para jugar. Antes de apagar la vela, contemplaba la muñeca de trapo que le hizo su madre cuando ella tenía cinco años. Olvidada encima de la cama todo el día, como el recuerdo de su madre que, con el trabajo, se encargaba de mantener alejado. Una vez tumbada, abrazaba con fuerza la muñeca y lloraba en silencio.

Fue poco después cuando su hermano la aficionó a la búsqueda de insectos. Su vida se había vuelto tan monótona que, cuando Darrell le mostró el escarabajo que había cazado, le pareció de lo más interesante que había pasado en meses. De esta forma comenzaron sus breves excursiones en ausencia de su padre. Se tomaba un pequeño descanso por las mañanas para pasear junto a Darrell y competir por quién lograba el bicho más raro o más grande.

Uno de aquellos días supo lo que quería hacer. Fue una mañana cualquiera. Se separó de su hermano unos metros, inmersa en su búsqueda. Los dos se tomaban muy en serio el reto y se esmeraban en encontrar el mejor insecto. Mientras buscaba entre las rocas, escuchó un ruido. Al principio no le dio importancia, pero después le pareció que eran gemidos. El terreno estaba lleno de árboles y el río no quedaba lejos. Se oían pájaros por doquier, el movimiento de las hojas por el viento, el agua bajando por el río, eran sonidos que reconocía, el que oía en ese momento parecía el de un animal.

Giró sus pasos hacia allí y no tardó en encontrarlo junto a un árbol. Se mordía una de las patas traseras. Al verla intentó huir. Elisabeth comprobó que arrastraba la pata, parecía rota y tenía una fea herida en el muslo. La liebre se detuvo, agotada. Con una pata inservible era una presa fácil. Se acercó con cuidado quitándose el delantal. Se arrodilló junto al animal y le acarició con cuidado las largas orejas. El animal se relajó al no verse en peligro.

— Tranquilo, no voy a hacerte daño — Lo cubrió con la prenda y lo cogió en brazos —. ¡Darrell, nos vamos a casa!

Su hermano vino corriendo, aún con las manos vacías. Al verla con algo en los brazos, frunció el ceño y ladeó la cabeza.

— ¿Qué tienes ahí? — Abrió mucho los ojos al pensar de qué clase de insecto se podía tratar con aquel tamaño —. ¿Eso es un bicho?

Elisabeth se rio, mientras le destapaba la cabeza a la liebre. Darrell sonrió

dando saltos de alegría.

— ¡Qué bonita es!, pero... — Miró en dirección a la cabaña — padre la querrá para la cena — Al pensarlo, la sonrisa desapareció de su rostro.

Elisabeth volvió a tapar a la liebre.

— No tiene por qué enterarse. La esconderemos en el establo. Tiene una pata herida, cuando esté curada la soltaremos, ¿qué te parece?

La idea le hizo volver a saltar de alegría y dar palmas de entusiasmo.

— Me parece la mejor idea del mundo, venga, vamos, date prisa, volvamos a casa antes de que vuelva papá — dijo Darrell con su voz infantil que tanto adoraba Elisabeth. Ahora que su padre había decidido ahogar las penas con whisky, lo único que tenía era a su hermano.

Corrieron, sin que fuera necesario, porque su padre no regresaría hasta la hora de la cena. Elisabeth curó la pata de la liebre y descubrió, satisfecha, que no se le daba nada mal. Le gustó y pensó que sería bonito poder dedicarse a ello. Conocía al veterinario del pueblo, en alguna ocasión tuvo que venir para curar a los caballos. Le encantaba verle trabajar. Él le sonreía y le explicaba lo que iba haciendo. Tal vez él pensara que no le prestaba atención, pero Elisabeth aprendió mucho con sus visitas. Y todo eso le ayudó ahora para curar la pata de la liebre. Satisfecha con el trabajo, supo que quería trabajar como veterinario.

Antes de irse del establo, le dejó al animal agua fresca y heno, después volvió a sus quehaceres. Tuvo que darse prisa en preparar la cena, no quería que su padre sospechara nada. Si se enteraba que había curado a una liebre en lugar de despellejarla para hacer un guiso, le daría unos buenos azotes.

Mientras trabajaba, pensaba en cómo decirle a su padre que quería ir a la escuela. Ese mismo invierno tenía pensado apuntar a Darrell, ya que ella no podía enseñarle nada más. Si estaba de buenas, tal vez podría convencerle para poder acompañar a su hermano. ¿Y quién le decía a ella que no podía continuar si se le daba bien? Una sonrisa se dibujó en sus labios al verse en un pupitre, estudiando. Su madre se hubiera sentido orgullosa. Siempre dijo que las mujeres podían hacer muchas cosas, lo que quisieran, si las dejaban. A su madre le hubiera encantado ser profesora, pero se casó muy joven y poco después les tuvo a ellos. *“Lo primero es el hogar y los hijos, esa es la obligación de una buena esposa, no lo olvides nunca.”* Le decía. ¿Y si ella no quería casarse, y si lo que realmente quería hacer era estudiar, trabajar y no depender de nadie?

La puerta de la cabaña se cerró con un portazo, sacándola de su

ensoñación. Vio entrar a su padre, tambaleándose, con las mejillas sonrojadas por el alcohol.

— Hola, pequeña — Su voz sonaba lenta, pastosa.

— ¿Papá? La cena ya está, enseguida pongo la mesa — respondió ella intentando tenerle contento. Tenía pensado sacar el tema de los estudios durante la cena.

— No, no te molestes, no tengo hambre, cenad tú y tu hermano, yo me voy a la cama.

Subió las escaleras de madera que daban al altillo, donde tenía su cama. No dijo nada más, ni siquiera la miró, no les dio las buenas noches, no les dio un beso de bienvenida. Desde que murió su madre, él les había olvidado, se había alejado. Nunca jugaba con Darrell, nunca la abrazaba a ella, jamás hablaban más allá de unas palabras de saludo o despedida. Al morir su madre, también murió su padre, pues tampoco le tenían a él.

— Buenas noches, papá — dijo en un susurro, viéndole subir las escaleras con dificultad.

Darrell se apartó de la ventana y se sentó a la mesa.

— Hermanita, me muero de hambre, ¿cenamos ya?

Elisabeth le miró, le encantaría disfrutar de esa ingenuidad, de esa ignorancia infantil que aún poseía su hermano. Al menos no estaba sola, se tenían el uno al otro. Le sonrió, asintiendo.

Ya habría otro momento para hablar con su padre.

No hubo ocasión al día siguiente, ni al otro, ni los días posteriores. Su padre siempre llegaba tarde y sin ganas de cenar. Elisabeth se lo quedaba mirando con ilusión en los ojos, con la esperanza de tener una oportunidad. Y mientras esperaba el momento oportuno, seguía cuidando de la liebre. Su pata estaba casi curada, la herida cicatrizó bien y el hueso parecía haberse juntado de nuevo. Consecuencia de todo ello, habían conseguido una nueva mascota. La liebre comenzaba a corretear por el establo, husmeándolo todo, sin asustarse de sus compañeros humanos. Se dejaba acariciar y esperaba complaciente el agua y la comida. Darrell y, ella misma, no podían estar más contentos, pero sabían que en algún momento tendrían que soltarla.

— Se lo comerán los lobos. O algún zorro, ¿no podemos quedárnosla?

Su hermano la miraba con ojos suplicantes.

— Si se queda aquí se la comerá papá — Y se encogió de hombros —. Habrá que esperar lo mejor. No le des más vueltas, es un animal libre y así debe seguir.

Días más tarde, la oportunidad de hablar con su padre, se presentó sola. La cena estaba preparada y, mientras esperaban la hora, Elisabeth escuchaba leer a Darrell, que lo hacía lento y con dificultad. Su madre siempre le dijo que ella no tardó casi nada en aprender y que pronto encontró el placer en la lectura. No parecía que su hermano fuera a ir por el mismo camino.

En casa solo tenían dos libros, uno era la biblia y el otro perteneció a su madre, a quien también le gustaba leer. Era *Viaje al centro de la tierra* de Julio Verne y Elisabeth ya se lo había leído tres veces.

— Esto es aburrido, ¿lo podemos dejar ya? — dijo Darrell con cara de fastidio, cerrando la biblia.

— Está bien, pero mañana lo intentas de nuevo, con más ganas.

La puerta de casa se abrió, ambos se levantaron para saludar a su padre. Al verle, se quedaron con la boca abierta, sin respiración.

— Mirad lo que he encontrado en el establo.

Era la liebre, la que habían estado cuidando todos esos días. Aún tenía la pata vendada. Su padre la sujetaba por las orejas y el animal se retorció, indefenso, en un intento de escapar.

Elisabeth dio un paso hacia él, angustiada. ¿Qué pensaba hacer con el

pobre animal?

— ¿Alguno de vosotros sabe por qué un animal del bosque ha terminado en nuestro establo con una pata vendada?

Su voz no sonaba lenta y pastosa como de costumbre y sus mejillas no estaban sonrojadas.

Darrell se puso al lado de su hermana.

— Yo lo encontré — Mintió por ella.

Elisabeth le miró sorprendida y reaccionó al instante poniéndose delante de él.

— No, papá, le encontré yo, estaba herida y...

Su padre levantó la mano libre para hacerle callar.

— Y la has estado cuidando todos estos días, ¿me equivoco?

Elisabeth asintió, dispuesta a asumir el castigo. Hacía meses que su padre no trabajaba y el dinero no entraba en casa. Lo que se traducía en menos comida. Encontrar una liebre y no matarla para comérsela, era mal asunto. Seguro que su padre se enfadaba. Bajó la mirada, preparada para los gritos.

— Darrell, llévala al establo, quiero hablar con tu hermana.

Darrell corrió a hacerle caso. Cogió la liebre con ambos brazos y salió hacia el establo. Elisabeth estaba preparada.

— Pequeña, siéntate.

Elisabeth le hizo caso, algo confusa. De momento el tono de voz que utilizó su padre fue suave. Demasiado. Podía ser un castigo mayor del que se esperaba. Le vio sentarse frente a ella, miraba la mesa, que estaba recogida y limpia, con un jarrón en el centro lleno de flores frescas. La casa olía al guiso que acababa de hacer para la cena. Su padre cogió aire y la miró con gesto triste.

— Lo siento.

Ella le miró sin comprender nada. ¿Por qué sentía él que ella le hubiera ocultado en el establo un animal que estuvo cuidando en lugar de comérselo?

— Mira la casa, mira a tu hermano, todo está en orden, te has encargado de todo tú sola. Tu madre estaría orgullosa de ti — Se le quebró la voz y bajó la mirada a la mesa —. Me sumergí en mi propio dolor sin pensar en que vosotros también sufríais — Levantó la vista —. Siento tanto haberos dejado solos, yo tendría que haber estado aquí, y no ahogando mis penas en la taberna pero, ¿sabes? Ha sido allí mismo donde me han abierto los ojos. Me he encontrado con el herrero y me ha prohibido seguir bebiendo, me ha hecho entender que tengo dos hijos maravillosos por los que luchar, que tengo que

seguir adelante. ¿Y sabes lo mejor de todo? Me ha ofrecido trabajo.

Darrell entró en casa y esperó en la puerta, indeciso. Su padre se giró hacia él y le instó a acercarse. Le vio sentarse al lado de su hermana.

— Siento haberme comportado así, he sido un mal padre, os he dejado solos en el peor momento, cuando más me necesitabais — Ocultó el rostro en sus manos —. La echo tanto de menos... — Y comenzó a llorar.

Sin pensar, los dos niños corrieron hacia él para abrazarle. Él les rodeó con sus brazos, estrechándoles con fuerza, sin dejar de llorar. Así permanecieron unos segundos, llorando la pérdida, llorando el reencuentro. Más calmados, les separó para mirarles.

— Eres la mejor hija que un padre pueda tener, pero ahora seré yo quien mantenga esta casa, trabajaré y traeré dinero, ¿podrás seguir cocinando para estos dos hombres? — Dijo mientras le revolvía el pelo a Darrell.

— Claro, papá — dijo ella con una tímida sonrisa, sintiéndose feliz por haber recuperado a su padre. Volvía a ser el mismo de antes e iba a encargarse de todo. Era como si se hubiera desprendido de un peso enorme haciéndola sentir más ligera y tranquila.

— Gracias, cariño, sabía que podía contar contigo — Sonrió, levantando la cabeza con orgullo —. Y a partir de ahora, cenaremos todos juntos, en familia, como debe ser. No volveré a llegar tarde, os lo prometo. Y no probaré el alcohol, eso ya es historia. Habéis perdido a una madre, pero no perderéis a un padre.

Elisabeth le volvió a abrazar con fuerza. No podía sentirse más feliz.

Más calmados, se sentaron a cenar, todos juntos, como antes. Incluso Darrell sonreía satisfecho y comía con más apetito. Ella misma sentía que podía comerse dos platos llenos de estofado. Aunque madre no estuviera, habían recuperado parte de la familia. Miró a su padre y a su hermano, comiendo y charlando alegremente. Incluso le habló de cómo encontraron y cuidaron a la liebre sin que hubiera malas caras, o enfados. Le parecía estar soñando. La felicidad volvía a la casa. Fue en ese momento cuando vio su oportunidad.

— Por cierto, papá, hace días que quería hablar contigo — comenzó. Miraba su plato mientras revolvía la comida con la cuchara.

— Dime, cariño — Se llenó la boca con un gran trozo de pan mojado en salsa.

Elisabeth carraspeó y le miró a los ojos.

— Darrell comenzará la escuela este otoño.

Su padre asintió.

— Sí, tendré que hablar con la maestra.

Elisabeth tragó saliva.

— Bueno, pensaba que... — Bajó la mirada hacia su plato — podría acompañarlo — Soltó al fin.

Su padre la miró unos segundos. Se limpió la boca con el reverso de la mano.

— Pues claro que le acompañarás, al menos los primeros días hasta que conozca el camino. Es un trayecto largo.

Elisabeth le miró insegura.

— No, no me has entendido — Su voz tembló —. Yo también quiero ir a la escuela, quiero poder estudiar, como Darrell. Ya sé que pronto cumpliré 14 años, pero aún me aceptarán, en cuanto vean todo lo que me enseñó mamá, seguro que no habrá problemas.

Su padre dejó de comer para mirarla inexpresivo, como si no hubiera escuchado bien. Elisabeth cogió aire para repetirlo.

— Quiero estudiar, papá. Quiero estudiar para poder curar a los animales, como el hombre que siempre llamas para curar a los caballos. Yo quiero aprender para poder hacerlo.

La expresión de su padre se definió al fin poniéndose seria. Había comprendido lo que su hija le estaba explicando y, por su cara, no le gustaba. Dejó la cuchara en la mesa y suspiró.

— Sin duda esas son ideas de tu madre, siempre le dije que no te dejara leer tanto. Sé lo mucho que te gustan los libros y no me opongo a que leas, a tu madre también le gustaba. Si quieres podemos ir al pueblo y encargarnos algunos libros nuevos pero... — Parecía pensar las palabras. Levantó la vista hacia ella —. Tu madre ya te enseñó todo lo que una mujer debe saber, leer, hacer cuentas, dibujar, coser, cocinar, llevar la casa, no necesitas nada más. En unos años podrás casarte y formar tu propia familia. Ya me dirás de qué te servirán los estudios cuando tengas que encargarte de tu marido y tus hijos. Para nada. Una mujer no necesita estudiar, necesita saber estar en su casa y cuidar de los suyos. Como estás haciendo ahora. Y ya sabes que empiezo a trabajar mañana mismo, te necesito aquí, al cargo de todo.

Elisabeth no se rindió, sin atreverse a mirarle, volvió a intentarlo.

— Solo iré unas horas, puedo cuidar de los animales, de la casa y de vosotros, no descuidaré mis quehaceres, de verdad — Le miró con gesto suplicante —. No me he quejado de nada, no te he pedido nada, mamá murió

y me dejaste sola, estudiar es lo que más deseo, por favor, déjame intentarlo, te juro que la casa seguirá en orden.

Su padre suspiró, cansado. Al hablar, su tono fue más duro y su mirada seria.

— Elisabeth, has demostrado ser una jovencita fuerte, comportándote como una adulta, no lo estropees ahora con esta chiquillada. Y me he disculpado por mi comportamiento, ¿no es así? No te consentiré que vuelvas a echármelo en cara, eres mi hija y me debes un respeto. Las mujeres no van a estudiar, no lo necesitan. Te quedarás en casa, me obedecerás y no volveremos a hablar de este asunto, ¿ha quedado claro? Ahora, termina de cenar y recoge la mesa, tengo que acostarme temprano.

Le vio levantarse y salir fuera para cerrar el establo. Darrell la miraba con gesto triste. Elisabeth miró la mesa, aún tenía que recogerlo todo. Se levantó y comenzó a coger los platos.

— ¿Quieres que te ayude?

Ella negó con la cabeza. Los hombres no se encargaban de esas cosas y a ella no le apetecía tener compañía. Se sentía vacía, sola. Su madre la habría entendido, la habría apoyado. ¿Y qué se supone que tenía que hacer el resto de su vida? ¿Limpiar, cuidar de la casa y de los hombres? ¿Y si ella no quería casarse? ¿Y si a ella le gustara vivir sola, ser dueña de sus actos y de su dinero? Miró por la ventana de la cocina, el exterior estaba oscuro, tan oscuro como sus sueños.

La vida continuó igual, solo que ahora su padre llegaba a la hora de cenar, sobrio y contento por volver a trabajar. Cada noche, después de cenar, visitaban la tumba de su madre y le ponían flores frescas. Elisabeth miraba la colina, pero no volvió a ver a la mujer india. Con el tiempo pensó que fue una alucinación o el alma de su madre, que se despidió de ella. Por las mañanas se levantaban temprano, Darrell iba a coger huevos y a darle de comer a las gallinas y ella preparaba el desayuno. Desayunaban juntos y después su padre les besaba en la mejilla y se iba a trabajar con ánimos renovados.

El día a día para Elisabeth era monótono, hasta que llegó el día de apuntar a Darrell a la escuela. Su padre no quiso que les acompañara. A ella le hubiera encantado poder ir, ver la escuela, conocer a la maestra, ver cómo era por dentro, pero su padre insistió en que se quedara en casa. Tuvo que quedarse toda la mañana sola, desesperada. Cuando terminó los trabajos matutinos, salió a dar un paseo. Fue un día triste. A medio camino encontró un pajarillo en el suelo. Algún animal debió atacarle, lo más posible que fuera un gato. Aún movía un poco las alas. Corrió hacia él y lo cogió para darle calor. El animal emitió un grito extraño y su cabeza cayó laxa entre sus dedos. Elisabeth se arrodilló e intentó reanimarle. Le frotó la panza, la abrió el pico, le movió las alas y patas, pero no reaccionó. Había muerto y ella no supo qué hacer, cómo salvarle. Con lágrimas en los ojos, se acercó a un árbol y cavó un pequeño hoyo con sus propias manos, enterrándolo allí. Se sintió triste, no solo por la pérdida, sino por sí misma. Nunca sabría cómo curar a ningún animal, nunca tendría la oportunidad de aprender.

Tapó bien el agujero y se quedó allí, de rodillas, pensativa. Entonces escuchó un ruido entre los árboles. Se puso en pie, alerta, y miró en todas direcciones. La vio a pocos metros de distancia, mirándola como la otra vez. No se movía. Sonrió y asintió con la cabeza. Al verla más de cerca se dio cuenta que no era tan joven como en un principio pensó. Era mayor que su madre cuando ésta murió, tenía varias canas en su cabello liso y oscuro. Algunas arrugas en los ojos y en los laterales de la boca. Una boca pequeña, de labios finos. Su mirada era tranquila, profunda. Era la mirada de una persona sabia, que ha vivido, que ha sufrido, que ha sentido. Su sola presencia conseguía relajarla. Aun así, Elisabeth no supo cómo reaccionar. Su

padre, y casi todos los del pueblo, decían que los indios eran peligrosos que, si veías uno, debías correr como alma que se lleva el diablo. Lo cierto era que a ella esa mujer no le parecía peligrosa y su instinto le decía que estuviera tranquila, que nada iba a pasarle. Así, se quedó parada, en una lucha interior por obedecer o desoír las malas lenguas. No tuvo tiempo de tomar una decisión. La mujer giró la cabeza en un movimiento rápido a su derecha y desapareció al momento. Elisabeth se volvió y vio el carro de su padre que regresaba del pueblo. Corrió a su encuentro. Darrell bajó del carro con cara seria, entregándole a su hermana un libro, una pequeña pizarra y una tiza blanca.

— No quiero ir a la escuela, es aburrida — dijo corriendo hacia la casa.

Elisabeth miró el libro y la pizarra. Era irónico que quien podía estudiar, lo repudiara y ella, que se moría de ganas, lo tuviera prohibido.

— No te preocupes, se le pasará en cuanto conozca a nuevos amigos. Y solo serán dos o tres años, lo justo para aprender a leer y contar, no necesita más para llevar la granja. El tiempo se le pasará volando — Se puso a desatar al caballo —. Anda, cariño, prepara algo de comer, tengo que volver al trabajo.

Ni siquiera la miró, no se fijó en la expresión de su cara mientras miraba las cosas de la escuela. A su madre no le hubiera hecho falta más que un minuto para darse cuenta que su hija era infeliz, pero su padre no se percataba de nada, o prefería ignorarlo. Cosas de mujeres, debía pensar.

— Vamos, cielo, no te quedes ahí parada, tengo prisa.

Elisabeth entró en casa y dejó el libro en la mesa. Darrell se había sentado en el suelo y jugaba con unas piezas de madera. Levantó la vista hacia ella y él sí fue consciente de su tristeza. Aún no era un hombre, era un niño que adoraba a su hermana, con la cual pasaba muchas horas, lo que le llevaba a conocerla muy bien. Se levantó para acercarse a ella. La vio mirar el libro con nostalgia.

— ¿Sabes? Eso de la escuela no está tan bien pero, si tú quieres, yo aprendo todo lo que pueda y luego te lo explico.

Elisabeth no pudo por menos que sonreír y alborotarle el pelo con la mano. Tenía tanta suerte de tenerle.

— Gracias, es todo un detalle, pero lo que aprenderás ahora ya lo sé, me lo enseñó todo mamá. No te preocupes, estaré bien, papá tiene razón, una mujer debe cuidar la casa, y eso da mucho trabajo, no tendría tiempo de estudiar.

Darrell se encogió de hombros.

— De todos modos papá dice que no iré mucho tiempo. Quiere que cuide de la granja y digo yo, para trabajar aquí y quedarme con todo esto, ¿para qué necesito ir a la escuela?

Elisabeth lo miró pensativa. Sí, Darrell heredaría la casa de sus padres, mientras que ella tendría que buscar un marido y un nuevo hogar. Observó las paredes de madera, que sus padres levantaron con sus propias manos. Allí vivió con su madre, estaban todos sus recuerdos, buenos y malos. No quería abandonar esa casa. Sabía que Darrell no la dejaría en la calle en caso de necesidad, pero su padre querría que formara su propia familia. Sintió un escalofrío al verse buscando al hombre con el que compartir toda su vida. Pero, ¿cómo lo iba a encontrar encerrada entre esas cuatro paredes todo el día?

Desde que murió su madre no había vuelto a bajar al pueblo. De eso hacía más de un año. Todos la miraban al pasar, algunos cuchicheaban, otros les miraban con compasión, otros con indiferencia y, los menos, se acercaban para saludar y darles el pésame. Ella hubiera preferido ahorrarse esos encuentros fugaces, aún le dolía hablar de su madre y recordarla. Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano por no llorar. Sentía un nudo en la garganta y le escocían los ojos, pero quiso ser fuerte por Darrell y aguantó como pudo.

Poco a poco, volvieron a acostumbrarse a su presencia y pronto dejaron de ser la comidilla del pueblo. Todos tenían sus problemas y había nuevos escándalos de los que hablar. Y cuando había un escándalo no había forma humana de ignorarlo.

Parando un día a comprar harina, escucharon a dos mujeres hablar de la joven Emily. Elisabeth no la conocía, lo cierto es que no conocía a casi nadie y le interesaban poco los cuchicheos, aunque hablaban tan alto que era imposible no escucharlas. Según dijeron, la tal Emily estaba en cinta de un hombre mucho mayor que ella y no estaba casada. El hombre, que sí lo estaba, la había repudiado en cuanto supo de su estado. La pobre joven se quedó sola, esperando una criatura. Lo peor de todo es que había decidido tener al bebé ella sola, todo un escándalo. *Lo que debería hacer es dejarle el niño a las hermanas de la caridad, eso sería lo más cristiano y no vivir sin marido. Una desvergonzada, eso es lo que era.* Más de la mitad del pueblo le había retirado la palabra y la joven tuvo que optar por irse a vivir a las afueras.

Elisabeth compró la harina y salió de la tienda sin abrir la boca. No entendía por qué la gente opinaba sobre los demás, por qué tenían que juzgar a nadie. Cada uno era dueño de su propia vida y nadie debería entrometerse. ¿No decía la biblia, quien esté libre de pecado que tire la primera piedra? Seguro que todos tenían algo que callar. De buenos cristianos sería ayudar a esa pobre chica y no repudiarla. ¿Qué iba a hacer ella sola con una criatura que alimentar, cómo saldría adelante si todos le giraban la cara al pasar? A veces no entendía a los mayores, decían cosas para luego contradecirse. Su madre le enseñó a escuchar, a no juzgar, a ayudar a los necesitados y hacer caso de su corazón. La adoraba y la echaba de menos.

Cogido de la mano llevaba a su hermano, caminando despacio hacia la escuela. No le desagradaba bajar al pueblo y ver a otras personas, charlar con alguien de vez en cuando pero, para ella, el peor momento era acercarse a la escuela y dejar a Darrell. Le veía correr hacia la puerta, saludar a sus compañeros y a la maestra. Después, la puerta se cerraba, dejando fuera de su alcance sus conocimientos y sus libros. Siempre se quedaba unos segundos parada, mirando el edificio, deseando poder entrar y escuchar lo que la profesora enseñaba. ¿Cómo habría conseguido esa mujer ser profesora? ¿Por qué pudo estudiar y trabajar? Seguro que no tuvo un padre como el de ella. O tal vez tuvo una madre que la ayudó a cumplir sus sueños. Cómo la envidiaba.

Después de un par de minutos, reaccionaba y se giraba con lentitud para volver a la solitaria casa, pensando en todo lo que le quedaba por hacer.

Y así era un día tras otro. Cuidar de los animales, limpiar la casa, cocinar, llevar a Darrell a la escuela, comprar y de vuelta al hogar. Sin amigos, sin distracciones, sin ilusiones, sin sueños, sin tiempo para ella.

Cuando terminaba los quehaceres de la mañana, se sentaba en el porche a leer el libro de su madre. Su padre le prometió traerle más libros, pero no lo hizo. Siempre le decía que no tenía tiempo, que se había olvidado y que, mañana, sin falta, le traería uno. Aún seguía esperando ese mañana que no llegaba nunca.

Sentada en la mecedora, contemplaba el paisaje, escuchaba el canto de los pájaros, el aire suave deslizándose entre el follaje de los árboles y pensaba en que tenía catorce años y que ya se sentía vieja, como si la vida ya hubiera terminado, como si todo estuviera hecho y solo tuviera que dedicarse a ver pasar las horas, unas iguales a las otras. La vida no podía ser tan aburrida. Ante ella estaba todo un mundo que explorar, todo un mundo de conocimientos, ¿por qué debía quedarse ahí encerrada? Tenía tantas preguntas, necesitaba tantas respuestas... Quería, necesitaba un cambio. Pero no sabía que, a veces, se debía tener cuidado con lo que se desea, porque en ocasiones se cumplían y no como uno espera.

Y el cambio no tardó en llegar.

Despertó como cada mañana, en cuanto la luz entraba por la ventana. Preparó el desayuno, dio de comer a los animales con ayuda de Darrell, se despidieron de su padre, desayunaron y repasaron las cuentas que la profesora les pidió hacer como tarea. A Darrell le costaban las cuentas, era perezoso en el aprendizaje, se distraía y no prestaba atención, sin embargo, a

ella le resultaba sencillo y divertido.

Una vez terminadas todas las faenas de la mañana, se prepararon para ir a la escuela. Todo fue normal, cotidiano, nada le hizo pensar que algo cambiaría.

Dejó a Darrell en la escuela y, como siempre, volvió a casa a paso lento, por caminos solitarios, poco o nada transitados. La cabaña estaba tan apartada de todo que nadie frecuentaba el lugar. Hasta ese día.

No se dio cuenta de su presencia hasta que fue demasiado tarde. Iba sumida en sus pensamientos, repasando mentalmente las cuentas de Darrell, ilusionada con poder aprender aunque fuera de forma pasiva. Después tendría que preparar la comida y puede que le diera tiempo a leer un rato. Entonces escuchó pasos de cascos. Ver tres caballos montados por tres hombres adultos no era extraño y, en principio, no se asustó. No le dio importancia, se apartó del camino de tierra sin pensar, para dejarles el paso libre, mirando al suelo con timidez, esperando que pasaran de largo.

No lo hicieron.

En su lugar comenzaron a reírse y a decirle cosas.

— ¿Dónde va una jovencita tan hermosa por estos parajes? ¿No te han enseñado que es peligroso viajar sola? Podrías perderte o algo peor.

Los otros hombres se echaron a reír sin que ella le encontrara la gracia.

— ¿Necesitas compañía?

Ella les ignoró, continuando el camino sin mirarles, apretando el paso y rezando para que la dejaran tranquila.

Los caballos la sobrepasaron y ella sintió cierto alivio. Siguió caminando a paso ligero sin echar la mirada atrás.

— ¿No te han enseñado educación? Fijaos, ni siquiera ha saludado, eso no está bien.

— Deberíamos enseñarle modales.

Los pasos de los caballos sonaron más cerca, al igual que las voces de los hombres. Elisabeth se atrevió a mirar y vio que se habían dado la vuelta para seguirla. Llevaban barba de varios días, el cabello desaliñado y la ropa llena del polvo de un largo camino sin detenerse a lavarse. Parecían forajidos y aquello no le gustaba. Miró a su alrededor, no había nadie más.

— ¿Tienes prisa? ¿Por qué no dejas que te acompañemos?

Ella negó rotunda con la cabeza. Su corazón había comenzado a latir con fuerza, solo deseaba llegar a casa cuanto antes y olvidar ese estúpido percance.

Un caballo se puso a su lado.

— No vayas tan rápido, ¿qué prisa tienes? Para y habla un rato con nosotros, podemos hacernos compañía. Llevamos semanas sin ver a una joven tan bonita.

— Sí, mira qué pelo tan limpio, seguro que huele a flores.

— Y esa piel tan blanca y joven. Venga, para, no te hagas de rogar, solo queremos pasar un rato contigo.

— Tengo prisa — dijo al fin casi en un susurro, demasiado rápido, sentía el corazón en la garganta. ¿Por qué no la dejaban en paz?

— Vaya, si sabes hablar y tienes una voz tan preciosa como tu cara.

— Venga, deja de hablar y cógela de una vez — dijo el de más atrás.

Elisabeth abrió mucho los ojos y se detuvo, asustada. Miraba en todas direcciones en busca de ayuda. No sabía a dónde ir, ni qué hacer. Estaba atrapada. El caballo se detuvo y su jinete bajó de él. Sin pensar, echó a correr, pero aquel hombre, más alto y fuerte que ella, no tardó en alcanzarla. La cogió por la cintura y la levantó del suelo. Elisabeth pateó, le arañó los brazos sin conseguir nada.

— Oh, la gatita quiere pelea, eso me gusta.

Los otros dos bajaron de los caballos. Se reían mientras ella forcejeaba para zafarse de aquellos brazos de hierro. Por más que peleaba le era imposible escapar. El hombre que la sujetaba acercó la nariz a su pelo y aspiró hondo.

— HUUUUUM, sí, huele a flores. Nos vamos a divertir mucho.

— Vayamos al interior del bosque — dijo uno de ellos.

Elisabeth miró el bosque, oscuro, solitario, ¿por qué la querían llevar allí?

— Dejarme, por favor, tengo que volver a casa, por favor — Suplicó. Notó cómo su voz sonaba distinta, ronca, temblorosa.

Todo estaba pasando demasiado deprisa, no entendía nada, estaba confusa y tan asustada que le costaba pensar con claridad. Solo quería llamar a su padre, que viniera a buscarla y la sacara de allí.

— No te preocupes, solo queremos jugar un rato.

Y, en volandas, la llevaron hacia el bosque. Ella se revolvía entre los brazos de aquel animal. Lo único que consiguió es que la cogiera del cuello y la inmovilizara. Le dio un mordisco en el hombro, riéndose.

— Si no te estás quieta tendré que hacerte daño.

Ya le hacía daño, le dolió el mordisco, le dolía mientras apretaba su gran mano contra su cuello.

En ese momento los caballos relincharon, nerviosos. Elisabeth miró a uno a los ojos y parecía tan asustado como ella, como si supiera que aquello no estaba bien, que le estaban haciendo daño, los animales se mostraron inquietos. ¿Por qué aquellos hombres no podían ser tan comprensivos como los caballos? ¿Por qué no se daban cuenta del daño que le hacían, de lo asustada que estaba?

— Aquí está bien, ponla en el suelo. ¿Quién va primero? — Preguntó el de atrás.

— Yo, para eso la tengo agarrada, luego vas tú y después John.

El hombre que la llevaba la dejó en el suelo con brusquedad, poniéndose encima y agarrándole las muñecas, inmovilizándola. Los caballos volvieron a relinchar y a dar coces.

— Ata a los caballos, que dejen de molestar.

— Por favor, por favor, quiero ir a casa, dejadme ir, por favor — No se dio cuenta de cuándo había comenzado a llorar.

El hombre sonrió. Vio que tenía los dientes negros por mascar tabaco, le faltaban algunas piezas y su aliento apestaba a una mezcla de alcohol y excrementos. Le lamió la mejilla. Elisabeth giró la cara, gritando, intentando patear, no podía moverse. Todo el peso del cuerpo del hombre caía sobre ella. Cerró los ojos con fuerza, llorando sin poder parar, ¿qué iban a hacerle? Jamás sintió tanto miedo. Sintió una fuerte bofetada en la cara.

— No vuelvas a gritar o te dejaré marcada de por vida.

Con una mano le agarró ambas muñecas por encima de la cabeza, con la otra le levantó la falda y desgarró su ropa interior.

— Ahora estate quieta, te dolerá menos. Ya verás cómo te gusta — Y comenzó a besarla por el cuello.

— No, déjeme, por favor, no.

Con sus piernas la obligó a abrir las suyas. No, no, que estaba haciendo, eso no.

— Seguro que eres virgen, va a ser todo un placer, pequeña.

— ¡No, por favor, por favor! — Gritó desesperada. Intentó moverse, sin éxito —. ¡Socorro, ayuda! — Gritó a pleno pulmón, lo que le valió otra bofetada, más fuerte que la anterior. Sintió un pitido en el oído, se mareó, quedándose aturdida. El sabor de la sangre llegó hasta su boca.

Y en ese estado de semiinconsciencia notó algo caliente y duro que se introducía a la fuerza en su vagina, con un fuerte empujón. El dolor que sintió fue atroz, despejándola por unos segundos para gritar sin poder evitarlo.

La mano del hombre le tapó la boca, mientras empujaba su miembro dentro de ella, con sacudidas fuertes que parecían desgarrarla por dentro.

Lloraba, con los ojos cerrados con fuerza, intentando no ser consciente del dolor, deseando que terminara pronto aquella pesadilla.

El hombre respiraba cada vez más rápido y sus sacudidas también lo eran, después, con jadeos entrecortados, se dejó caer encima de ella, soltándole la boca. Elisabeth cogió una gran bocanada de aire, de haber tardado más en soltarla se habría desmayado por la falta de aire. Aquel hombre se levantó y Elisabeth dio gracias porque la dejara en paz. Se giró hacia un lado, encogiéndose en posición fetal, llorando de forma más tranquila.

— Ahora yo, preciosa.

Elisabeth miró el bosque, angustiada, esperando haber escuchado mal. No le dio tiempo a pensar, al momento notó cómo el otro hombre la agarraba y la volvía a poner boca arriba, poniéndose encima y abriéndole las piernas de nuevo.

— No... — dijo en un susurro entrecortado por las lágrimas.

El proceso se repitió, dejando a Elisabeth atontada, parecía haber perdido la noción del tiempo, de la realidad. Aquello no podía estar pasando y era como si no fuera a terminar nunca. Se sentía desfallecer, hubiera preferido morir a seguir soportando aquella tortura.

— Termina de una vez, quiero probarla ya, date prisa.

No podía ser real, el otro hombre quería hacer lo mismo. Sintió algo caliente en su interior cuando el hombre se relajó cayendo a su lado.

— Estoy en el cielo — dijo en un suspiro —. Qué delicia, mucho mejor que las mujerzuelas del pueblo.

— Venga, quita de a... — No pudo terminar la frase, cayó desplomado en el suelo.

Todos enmudecieron. Elisabeth dejó de llorar unos segundos y miró al hombre. Todo le daba vueltas y veía borroso, pero pudo comprobar que estaba en el suelo, con una flecha en el pecho. La sangre comenzaba a manchar su camisa ya de por sí sucia.

— Maldita sea, indios — dijo el que la había agarrado al principio. Y también fue lo último que pronunció. Una flecha le atravesó el cuello, haciéndole caer. En el suelo le vio agarrarse el cuello, convulsionarse, se estaba ahogando en su propia sangre. Los gorjeos que producía le provocaron náuseas, tuvo que girar la cabeza para no verlo.

Escuchó al tercer hombre correr hacia los caballos. Se giró para verle, no

quería que escapara, deseaba que muriera igual que los otros. Mientras se subía al caballo, una flecha le alcanzó en el hombro. Gritó de dolor. Su cara mostraba miedo, el mismo que ella tuvo instantes antes y que había ignorado. Pálido, logró subir al caballo y espolear al animal para que cabalgara como alma que persigue el diablo.

Entre una especie de neblina, le pareció escuchar gritos típicos de los indios y cascos de caballos que corrían en pos del bandido. Cerró los ojos, mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Ya no tenía miedo.

Notó que alguien la cogía del suelo y la llevaba en brazos. No tuvo fuerzas para mirar, pero supo que no le haría daño. La subieron a un caballo y, sin darse cuenta, todo oscureció.

— ¡Elisabeth, Elisabeth! Por favor, despierta.

Abrió los ojos, desconcertada. De pronto, la visión de aquellos hombres le vino a la mente. Se incorporó, levantando las manos para protegerse, gritando.

— ¿Qué te pasa? Soy yo, Darrell, Elisabeth, me estás asustando.

Se echó hacia atrás, con los ojos desorbitados, ¿dónde estaba? Intentó calmarse y comprobó que aquella era su cama, su casa, su hermano. No había peligro.

— Cómo... ¿cómo he llegado aquí? — Preguntó en un hilo de voz, sintiendo un fuerte dolor en el labio y la mejilla. También le dolía el bajo vientre y la entrepierna.

Por un instante recordó lo que sucedió y sintió arcadas. Darrell la miró, asustado.

— Voy a buscar al doctor, ¿puedes quedarte sola?

Elisabeth negó con rotundidad.

— No, no, por favor, no me dejes sola, no quiero quedarme sola.

— Pero, hermanita, estás mal y tiene que verte el doctor. Tienes la cara y los labios hinchados, el ojo rojo, la ropa rota y la mirada... me asusta — dijo su hermano con expresión entre triste y asustada —. Acabo de llegar de la escuela y te he encontrado así, ¿qué te ha pasado, te has caído, algún animal te ha hecho daño? ¿Quieres que avise a papá? Él sabrá qué hacer — Le tembló la voz.

Elisabeth intentó serenarse, por su hermano. Se acercó a él y le abrazó. Notó que le dolía todo el cuerpo. Tras la espalda de su hermano pudo comprobar dos feos moratones en las muñecas.

— No pasa nada, me pondré bien. Si preparas el carro iremos los dos al pueblo a ver al doctor.

Su hermano se separó de ella, con una media sonrisa, asintiendo. Se sentía mejor al poder ayudarla.

— Sí, ahora mismo, tú tranquila, yo me encargo de todo, no te muevas.

Le vio salir corriendo, era una suerte que estuviera en la escuela, a salvo, lejos de lo sucedido. Se estremeció solo al pensar qué le hubieran hecho a su pequeño hermano.

Se sentó en la cama con cuidado. Fue cuando reparó en el vaso y el cuenco que había en la mesita que había junto a la cama. Cogió el vaso, tenía un líquido oscuro que olía fatal y en el cuenco se veía una pasta mezclada con hojas y hierbas. No recordaba haberse tomado nada, ni haberse puesto esa pasta pero, al tocarse el labio, notó que algo espeso le cubría la herida.

Le vino a la memoria las flechas y lo que dijo uno de aquellos hombres. Indios. Sus gritos de guerra. Alguien cogiéndola en brazos y subiéndola a un caballo. Después de eso todo era oscuridad. Miró de nuevo el cuenco. ¿Ellos la trajeron a casa, le curaron las heridas? Su padre odiaba a los indios, ¿qué pasaría si se enteraba de que habían estado en su casa? No podía saberlo. Se levantó de golpe y sintió un leve mareo. Se agarró a la mesita y esperó a que el mundo se detuviera. Una vez recuperada, cogió el vaso, el cuenco y los lavó a conciencia, después los secó y dejó en la alacena. Limpió a toda prisa la mesita y pasó la escoba para borrar las huellas de barro que quedaron en la entrada hasta la cama. No debía quedar rastro de ellos, como si nunca hubieran estado allí.

Darrell entró, jadeando por las prisas.

— El carro ya está listo.

Ella asintió. Fue a la pila de agua y se lavó la cara para quitarse el ungüento. Se peinó un poco para quitarse las hojas y tierra seca del pelo. Luego se acercó a Darrell.

— No puedes ir al pueblo con la falda así, se te ven las piernas.

Elisabeth miró su falda, desgarrada y su ropa interior había desaparecido. Su hermano tenía razón, no podía ir así.

— Está bien, espérame en el carro. Me cambio de ropa y salgo.

Darrell asintió y le vio salir, cerrando la puerta. Elisabeth se quitó aquella ropa, haciendo un hatillo con ella. La guardó bajo la cama con la intención de quemarla en cuanto estuviera sola. No quería tener nada que le recordara aquel día. Se miró un momento, desnuda, indefensa y se dejó caer de rodillas, llorando.

— ¿Por qué? — Se preguntó a sí misma.

— ¿Elisabeth? — Era Darrell desde la entrada, a través de la puerta cerrada —. ¿Estás bien?

Se secó las lágrimas y se puso en pie.

— Voy en seguida. Espérame en el carro, no tardo.

Le escuchó caminar, alejándose.

Se limpió la sangre seca de la entrepierna. Cambió el agua de la pila y se

puso ropa limpia. Se sintió mejor, como si una parte de la pesadilla quedara atrás. Se recogió el pelo en un moño mal hecho y se colocó la cofia. Salió de casa a reunirse con su hermano.

Subir al carro fue toda una tortura.

— ¿Podrás llevarlo tú? Yo no me encuentro bien.

Darrell asintió con expresión seria, parecía haber crecido cinco años de golpe.

Tuvo que cerrar los ojos cuando pasaron por el camino donde se encontró con los forajidos. Notó cómo su cuerpo se ponía en tensión. Darrell debió notarlo, pues le dio a las riendas para que el caballo corriera más.

Al llegar al pueblo, intentó esconder su rostro magullado bajo la cofia. Agachó la cabeza e intentó pasar desapercibida.

— ¿Avisamos a papá?

Elisabeth lo pensó unos segundos, la herrería no quedaba lejos.

— Hazlo cuando me esté visitando el doctor, no quiero molestarle por una tontería.

— No es una tontería... — Protestó su hermano.

— Por favor, hazme caso — dijo algo más ruda de lo que pretendía.

Su hermano no se quejó y siguió adelante. Se detuvo frente a la consulta y la ayudó a bajar del carro. Por suerte, aquel día no parecía haber gente y lo agradeció. No le apetecía dar explicaciones a nadie y mucho menos tener que aguantar miradas indiscretas o cuchicheos a sus espaldas.

Cuando la puerta se cerró salió una mujer de una de las habitaciones. Elisabeth la conocía, era la esposa del doctor que hacía las veces de ayudante, apuntaba los pacientes y se encargaba de las curas pequeñas. Se llamaba Beatrice, aunque todos la conocían como Bea. Cuando vio a Elisabeth sus ojos se abrieron de golpe, tras unas pequeñas gafas redondas y doradas. La expresión de su cara fue de sorpresa y angustia, pareció palidecer y, de inmediato, corrió hacia ella.

— Por Dios, Elisabeth, ¿qué te ha ocurrido?

¿Tan obvio era que estaba mal, tal mal estaba su cara? Bea le ayudó a quitarse la cofia y le miró las heridas de la cara.

— ¡Carl, Carl, por favor, ven a la entrada! — Llamó a su marido mientras conducía a Elisabeth a un asiento. La llevaba cogida por los hombros, como si tuviera miedo a que pudiera caerse.

Carl apareció limpiándose las manos. Era un hombre mayor, de unos cincuenta años y llevaba toda su vida ejerciendo la medicina. Era respetado

en el pueblo por su experiencia y vastos conocimientos. Nadie refutaba su opinión. Su aspecto era el de un hombre cansado, delgado, larguirucho y se quedó calvo a una edad temprana, haciéndole parecer más mayor de lo que era. Sus ojos pequeños y castaños se veían tristes, como si hubieran visto cosas que nadie quisiera recordar.

Era todo lo contrario a su mujer, bajita, algo regordeta, de abundante cabellera castaña que siempre mantenía recogida en un pulcro recogido. Sus mejillas estaban sonrojadas y tenía los ojos más dulces que Elisabeth hubiera visto jamás, al igual que su expresión y sus maneras. Era fácil hablar con ella, nada más estar cerca uno se sentía bien, en confianza. Y todos sabían que así era, pues nunca escucharon salir de sus labios cotilleo alguno.

Carl, al igual que su mujer, cuando vio a Elisabeth, corrió a atenderla, aunque supo mantener la calma.

— Pásala a consulta, Bea.

Ella asintió, ayudando a Elisabeth a levantarse.

— Ven, querida, el doctor te verá ahora, no te preocupes, te pondrás bien.

La llevaron a un cuarto donde había un camastro, una mesita larga con varios utensilios médicos, un recipiente con agua, una estantería llena de frascos, toallas y sábanas limpias.

Le pidieron a Darrell que esperara fuera. A ella le hicieron tumbarse en la cama. El doctor le examinó la cara.

— ¿Cómo te has hecho esto? — Y miró furtivamente a su mujer.

Elisabeth tragó saliva, estaba nerviosa, como si hubiera hecho algo malo.

— Me caí del caballo — Mintió. Le salió así porque no se atrevía a contar la verdad, se avergonzaba de lo sucedido.

El doctor no dijo nada ni cambió la expresión de su cara.

— Bea, necesito limpiar las heridas. Aunque... — La observó más de cerca —. ¿Te las has curado tú? Estas heridas están bien limpias y desinfectadas, ¿qué te has echado?

No podía contar la verdad, de nuevo, mintió.

— Un ungüento de hierbas que mi madre me enseñó a hacer.

— Ajá, sí, tu madre era una mujer lista. Lo has hecho bien, me ahorras trabajo. Ahora siéntate, veamos qué tal están tus costillas, un golpe así puede dañarte algún hueso. ¿Te duele al respirar? Dime dónde te duele.

Al sentarse su cara se contrajo, en verdad le dolía todo el cuerpo. El doctor cogió una de sus manos y le miró la muñeca. El moratón era ahora más visible y oscuro. Se notaban marcas de dedos, ¿cómo iba a justificar eso?

El doctor la soltó sin decir nada y volvió a mirarle la cara, le puso una mano fría en el mentón para mirar el labio partido.

— Bien, no te muevas, vengo enseguida — Se giró hacia su mujer —. Por favor, Bea, acompáñame.

Le sonrieron y salieron del cuarto dejándola sola. ¿Por qué no decían nada, por qué necesitaban hablar? ¿Tan mal estaba, o sospechaban que había mentido? No tendría que haber ido a ver al doctor, ¿y si todo el pueblo se enteraba de lo sucedido, qué pensarían de ella? La repudiarían, igual que con aquella chica que tuvo que abandonar el pueblo. Y su padre, la odiaría. Cuando escuchó pasos, se asustó.

— Tranquila, soy yo, no te preocupes — Era Bea, venía sola.

Se acercó a ella.

— Cielo, ¿me dejarías mirarte bajo la ropa interior? Sé que puede ser incómodo, por eso he querido hacerlo yo. Necesito ver que estás bien. ¿Puedes desnudarte? — Al verla tensa le cogió una mano con cuidado y la miró como una madre lo haría ante un hijo que acababa de despertar de una pesadilla —. Mi niña, no te asustes, he dejado claro que no entre nadie, aquí estás a salvo y de mi boca no saldrá una palabra, puedes confiar en mí.

Elisabeth se sentó en la cama, encogiendo las piernas y rodeando las rodillas con los brazos, en una posición de protección y miedo. La miró suplicante.

— No, por favor... — Sus ojos se llenaron de lágrimas —. Me duele... — Y su voz se quebró dejando rienda suelta al llanto.

Bea se acercó para abrazarla. La acunó con dulzura.

— Tranquila, llora, desahógate, ya ha pasado todo, no te va a pasar nada, llora, mi niña, llora.

Y lo hizo durante largo rato, perdiendo la noción del tiempo. El abrazo de Bea la reconfortó, no sabía cuánto lo necesitaba hasta que se lo dio. Llorar la liberó, dejándola más relajada. Bea le dio un pañuelo y le acarició el cabello.

— ¿Estás mejor?

Elisabeth asintió.

— ¿Puedes contarme qué ha pasado?

Elisabeth la miró, aterrorizada y negó con la cabeza. Bea asintió, comprendiendo.

— No te preocupes, cuando estés lista, pero debo examinarte y ver si hay daños, por favor, quítate la ropa y te tapas con una sábana. Iré con cuidado, no te haré daño, te lo prometo.

Elisabeth dudó, pero lo cierto era que le dolía y no quería irse a casa sin curarse. Asintió levemente y comenzó a desnudarse, sintiéndose sucia, como si aquel acto la degradara, la dejara al nivel del barro, del mismo modo que la hicieron sentir aquellos indeseables.

Bea pudo comprobar que tenía magulladuras en los brazos, espalda y piernas. Le entregó una sábana para que se sintiera más cómoda.

— Debo mirar tu zona íntima, debes abrir las piernas, no te asustes, no pasará nada, puedes confiar en mí, será solo un momento.

Con lágrimas en los ojos, obedeció. Aquello no podía ser peor de lo que ya le había sucedido. Notó la mano de la mujer explorando aquella zona, la misma que esos hombres habían destrozado, dañado y golpeado con sus miembros. Los recuerdos vinieron en tropel a su mente, haciéndola cerrar las piernas de golpe.

— No, por favor... — dijo en un susurro —. No puedo...

Bea la miró con tristeza.

— Tienes desgarros y sangre y... — Dudó, no sabía si ella entendería que tenía semen en la vagina. Aún era una niña inocente, puede que no supiera nada de todo aquello y que lo hubiera aprendido a la fuerza, sin que le diera tiempo a comprender —. ¿Sabes quién es el hombre que te ha hecho esto?

Elisabeth la miró absorta, ¿lo sabía?

— Cielo, sé que no has caído de un caballo, esto te lo ha hecho un hombre, un indeseable, ¿le recuerdas del pueblo?

Negó.

— No les había visto nunca — confesó.

Bea se sorprendió.

— ¿Cuántos eran? — Le preguntó angustiada.

— Tres.

— Oh, Dios mío — Se santiguó —. ¿Y los tres te forzaron?

Volvió a negar.

— Dos.

Bea asintió, sin saber qué hacer. La pequeña estaba demasiado asustada y no quería que el doctor la tocara, no después de lo que debía haber pasado.

— ¿Crees que el doctor podrá examinarte, le dejarás curar tus heridas?

Elisabeth negó rotundamente.

— Tranquila, no te preocupes, no pasa nada, yo lo haré, pero debo avisarle y tiene que explicarme cómo debo hacerlo, ¿de acuerdo? Salgo un momento pero vuelvo enseguida.

Elisabeth se sentó.

— Por favor, no se lo diga a nadie, ni a mi padre, por favor, no quiero que piensen que soy una mujerzuela.

Bea no cabía en su asombro, la pobre niña se sentía culpable, como si ella fuera la que había obrado mal.

— Cariño, nadie sabrá nada, pero debo decírselo a tu padre y él nunca pensará eso porque tú no has tenido la culpa de nada. Esos hombres son demonios, les encontraremos y terminarán en la horca, donde se merecen.

— Pero, mi padre, se enfadará — Sus ojos volvían a estar llenos de lágrimas.

— Yo misma hablaré con él. Nada malo volverá a sucederte, te doy mi palabra y nadie sabrá lo que me has contado.

Elisabeth asintió no muy convencida y volvió a tumbarse.

— ¿Dónde está mi hija?

Su corazón se aceleró al escuchar la voz de su padre.

— James , espera... — La voz del doctor —. Deja que te explique qué ha pasado.

La voz del doctor fue casi un susurro, Elisabeth no pudo entender qué decía. Su padre escuchaba, sin decir nada. ¿Qué le estaría contando?

De pronto una mano apartó las cortinas y vio a su padre, que se quedó parado en el umbral, mirándole con cara de horror. No dijo nada, solo apretó los labios y salió.

Bea se le acercó para abrazarla.

— No te preocupes, lo entenderá.

Se escucharon voces, su padre no entendía que solo les separaba una gruesa cortina oscura y podía escucharle.

— Lo mataré, juro que mataré a ese desgraciado. ¿Cómo ha podido hacerle algo así? Es solo una niña, ¿qué mal nacido puede hacerle eso a una niña? ¡A mi niña!

Se escuchó un fuerte golpe.

— Cálmate, eso no le ayuda ahora, necesita que seas fuerte y que controles la situación. No te preocupes, daremos con él — Le decía el doctor.

Elisabeth miró a Bea.

— Están muertos.

— ¿Cómo dices?

— Los hombres, están en el bosque, muertos.

— ¿Cómo lo sabes? — Le preguntó Bea acariciándole el pelo con ternura.

— Flechas, en el cuello, había mucha sangre.

— ¿Flechas? ¿Te refieres a indios? ¿Los indios les mataron?

Elisabeth asintió.

— Vaya, es una buena noticia, creo. No sé si todos lo verán igual, por aquí hay muchos que odian a los indios — dijo Bea, pensativa.

— Lo sé, mi padre es uno de ellos — La miró —. Pero ellos me salvaron, me llevaron a casa y curaron mis heridas.

Bea la miró sin decir nada, su expresión era una mezcla de compasión, tristeza y rabia. Al final, se levantó, cogiendo aire.

— Saldré a decírselo.

— Espere... — Le detuvo Elisabeth —. ¿Qué harán con los indios por matar a tres hombres blancos?

Bea pareció sopesar la respuesta.

— No es una circunstancia normal, ellos no te hicieron daño, te salvaron de esos malnacidos, de todos modos... — Estaba indecisa, intentando encontrar la mejor solución —. ¿Crees que esos hombres seguirán en el bosque? — Al ver que Elisabeth la miraba extrañada, se explicó —. Quiero decir, ¿viste si los indios se los llevaron?

Elisabeth negó con la cabeza.

— Me desmayé. Solo recuerdo que alguien me subía a un caballo, después desperté en mi cama.

— Está bien, haremos lo siguiente, saldré y les diré que alguien les mató que, como estabas tan confusa, no viste quién fue. Que vayan al bosque y si están allí, que decidan por sí mismos qué hacer, al menos sabrás que tú no les delataste. ¿Te quedas más tranquila así?

— Gracias.

Bea asintió y salió a la salita. Los hombres seguían alterados. Elisabeth escuchó a la enfermera explicarles lo que habían acordado.

— ¿Más de uno? ¡Malnacidos! — Le escuchó soltar aire, enfadado —. ¿Muertos? En verdad existe un Dios. Han recibido su justo castigo — dijo su padre.

— Bien, enviaremos a alguien a buscar los cuerpos. ¿Y dices que ella no vio quién los mató? Esos hombres eran escoria, pero deberíamos averiguar si ha venido algún pistolero al pueblo y saber qué intenciones tiene. No es cuestión de tener por aquí rondando a alguien que se toma la justicia por su mano.

—¿ Pero qué está diciendo, doctor? Ese hombre salvó a mi hija e hizo

muy bien matando a esos desgraciados, si no lo hubiera hecho él le aseguro que yo mismo les hubiera matado con mis propias manos.

— Está bien, vamos a calmarnos — dijo el doctor —. La buena noticia es que esos hombres no volverán a hacerle daño a nadie más.

— Sí, quiero ir al bosque y rematarlos si no están bien muertos.

— No... — dijo Bea —. James, debes quedarte con Elisabeth, ella te necesita.

— Bea tiene razón, lo que esa pequeña necesita ahora es estar tranquila, con su familia, sentirse protegida — Se dirigió a Bea —. Termina de curarla y que vuelvan a casa — Volvió a él —. Necesita mucho cariño y comprensión, ahora mismo se siente culpable por lo sucedido y no entiende bien lo que ha pasado. Debes tener paciencia, ¿lo comprendes? Sé que tu familia ha sufrido mucho, pero tu hija te necesita más que nunca, ¿podrás hacerlo? — Recordaba los días en que se pasó bebiendo en la cantina. Todo el pueblo le vio borracho un día tras otro.

— No se preocupe doctor, cuidaré de mi pequeña.

Una vez curada, volvieron a casa. Bea la visitaba cada día para ver cómo evolucionaba y, aunque era su trabajo, para Elisabeth, tener cerca una figura femenina en esos momentos, un alma tierna y comprensiva, lo era todo y no podía estarle más agradecida.

Los primeros días fueron extraños. No solo por su estado anímico, pues se sentía débil, asustada y desconcertada, sino también por el comportamiento de su padre. Nunca le vio tan protector, cariñoso, excepto cuando su madre aún vivía. Hablando con Bea recordó y le narró el día que salió de la consulta, cuando volvían a casa. Su padre no hablaba, miraba al frente, como sumido en sus propios pensamientos. Fue ella quien rompió el silencio.

— ¿Papá?

Él la miró unos segundos para volver la mirada al sendero.

— ¿Estás enfadado conmigo?

Su padre la miró esta vez más tiempo, sorprendido por la pregunta.

— ¿Enfadado? ¿Contigo? ¿Cómo puedes pensar eso? — Miró al caballo, negando con la cabeza. Suspiró y sus palabras fueron duras, pero no iban dirigidas a ella —. Estoy enfadado conmigo mismo por dejarte ir sola por esos caminos tan solitarios. Yo sabía que estaban viniendo forasteros al pueblo, gente en busca de un cambio, de dinero fácil, de oro, de juegos. Borrachos, forajidos, pistoleros, ¿y qué hice yo? Nada, ir a trabajar y callar, podría haberte advertido para que fueras con cuidado, pero no hice nada — Atizó las riendas, enfurecido, y siguió hablando sin mirarla —. Estoy enfadado con esos hombres por hacerte daño, enfadado por no haberles matado con mis propias manos, por ser un mal padre, por eso estoy enfadado pero, ¿contigo? No, cariño, ni lo pienses — Miró hacia atrás, donde estaba Darrell, callado, intentado pasar desapercibido, sin comprender muy bien qué había sucedido, ni atreverse a preguntar —. Hijo, en esa caja de ahí atrás encontrarás un cuchillo, dáselo a tu hermana.

Darrell obedeció.

— A partir de ahora — continuó su padre —, siempre que salgas irás con ese cuchillo, ¿entendido? Y que no te tiemble el pulso a la hora de utilizarlo, ¿queda claro?

Ella asintió, mirando el cuchillo. Era el mismo que su padre utilizaba para despellejar a los conejos o rematar a algún animal cuando salía de caza. No le

gustaban las armas, pero tampoco sentirse indefensa. Al menos le serviría para intimidar a su agresor.

— Y mañana traeré una cerradura, ya verás, nuestra casa será la más segura del pueblo.

Elisabeth terminó su relato y sacó el cuchillo del cinturón. Era grande y estaba afilado. Bea lo contempló con recelo.

— No es tan fácil matar a una persona como parece. Intenta no fiarte de hombres que no conoces y, a la mínima duda, corre. Úsalo como último recurso.

Terminó de revisarla. Elisabeth era una joven fuerte, sus heridas habían cicatrizado y su ánimo volvía a ser el de siempre. Era decidida, trabajadora y, sobre todo, anteponía las necesidades de su hermano a las suyas propias. Bea creía que era precisamente él por el que la pequeña se había recuperado tan pronto. No soportaba desatenderlo, había tomado el rol de madre y esto la había ayudado a superar aquella pesadilla. Adoraba a su hermano.

— Me voy, si necesitas cualquier cosa envía a Darrell.

— Me siento bien y creo que ya puedo volver a bajar al pueblo. Cuanto antes vuelva a la rutina, mejor y Darrell debe volver a la escuela.

— Pero esta vez usad el carro, o el caballo, no vayas caminando, por favor, no es seguro.

— No se preocupe, iré con cuidado.

Fue más fácil decirlo que hacerlo. Cada noche cerraba con llave. Su padre cumplió la promesa de poner una cerradura y ella se sentía más segura con la llave echada. Y, por las mañanas, siempre encontraba una excusa para no bajar al pueblo. Su padre comenzó a llevarse a Darrell, le enseñaba el oficio y después el pequeño iba a la escuela. Por las noches estaba tan cansado que, a veces, se quedaba dormido nada más cenar. Así que, hizo acopio de todo el valor que pudo reunir y decidió seguir con su vida.

— Papá, mañana deja dormir a Darrell, yo le llevaré a la escuela.

Su padre levantó la vista del plato para mirarla.

— ¿Estás segura?

Ella asintió.

— Me alegra saber que ya vuelves a ser la misma.

A la mañana siguiente, su padre le dio un beso en la sien, con cuidado para no despertarla, pero ella ya lo estaba. Fingió no darse cuenta. Cuando le escuchó cerrar la puerta abrió los ojos y contempló la ventana. Las primeras luces del amanecer se reflejaban en el cristal. A su lado, Darrell dormía

tranquilo. Para ella era como volver a empezar de cero. Se levantó con cuidado para comenzar con las tareas, de esta manera se distraería. Al vestirse y ponerse el delantal, se colocó el cuchillo en el lado derecho, bien a mano. Lo tocó, lo acarició, era el arma que podía salvarla de otra pesadilla.

Cuando llegó la hora, despertó a Darrell. Su hermano la miró con una sonrisa y la abrazó.

— Me alegra que vuelvas a ser tú quien me lleve a la escuela, papá es muy aburrido.

Elisabeth sonrió, aún era un niño. Le revolvió el pelo y le animó a levantarse.

— He preparado huevos revueltos y el pan está recién hecho, como a ti te gusta.

— Primero tengo que darle de comer a las gallinas — Se extrañó su hermano.

— No te preocupes, me he levantado antes, los animales ya han comido, podemos desayunar juntos tranquilamente.

— Vaya, me gusta que vuelvas a ser mi Elisabeth.

Comieron entre risas y conversaciones triviales. Le encantaban esos momentos con su hermano. Luego una sombra se cernió sobre ella al pensar en volver sola a casa. Su hermano se dio cuenta.

— ¿Qué te pasa?

Ella le miró, forzando una sonrisa.

— Nada, termina de comer, se nos hace tarde.

Darrell preparó el carro. Su padre se había llevado el otro caballo para dejarles a ellos la carreta, irían más cómodos. Después subieron y se pusieron en marcha hacia el pueblo. A Elisabeth le sudaban las manos. Notaba su corazón acelerado. Al llegar a la zona del asalto, se puso rígida. Intentó que Darrell no lo notara y azuzó al caballo para que se diera prisa. Su hermano, contemplando el paisaje, no reparó en ella, lo cual, fue un alivio. Los hombres del pueblo encontraron a sus asaltantes, todos muertos. No había ni rastro de flechas, ni nada que delatara a los indios. Todo quedó en un acto vandálico resuelto por la providencia. Aquellos indeseables obtuvieron su merecido. Fueron enterrados en una fosa común y olvidados por el resto de vecinos. No así para ella, que seguían presentes en sus pesadillas. Pasado aquel espantoso lugar, pudo relajarse.

Llegados al pueblo, dejó a Darrell en la escuela. Él se despidió con un beso y una amplia sonrisa.

— No olvides venir a recogerme.

— No lo haré, estudia mucho.

Darrell le guiñó un ojo y corrió hacia la escuela. Elisabeth miró hacia el trabajo de su padre. Si se paraba allí retrasaría su vuelta a casa solo por cobardía. No iba a consentirlo. Había tomado la determinación de volver a su rutina, a su vida normal y es lo que haría. Tiró de las riendas para que el caballo diera la vuelta y se dirigió a casa. De vuelta, sacó el cuchillo para llevarlo en la mano, nadie la pillaría desprevenida. Llegados al bosque hizo que el caballo fuera al galope. Sin darse cuenta, había llegado a casa y el caballo resoplaba, sudando por el esfuerzo. Le hizo frenar, sintiéndose culpable. Bajó la cabeza y se percató de que había estado llorando. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Permaneció quieta unos segundos, recuperando el aliento, después miró al caballo.

— Lo siento.

Bajó del carro y le quitó las riendas, dejándole libre. Le acarició el cuello y le abrazó. Estuvo así un rato, hasta que el caballo relinchó. Le dejó ir al abrevadero para saciar su sed.

No guardó el carro, tendría que usarlo para ir a buscar a Darrell. Solo pensar en el viaje que le esperaba de nuevo, le ponía la piel de gallina. *Lo peor ya ha pasado, pensó. El primer mal trago ya lo has superado.* Suspiró. Entonces oyó unos disparos. El caballo relinchó, pero se quedó quieto. Ella miró hacia la explanada. Al fondo se veía el río y a la izquierda el bosque, a su derecha, las montañas. No se veía nada, por lo que el disparo debía venir del bosque. Cazadores.

Al contemplar el horizonte le vino a la memoria el día que la violaron, el día en que los indios la salvaron. Su madre le explicó una noche que antes vivían allí los Sioux, un poblado pacífico, de cazadores y guerreros valientes, que solo intentaban defender su hogar y su familia. Que fueron desterrados y confinados en una reserva. Recordaba que su madre siempre hablaba bien de ellos, todo lo contrario que su padre. A ella le parecían personas amables, sociables y trabajadoras. A su padre, unos delincuentes, ladrones y asesinos. Nunca le preguntó si conoció a alguno. Una idea le vino a la cabeza, ¿serían ellos quienes la llevaron a casa? ¿Sería prudente o peligroso visitarles? No tuvo que decidir, la respuesta llegó sola. Una sombra, junto a un árbol, observándola. Con un gesto del brazo le indicó que se acercara. Tocó el cuchillo, asustada. Le habían pasado demasiadas cosas para fiarse de un desconocido. El caballo pastaba tranquilo, lo que la hizo pensar que no había

peligro. La sombra, como intuyendo sus miedos, salió a la luz. Era un joven indio, algo mayor que ella. Vestía solo con unos pantalones marrones, iba descalzo y su cabello, suelto, salvo por una fina trenza que caía por su lado derecho de la cara, era lacio, de color azabache. En su mano derecha llevaba un arco, a su espalda el carcaj con varias flechas. Sus ojos, algo achinados, eran oscuros, de mirada dura, pero amable. La miraba con descaro, como si la conociera de toda la vida. Volvió a gesticular para que se acercara. Ella dudó y negó con la cabeza. Aferró con fuerza el cuchillo, a pesar de saber que no lo utilizaría porque no le haría falta hacerlo. Aquel chico no le infundía miedo, aunque sí cierta desconfianza. ¿Qué hacía allí, solo, mirándola fijamente, pidiéndole que le siguiera? ¿Qué pretendía?

— Lobos.

Dijo de forma torpe. No dominaba bien su idioma. Elisabeth le miró extrañada.

— ¿Lobos? — Repitió. Al momento recordó el disparo.

El joven asintió.

— Sung Manitu. Lobos — Y volvió a pedirle que le acompañara.

Ya no esperó a que se decidiera. La miró unos instantes más y se giró hacia el bosque. Fue como si la empujaran, la despertaran de un extraño sueño. Reaccionó, soltó el cuchillo y corrió tras él.

— Espera.

El joven corrió por entre los árboles. Ella le siguió, sin saber muy bien por qué, ni si era lo correcto. ¿Qué diría su padre viéndola correr tras un indio? Le costó seguir su ritmo. Él parecía moverse como una pluma a través de la vegetación. Era ágil y silencioso, todo lo contrario que ella, torpe y ruidosa. Minutos más tarde él se detuvo. Sin girarse para mirarla alzó una mano con la palma al frente, pidiendo que se detuviera. Elisabeth a punto estuvo de chocarse con su espalda. Frenó en seco, recobrando el aliento. Él se giró con rapidez, poniéndose tras ella, llevándola tras un árbol. Elisabeth se puso tensa, ¿qué pasaba? Le tapó la boca con una mano y con la otra la agarró por delante, a la altura de los hombros. Sentía su respiración en la coronilla. ¿Qué iba a hacer con ella? Su corazón se aceleró, el miedo se apoderó de su cuerpo recordando el día que la forzaron. Sin poder evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas. Tragó saliva. Entonces él susurró a su oído:

— Quieta. No hacer ruido.

Ella le miró de reojo, parecía tranquilo, pero alerta. Miraba algo más allá de los árboles, a varios metros de donde se encontraban escondidos. Miró

hacia allí y vio a dos cazadores arrodillados junto a un lobo. En el suelo había mucha sangre. Los hombres se reían, charlaban tranquilamente. Habían matado al lobo pero, ¿qué hacían? Lo que vio a continuación le revolvió el estómago, sintió náuseas. Él debió notarlo, pues dejó de presionarla para que estuviera quieta. Esto le permitió girarse hacia su pecho y ocultar su rostro, horrorizada. Notó los brazos del joven rodeándola para calmar su temblor. No quería estar allí, quería borrar la imagen de su cabeza. Le estaban quitando la piel, cuando aún no estaba del todo muerto. Sus patas se movían, sus gemidos eran atroces. ¿Quién era capaz de algo tan despiadado? Lloró en silencio, no quería que les descubrieran. Le pareció que pasaba una eternidad hasta que él le puso las manos en los hombros para separarla. La miró con cara impasible. Su gesto era serio, rudo. La miraba a los ojos, parecía enfadado, aunque no con ella.

— ¿Tú bien?

Mintió y asintió con la cabeza.

— No mirar, yo liberar su espíritu. Descansar en paz.

Elisabeth volvió a asentir.

Le vio correr hacia el lobo, mirando a todas direcciones, cuidando de no ser visto. Se arrodilló ante el animal y sacó un cuchillo. Elisabeth se agachó, apoyando la espalda en el árbol, encogió las piernas y se abrazó las rodillas, ocultando la cara entre los brazos. No quería ver cómo liberaba el alma del lobo, ya había tenido demasiadas visiones desagradables por el momento. Intentó respirar despacio, con bocanadas profundas. Los cazadores actuaban así, ya no era una niña, sabía cómo funcionaba el mundo y era cruel. ¿De qué se sorprendía? Ella misma había tenido que matar alguna liebre para comer, quitarle la piel. Aunque había una diferencia, ella lo hacía por necesidad, para alimentar a su familia y a sí misma. No la mataba por placer o por conseguir una bonita piel con la que abrigarse. No le repugnaba la sangre, era el acto de violencia en sí lo que la hacía estremecerse de rabia y pena.

Poco después el joven indio regresó junto a ella.

— Vamos.

Sus manos tenían restos de sangre. Debió intentar limpiarse con las hojas, pero el resultado fue escaso.

De nuevo, sin esperar respuesta, comenzó a correr. Elisabeth suspiró y fue tras él. Notaba el estómago revuelto, como si a cada paso fuera a salirse por la boca. No quiso parecer más débil, así que aguantó y corrió. Se detuvieron.

— Ahí. — Le dijo señalando un pequeño agujero.

Del interior se escuchaban unos gemidos.

— Hombre blanco matar madre — Se agachó, poniendo el arco en su hombro e introdujo las manos en el agujero. Con un poco de esfuerzo pudo sacar a dos lobeznos.

¿Madre? ¿Era una loba con lobeznos?

El se levantó, girándose hacia ella y le colocó un lobezno entre sus brazos. Elisabeth miró al animal, desconcertada, después a aquel chico que la trataba como si ya se conocieran. ¿Qué quería que hiciera con aquel lobo? La respuesta vino al momento.

— Yo quedar uno y cuidar. Tú cuidar su hermano. ¿Saber regresar?

Ella no le contestó de inmediato. Miraba al cachorro que se revolvía entre sus brazos. La miraba tan desconcertado y asustado como ella misma. ¿Qué iba a hacer con él?

— Volver casa, ¿tú saber?

Repitió él. Elisabeth miró a su alrededor. No estaban muy lejos. Conocía el lugar. Asintió de forma ausente.

— Cuidar lobo, cuidar tú.

No esperó a que ella se negara, echó a correr y se perdió entre los árboles. Miró al lobo, que se había acurrucado mirándola a los ojos, como si comprendiera que, en ese momento, su vida estaba en sus manos.

— ¿Qué puedo hacer contigo?

El lobezno le lamió la barbilla. Era tan pequeño y estaba tan indefenso. Si alguien no se hacía cargo de él moriría. No podía llevarle a casa, su padre jamás le dejaría quedarse con él. No obstante, si jugaba bien sus cartas, tal vez...

De todos modos no podía dejarle en el bosque. La cabra que tenían en el establo podría alimentarle, de momento. Después, ya vería lo que haría. Caminó despacio. A pesar que era pequeño, pesaba un poco. Al llegar a casa le faltaba el aliento y le dolían los brazos. El lobo parecía saber que ella no le haría daño, no se movió, no gruñó, no lloró.

El paseo le sentó bien y su estómago se asentó. Y saber que tenía entre sus manos una pequeña vida que podía salvar, la reconfortaba de todo lo que había visto. No le dejaría solo, le costara lo que le costase, ese lobo saldría adelante.

— Pareces un buen chico — Al entrar en el establo y ponerlo en el suelo se dio cuenta de lo equivocada que estaba —. Oh, eres una chica.

Y en verdad era una loba preciosa, de pelaje blanco, moteado de gris en

los costados y en la cola. Sus orejas también eran grises, al igual que sus ojos, grandes, expresivos y de mirada profunda.

— Tendrás que quedarte aquí hasta que puedas volver al bosque — Le acarició entre las orejas —. Espero que papá me deje.

Una vez alimentado y creado una cómoda cama para su nueva amiga, reanudó sus tareas antes de volver a por Darrell.

Cuando llegó la hora, iba tan ensimismada en sus pensamientos sobre todo lo sucedido que ni se percató cuando pasó por el fatídico lugar. Llegó tarde a recoger a su hermano, pero éste no se preocupó, estaba jugando con un compañero de clase. Al verla llegar subió al carro con una sonrisa.

— Hoy tengo tanta hambre que me comería el caballo.

Elisabeth sonrió.

— He preparado caldo y pollo con patatas cocidas.

Darrell se acarició el vientre, mientras se relamía.

— Y tengo una sorpresa en el establo.

Su hermano la miró, entusiasmado.

— ¿Has rescatado otro animal?

Ella asintió.

— Mataron a su madre y se ha quedado sola, hay que alimentarla o morirá.

— ¿Qué es?

— Lo verás cuando lleguemos. Pero... — Miró al caballo —. No sé cómo se lo tomará papá, seguro que no nos deja tenerlo.

Darrell se encogió de hombros.

— Pues no se lo decimos, como cuando la liebre, ¿te acuerdas?

Elisabeth arqueó los labios y suspiró.

— Esta vez es algo más complicado.

— ¿Por qué?

Ella sonrió al ver a su hermano impaciente.

— No hagas más preguntas, cuando lleguemos lo verás con tus propios ojos.

Darrell se enfurruñó, cruzándose de brazos.

— Eres malvada — dijo entre dientes y no le quedó más remedio que esperar.

Era de esperar que a Darrell le entusiasmara el cachorro de lobo y también que, después de la euforia, llegara la incertidumbre. ¿Qué pasaría cuando lo viera su padre? Elisabeth todavía no tenía respuesta para eso y tampoco se atrevía a decírselo. Entre los dos, buscaron un escondite tras el establo, le construyeron una cama confortable y esperaron que no hiciera ruido. Se pusieron de acuerdo en hacer guardias y procurar que no pasara hambre. Su padre se levantaba temprano, cogía el caballo y se marchaba en seguida a trabajar. Nunca miraba detrás del establo. Y, cuando llegara el momento, Elisabeth se lo contaría pero, para entonces, puede que el lobo ya pudiera comer solo y tuviera una posibilidad de salvarse.

Mientras tanto, la vida continuaba. Elisabeth se sorprendió al ver cómo, poco a poco, la rutina iba haciendo mella en ella, convirtiéndola, casi, en la misma chica de siempre. El lobo la tenía entretenida, jugaba con él, se reía con él y le hacía pasar las horas en solitario con mejor ánimo. Era un bálsamo para su caótica mente, una terapia que la estaba ayudando a superar el trauma. Y, cada día, miraba hacia el bosque en busca de aquel joven indio. Aún se preguntaba si fueron ellos quienes la salvaron y todavía intentaba convencerse si sería buena idea hacerles una visita. Pero siempre le pasaba lo mismo, dudaba y, al final, desistía volviendo a sus quehaceres.

Parecía que todo volvía a la normalidad, hasta que todo empezó a torcerse otra vez. Fue una mañana como otra cualquiera. Había dormido bien, había cenado bien y la luz del amanecer la despertó igual que siempre. Se levantó y sintió un mareo. Tuvo que volver a sentarse hasta que el suelo dejó de moverse. Después, las náuseas, que vinieron de golpe, haciéndola salir corriendo hacia el retrete. Vomitó y, para su sorpresa, se encontró mejor. Se tocó la frente. No tenía fiebre, no le dolía el estómago, aunque lo tenía algo revuelto. Algo debió sentarle mal. Entró en casa para preparar el desayuno y el olor de los huevos le dieron náuseas. Estaba claro que se estaba poniendo enferma, con todo lo que tenía que hacer, no tenía tiempo para eso. Darrell se levantó con ojos soñolientos. La miró y se puso serio.

— Estás pálida, ¿te encuentras mal?

— Algo no me sentó bien anoche, no te preocupes, se me pasará. Me tomaré una infusión y me encontraré mejor. Además, hoy viene Bea a

visitarme, ella me dará algo o me dirá qué me pasa.

Llevó a Darrell a la escuela y el trayecto no le hizo sentirse mejor. De vuelta a casa dio de comer al lobo. Habían pasado tres semanas desde que lo encontraron y había crecido mucho. Por fortuna su padre no parecía haberse dado cuenta de nada, pese a que, por las noches, solía llorar. Le acercó la leche de cabra, pero apenas comió. Le acarició entre las orejas y el lobo se tumbó junto a ella. La leche ya no parecía ser suficiente, tenía que empezar a comer carne. Buscaría algo por casa o le diría a Darrell que le cazara algo cuando volviera a la tarde. Dejó al lobo corretear por el terreno, dejándole a su alcance unos huesos de cordero que le sobraron del estofado del día anterior. Se entretenía royéndolos y parecía feliz. Admiraba su facilidad por ser feliz con tan poco. ¿Por qué los humanos no podían ser como los animales, por qué se empeñaban en complicarse la vida? Todo debía ser más sencillo, en realidad, lo era. Levantó la vista al cielo, que estaba despejado. Sintió el aire en su cara, fresco, con olor a prados. Escuchó a los pájaros, el relinchar del caballo, el movimiento de las hojas en los árboles. En la naturaleza había paz, en la vida de los hombres había angustia, rabia, codicia, envidia. Suspiró. No tenía un buen día, se sentía cansada, como si hubiera estado corriendo todo el día sin parar.

Entró en casa y se sentó un rato, lo necesitaba. Cerró los ojos un instante. Los abrió de repente al escuchar que llamaban a la puerta. Por fin, Bea ya había llegado, justo en el momento que más la necesitaba.

— Voy.

Se levantó y abrió la puerta. No era Bea, era el joven indio que le entregó el lobo. Al verle se quedó sorprendida y no supo qué decir. Por fortuna fue él quien habló.

— Traer esto para lobo — Levantó la mano derecha que sostenía una liebre muerta.

— Oh. — Podría haber dicho mucho más, sin embargo, no le salieron las palabras. Asintió, pensando que el lobo agradecería aquella carne. Cogió la liebre con cuidado —. Gracias — dijo a media voz.

— Madre decir que tú venir a ver nosotros, querer conocerte. Dice tú traer lobo, hermanos deben estar juntos.

Ella volvió a asentir, sin saber muy bien por qué. Estaba preocupada, nerviosa. Bea estaba a punto de venir y no quería que la encontrara sola en casa hablando con un indio. ¿Qué pensaría de ella? Miró el camino, estaba desierto.

— ¿Venir? — Le preguntó él.

Elisabeth le miró a los ojos, esos ojos oscuros de mirada tranquila. Entonces reparó en la pregunta.

— ¿Ahora? — Se alarmó.

Él asintió con energía.

— No, ahora no puedo, tengo que recoger a mi hermano en la escuela y espero visita.

Él continuó con la misma expresión sosegada, mirándola sin alterarse. Su cabello negro ondulaba levemente con la brisa.

— Yo entiendo. Yo esperar mañana en bosque y tú venir. No olvidar, tú traer lobo.

Asintió con la cabeza y se giró sin esperar respuesta, corriendo hacia el bosque sin mirar atrás. Pero, ¿qué le pasaba a ese chico, por qué siempre salía corriendo? ¿Es que nadie le había enseñado a despedirse, o a decir hola? Tal vez no tenían esa costumbre, tendría que preguntárselo cuando les visitara. ¿Mañana? ¿De verdad había quedado con él para ir al día siguiente para conocerles? No podía creerlo, ¿en qué estaría pensando? Mañana. Y ahora no podía echarse atrás, sería toda una descortesía. Al menos podría salir de dudas y averiguar si fueron ellos quienes le salvaron la vida. Mañana, no podía creerlo. No podía decírselo a nadie.

Un gallo cantó y se dio cuenta que se le hacía tarde, tenía que recoger a Darrell. Le llevó la liebre al lobo, quien se abalanzó sobre ella, hambriento. Sonrió al verle comer tan a gusto. Se sintió bien por él. Le dejó comiendo y subió al carro. Mientras iba en busca de su hermano, se recriminó no haberle preguntado el nombre al indio, pero es que la conversación había sido de lo más extraña y de lo más breve. Se había presentado así, sin más, de repente, sobresaltándola. La sorpresa la había dejado sin palabras y sin saber cómo reaccionar.

El camino a casa fue ajetreado, no pudo pensar más en el joven indio, Darrell acaparó toda la atención. Le hablaba deprisa, diciéndole que su profesora le estaba enseñando nuevas cuentas y que él no las entendía. Que otros chicos se reían de él por ser tan torpe. No quería estudiar, lo odiaba y no le haría falta para trabajar en la granja. A Elisabeth le hubiera gustado tener esas preocupaciones, acordes a su edad. Quería sentirse torpe, porque eso significaría que estaba estudiando, aprendiendo cosas nuevas. Sin embargo, su vida había entrado de lleno en el mundo de los adultos, que aún no entendía, que sentía le quedaba demasiado grande. Darrell seguía hablando,

necesitaba realizar varias cuentas para mañana y no entendía nada. En casa, a Elisabeth se le ocurrió explicárselo de forma que pudiera entenderlo, utilizando garbanzos.

— Mira, ¿cuántos garbanzos hay en la mesa?

— Uno, dos... — Fue contando —. ¿Diez?

— Muy bien. Ahora ponemos 1 por cada garbanzo que hay en la mesa, es decir, diez más. ¿Cuántos tienes ahora?

Le vio contarlos con el dedo.

— Veinte.

— Exacto. Entonces esta cuenta, diez por dos te da como resultado, veinte. Has doblado la cantidad que tenías, ¿lo entiendes?

— Con los garbanzos sí, ¿pero qué hago en la escuela, me llevo un puñado de garbanzos?

Elisabeth se rio y le revolvió el pelo.

— Tendrás que memorizar la tabla de multiplicar, no te queda otra.

Le vio poner gesto mohíno. Iba a consolarle cuando escuchó el caballo de su padre y una carreta. Miró por la ventana.

— Ya está aquí papá y Bea también.

— Por cierto, ¿cómo te encuentras?

La verdad es que se sentía estupendamente.

— Bien.

La puerta se abrió.

— Hola hijos, mirad a quién me he encontrado en el camino.

— Hola chicos, Elisabeth, siento llegar tan tarde, pero hoy ha sido un día de locos y a última hora se ha puesta la señora Rubens de parto.

— Sí, se la ve cansada.- Le dijo Elisabeth, sincera —. ¿Le apetece un café?

— No, cielo — Se acercó y le puso una mano fría en la barbilla —. Tú también pareces cansada, ¿cómo te encuentras?

— Bien, pero mejor vamos al cuarto.

— Claro, así puedo examinarte.

Los hombres de la casa se quedaron en el comedor, preparándose para echar una partida de cartas. Su padre le estaba enseñando a Darrell a jugar al póker, y el pequeño disfrutaba como un loco de esos momentos a solas con él.

Bea corrió las cortinas del cuarto y Elisabeth se sentó en la cama. Habló en voz baja.

— No quiero que se entere mi padre, porque lo más seguro es que no tenga importancia.

Bea le tocó la frente.

— ¿Te encuentras mal?

— Ahora estoy bien, pero esta mañana me he sentido indispuesta, con mareos y vómitos. También me he sentido muy cansada.

Bea asintió.

— Túmbate.

Elisabeth obedeció. Bea le palpó el vientre.

— Dime si te duele.

— No, ahora me encuentro bien, puede que algo me haya sentado mal.

— ¿Qué cenaste anoche?

— Estofado, como todos y ellos están bien.

Le palpó el cuello, le miró los oídos, los ojos.

— Tal vez tengas un poco de anemia, le diré a tu padre que pase por la consulta a por un refuerzo de hierro, te irá bien.

Elisabeth asintió. Se sentó en la cama.

— Entonces, ¿todo bien?

- No tienes fiebre, ni inflamación de garganta, el vientre está blando y no te duele, ¿molestias en el estómago?

— Esta mañana tenía ardor.

Bea parecía pensar. Se puso seria.

— Deberías pasar mañana por la consulta, me gustaría que te viera el doctor.

— ¿Por qué, me pasa algo malo?

— No, cariño, no te angusties, pero yo soy solo una ayudante, no puedo decirte más y, con esos síntomas, no sé — Cogió los papeles donde apuntaba el proceso de Elisabeth. Cada día que la visitaba apuntaba su evolución —. Dime, ¿cuánto hace de lo sucedido?

— Dos meses y tres días.

Bea la miró, entristecida. Llevaba la cuenta con exactitud, aún no lo había superado y tal vez no lo hiciera nunca.

— Entiendo — Volvió a los papeles y empezó a preocuparse. La miró —. ¿Has tenido la menstruación? Ya debería haberte venido.

Elisabeth lo pensó, lo cierto era que, con todo lo que había sucedido, ni siquiera había reparado en ello. No lo recordaba.

— No lo sé, con todo el trabajo, yo... — Si la hubiera tenido se acordaría,

siempre era complicado, tenía que lavarse más, limpiar más la ropa, no recordaba nada de eso desde... — Sangré aquel día, pero..., creo que no he vuelto a sangrar más desde entonces.

— Aquella sangre fue por el desgarró, no fue una menstruación — Suspiró —. Mañana vendré a buscarte para ir a consulta, tiene que verte el doctor.

Elisabeth recordó su cita.

— No, yo misma iré cuando vaya a recoger a Darrell, me va mejor pasar por la tarde. Tengo mucho que hacer por las mañanas. Estaré bien, de verdad.

— Como quieras, pero no dejes de venir — Se puso en pie —. No le diremos nada a tu padre hasta que no te visite el doctor, ¿de acuerdo?

— ¿Decirle el qué? ¿Qué me pasa?

— De momento, nada, no lo sé, espero equivocarme, así que prefiero callar hasta que el doctor no diga algo más seguro. No te preocupes, estás bien de salud, solo quiero asegurarme, eso es todo — La miró —. ¿Qué edad tienes, Elisabeth?

— En unos meses cumpliré 15.

Bea le acarició el pelo.

— Eres muy joven — Su mirada se oscureció. Un segundo después, la miró, sonriente —. Venga, se hace tarde.

Bea corrió las cortinas y su padre se puso en pie.

— ¿Qué tal está mi pequeña?

— Bien, un poco cansada, así que los hombres de la casa tienen que cuidarla más — respondió Bea con una sonrisa.

— Por supuesto — Se giró hacia Darrell —. Hijo, prepara la mesa y después friega los cacharros, hoy tu hermana no hará nada más.

Elisabeth sonrió al ver la cara de Darrell, aunque obedeció sin rechistar. Abrazó a Bea y le prometió ir mañana a la consulta.

— Bea, ¿no quieres quedarte a cenar? — Le dijo James.

— Gracias, pero mi marido me espera, es el único momento que tenemos de paz en casa. Cuidaros.

Se marchó dejando a una Elisabeth preocupada.

Despertó con náuseas, aunque no llegó a vomitar, esto le pareció buena señal. Fuera lo que fuese que tuviera, estaba remitiendo. Las infusiones le sentaban bien y debían estar curándola. Por este lado se quedó más tranquila pero, no podía quitarse de la cabeza la cita tan importante que tenía ese día. Se sentía nerviosa, inquieta, como si tuviera mariposas en el estómago. Tenía ganas de ir, le entusiasmaba la idea, por otra parte, tenía miedo. ¿Y si no les gustaba? ¿Y si hacía algo mal y se enfadaban con ella? Llegado el caso, se rompería el escaso contacto que habían mantenido y todo volvería a la normalidad. Pensar en eso la asustaba aún más. ¿Cuál era su vida normal? El encontrarse con aquel indio había cambiado su rutina. El cuidar del lobo la había mantenido despierta y viva, con ganas de seguir adelante. Si esto cambiaba para volver a su rutina habitual, ¿qué le esperaba? Limpiar, cuidar de los animales, cocinar, recoger a Darrell, volver a limpiar y a cocinar. Así un día tras otro. ¿Dónde quedaba su sueño de ser veterinaria? ¿Dónde iba a parar su tiempo, el mismo que deseaba dedicar a unos estudios que le estaban prohibidos? Ese futuro la asustaba y no quería pensarlo. Necesitaba un cambio, quería viajar, donde fuera, solo quería salir de allí, ver cosas nuevas. La vida tenía que ser algo más que esperar a que suceda algo bueno. Si no disfrutaba ahora, ¿cuándo? Se le escapa el tiempo sin darse cuenta. Se sentía atrapada en un vórtice del que no podía escapar, en una vida que le habían impuesto. Le habían cortado las alas, la habían encerrado en una jaula. Veía el paisaje, veía el exterior, tan cercano y, a la vez, tan inaccesible. Había un mundo ahí fuera y no podía tocarlo. Notaba que la luz de su juventud se acababa, sus sueños se borraban, la desidia se adueñaba de su ser y solo quedaba una carcasa vacía donde antes hubo esperanza.

Sus agrios pensamientos tuvieron fin al verle, tal y como prometió, frente al bosque, esperándola. Ahí estaba su cambio, ahí tenía la oportunidad de romper con la rutina, de revelarse contra una vida que no le gustaba. Tenía que buscar su futuro, su felicidad, no podía ni quería quedarse encerrada. Pasara lo que pasase, acudiría a su cita con los Sioux, ¿qué tenía que perder? Nada y, sin embargo, tenía mucho que ganar. Salir, explorar un mundo nuevo, relacionarse con personas con otra cultura, otra manera de pensar. Ya conocía a los suyos, la mayoría con mentes cerradas, cabezotas, agresivos,

codiciosos, de ideas fijas, y no le gustaban. Hombres que violaban a mujeres indefensas, que se emborrachaban y, con ello, justificaban sus actos crueles. Por una vez y para variar, deseaba conocer a esas personas que la habían salvado, sin conocerla, la habían llevado a casa y la habían curado. Necesitaba ver cómo vivían, cómo pensaban, algo le decía que podía estar tranquila.

Sonrió y corrió en busca del lobo. Lo tenía cogido con una cuerda para que no se escapara, lo soltó y lo cogió en brazos, pesaba demasiado y le costó llevarlo hasta el bosque.

— Gracias por venir — dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo.

— Dejar suelo, ella te seguirá.

Le hizo caso. La loba se sacudió, como si hubiera estado en el agua y les miró tranquila, a la espera de saber qué tenía que hacer.

— Sígueme.

Y, como era costumbre, echó a correr.

— Espera...

Intentó seguir su paso, pero le resultaba casi imposible. La loba lo tenía más fácil, así que ella era la única rezagada. Las náuseas matutinas, el cansancio y la debilidad que sentías esos últimos días, hacían que le faltara el resuello. No tuvo más remedio que detenerse, agachar medio cuerpo, apoyando las manos sobre las rodillas, con la cabeza gacha, respirando con dificultad. El corazón parecía que iba a salirse del pecho. Escuchó algo entre la maleza. Levantó un poco la vista y vio a la loba allí delante, mirándola. Se sentó, esperando a que ella continuara el viaje. Este acto la sorprendió. Solo llevaba unas semanas cuidándola y parecía que les unía un vínculo especial. Sonrió. Poco después apareció su joven e impaciente amigo.

— ¿Tú estar bien?

Asintió, poniéndose derecha.

— Sí, pero ¿podrías ir un poco más despacio? No puedo seguir tu ritmo.

— ¿Despacio? — Arqueó las cejas, sin comprender —. ¿Ritmo? — Y negó con la cabeza.

— Más lento, no puedo correr como tú.

Él la miró un momento y asintió.

— Tú correr como un pato. Yo ir lento.

Elisabeth le miró, ¿aquello era una broma? Sonrió levemente, sin saber si se lo decía en serio o para que se riera por su astuto comentario. No lo supo, la expresión del chico era invariable, seria, se giró y comenzó a correr de

nuevo, aunque esta vez se paraba cada poco tiempo para esperarla.

La carrera se le hizo eterna, ¿dónde estaría la reserva? Tenía un poco de miedo, no estaba segura de si una mujer blanca sería bien recibida. Había oído que en las reservas los indios eran recelosos con las visitas del hombre blanco. Podía entenderlo. Les habían quitado sus hogares, les habían hecho desplazarse, les habían privado de sus alimentos principales, el salmón o el búfalo. Les habían matado, engañado y humillado. ¿Cómo se podía ser confiado con aquellos antecedentes? Por otra parte, había sido invitada y eso quería decir algo. Y la habían salvado de aquellos indeseables. Ese era otro motivo por el que sentirse tranquila.

De pronto, el indio se detuvo en medio de ninguna parte. A su alrededor, bosque. Se oía el río a su derecha, algo lejano. Los árboles estaban muy juntos, impidiendo la visión. Allí no había nada. Aquello no era una reserva. ¿Dónde la había llevado?

Se giró hacia ella.

— No decir a nadie este sitio. Nadie — Remarcó la última palabra.

Se le veía más serio de lo normal. Elisabeth tragó saliva y asintió con la cabeza de forma leve.

— Por aquí.

La condujo entre los árboles. Unos metros más al norte, recubierto de musgo, se veía una pequeña entrada a una cueva. Si él no se la hubiera mostrado habría pasado desapercibida.

— Tú agachar, madre en cueva.

¿Su madre estaba ahí metida? Le miró extrañada. Pero, ¿qué hacían allí? ¿Y la reserva, y los demás indios? Le vio entrar en la cueva, seguida por la loba que, como guiada por un olor familiar, se adentró sin miedo. Miró a su alrededor, ¿qué debía hacer? Todo aquello era muy extraño, ¿y si volvía a meterse en líos, y si volvían a hacerle daño? Entonces, la cabeza de una mujer apareció en la entrada de la cueva. Gateando, logró salir del agujero. Se sacudió la ropa y se puso derecha, frente a Elisabeth. Su cabello negro ondeaba suelto, largo hasta la cintura. Conocía a esa mujer, la había visto antes, la noche en que lloró sobre la tumba de su madre, el día que enterró al pájaro junto a un árbol.

— No tener miedo.

Y le tendió la mano, asintiendo.

Elisabeth cogió esa mano suave, que le recordaba tanto a la de su madre y se dejó llevar al interior de la cueva. La entrada era engañosa. Demasiado

pequeña para cómo era el interior. Tras el diminuto agujero, se abría una inmensa cueva, amplia, fresca, de dimensiones incalculables. Parecía no tener fondo y tenía varios caminos que daban a otras estancias. Se escuchaba agua, pero ningún otro ruido. Si allí se refugiaban los indios, ¿por qué no se escuchaban voces?

— Ven, presento mi familia.

Tras la primera curva aparecieron tres indios. Uno ya lo conocía, los otros dos eran mujeres, una joven hermosa, de unos doce o trece años, de ojos oscuros, y una anciana de cabellos plateados. Observó sus gestos, la miraban con una sonrisa, pese a no conocerla, pese a ser blanca, pese a estar en su escondite y ponerles en peligro. Debían saber, de algún modo, que ella jamás les delataría, que estar allí era, para ella, un privilegio, una forma de escapar de su vida, que empezaba a odiar. Frente a ellos, los restos de una pequeña hoguera. Algunos huesos reposaban a su alrededor y la piel de alguna que otra liebre. Su loba se había reencontrado con su hermano. Como si el tiempo no hubiera pasado y la distancia no les hubiera mantenido separados, jugueteaban al fondo de la estancia, revolcándose por el suelo. La mujer que tenía a su lado, habló con voz pausada y suave.

— Mi hijo, Canowicakte^[1], ya conocer. Mi hija, Ohanee^[2] Y madre, Akule^[3] Yo soy Howahkan^[4]

Elisabeth asintió con una leve sonrisa. No sabía qué hacer ni cómo comportarse. Por fortuna, ellos tomaron el mando.

— Encantada. Mi nombre es Elisabeth. Gracias por invitarme.

La miraron, asintiendo.

— ¿Cómo sentir después de...? — Se dirigió a ella Ohanee. Su voz era melodiosa, sus gestos, confiados.

— Ohanee, no hablar de eso, ella sentir mal con recuerdos — Se giró hacia Elisabeth —. Siéntate con nosotros — Le pidió Howahkan.

Ella obedeció, sentándose todos alrededor de la hoguera apagada. Tenían varias lámparas de gas encendidas que daban claridad, pero el resto del lugar permanecía en penumbras. Seguía estando todo silencioso, salvo por el ruido que hacían los lobos.

— ¿Solo estáis vosotros aquí?

Les vio asentir.

— ¿Y los demás? Bueno, yo creí que habría un gran poblado — Agachó la cabeza, avergonzada por su osadía —. Lo siento, no quería ser indiscreta.

Pero le podía la curiosidad.

— Venir aquí huyendo de una vida que no nos gustaba — Le comenzó a explicar Howahkan —. Antes vivir felices en pradera, una gran familia, pero un día todo cambió, los blancos nos quitaron las tierras y nos obligaron a retirarnos a una reserva. Al principio estuvimos bien, pero después vimos que la vida allí era triste. Casi no teníamos qué comer, nuestros hijos debían aprender costumbres blancas y olvidar sus raíces. Abuela Akule se puso enferma, estaba triste. Una noche soñó con un gran cuervo. Malos tiempos, me dijo. Querer irse. Mi marido murió por una bala de los blancos. Estábamos solos. Hablamos y juntos decidimos irnos, buscar un lugar donde ser nosotros mismos, otra vez. Nos adentramos en bosque y encontrar esta cueva. Aquí no hay normas, no hay hambre, ni frío. Somos una pequeña tribu Sioux que lucha por su libertad, por seguir viviendo libres.

Elisabeth la estuvo observando con detenimiento durante todo su relato, en el que se notaba que faltaban muchos detalles. No se imaginaba por lo que deberían haber pasado para preferir vivir ocultos en una cueva.

— Lo siento. — No supo qué más decir.

— Tú no tienes que sentir, tú no hacer nada malo. — Le consoló Howahkan.

— ¿Mni? — Le preguntó la abuela.

Elisabeth miró de inmediato a Howahkan.

— Pregunta si quieres agua.

Ella asintió, mirando a la abuela con una sonrisa. Aquella mujer mostraba un rostro apacible, arrugado por la edad, de ojos pequeño que miraban con ternura. Le inspiraba cariño. Le ofreció agua en un cuenco de barro. Miró el cuenco y reunió el valor para preguntar.

— ¿Fuiste vosotros? — Tragó saliva—. ¿Vosotros me salvasteis aquel día? Se miraron los unos a los otros. Howahkan asintió.

Mientras bebía recordó que, cuando la salvaron, la subieron a un caballo. Miró a su alrededor, por aquel agujero no cabía.

— Recuerdo un caballo. El día... — Bajó la mirada, avergonzada, aquellos recuerdos seguían turbándola como si ella hubiera tenido la culpa, como si fuera ella quien hizo las cosas mal. Tragó saliva y un poco de agua. Continuó mirando las cenizas de la hoguera—, aquel día, alguien me subió a un caballo — Levantó la mirada y les observó unos a cada uno—. ¿Dónde está?

— Caballo vivir fuera, libre. Si yo llamo, él venir. Es un animal, no ser mío, él ser libre.

Aquella idea le fascinó. El caballo era un ser libre, como ellos ahora, no

una propiedad. Sonrió, nunca pensó que se encontraría tan bien rodeada de personas tan distintas, al menos, por lo que le habían contado.

— ¿Tú me salvaste? —Le preguntó a Canowicakte.

Elisabeth le vio asentir sin decir palabra, fue su madre quien respondió.

—Él un gran guerrero, igual que su padre. Saber usar el arco mejor que nadie, tener gran puntería, nunca falla. Ohanzee le ayudó, también usar bien el arco. Mamá abuela, curó tus heridas. Yo recoger flechas.

—Mis heridas, cuando visité al doctor, estaban casi recuperadas.

—La abuela Akule las curó. Ella saber curar casi todo. Conocer todas plantas del bosque y preparar grandes remedios.

No lo entendía, la familia al completo se volcó en ayudarla, sin conocerla, ¿por qué? Y eso mismo fue lo que les preguntó.

—Oír gritos, Canowicakte llamar caballo y, con Ohanzee correr a ver qué pasar. Vieron hombres blancos, reír, gritar y tú, en el suelo, llorando. Estaba mal, tú solo una niña —Mientras la miraba vio que sus ojos se enrojecían por las lágrimas—. Canowicakte no pensó, no pudo dejar que siguieran haciéndote daño y disparó.

Elisabeth suspiró, aliviada.

—Gracias.

Y se echó a llorar sin saber muy bien por qué.

La dejaron al principio del bosque, con la invitación de volver cuando quisiera. Elisabeth probó una infusión que le preparó Akule, que la ayudó a sentirse mejor. Admiraba a aquella mujer. No tenía estudios, pero conocía las dolencias casi mejor que el propio doctor. Al final, charlando más relajada, les contó que le encantaría saber curar, igual que hacía Akule. La abuela asintió y le prometió enseñarle las propiedades de las plantas y todos sus secretos. La había visto cómo cuidaba de los animales y le explicó que ella sabía grandes métodos de curación. Elisabeth se sintió feliz. No podría ir a la escuela, pero su sueño de salvar animales enfermos no quedaría en el olvido. Con la ayuda de la abuela podría aprender.

Mientras iba en el carro en busca de su hermano, sonreía. Hacía tiempo que no lo había pasado tan bien, que no había estado tan tranquila. Se sintió arropada, escuchada, atendida. Eran una familia formidable y estaba deseando volver a verles.

Al llegar al pueblo pasó por delante de la consulta del doctor. Esto le recordó que tenía visita. Recogería a su hermano y se pasaría un momento, se lo prometió a Bea.

Detuvo el carro a un lado de la carretera embarrada, esperando a que su hermano saliera. En ese momento escuchó un grito. Se giró para ver qué sucedía. Frente a la tienda de suministros había una mujer india en el suelo, con las manos en la cabeza. Un hombre la miraba con cara de asco y le daba una patada en el estómago. Elisabeth se quedó asombrada.

—Asquerosa india, vuelve a tu reserva, aquí no hay nada para tus mocosos.

A su alrededor la gente se detenía unos segundos para mirar la escena, pero nadie hacía nada. Algunas mujeres cuchicheaban y continuaban su camino. Los hombres se paraban y se reían del sufrimiento de la mujer. Otros asentían, dándole la razón al hombre que la maltrataba. No daba crédito a lo que veía. Sin pensarlo, bajó del carro y corrió hacia la mujer. Se inclinó hacia ella.

— ¿Cómo está?

— ¿Eres amiga de los indios? —El hombre que insultaba a la mujer, escupió en el suelo—. Asquerosos blancos amigos de los indios.

—Venga, John, deja a la chica en paz. Elisabeth, tu hermano ya habrá salido, ve a buscarle, pequeña.

Era el dueño de la tienda, un hombre bajito, regordete, de mofletes sonrojados por las copitas de vino que solía beberse cada día. Un hombre honesto, que jamás engañaba con los precios, o en el peso, pero que, a la hora de la verdad, prefería ir con la corriente y no meterse en líos.

—Deja a esa india, está bien, son una raza fuerte.

El otro hombre volvió a escupir.

—Son ratas, deberíamos matarlos a todos. ¡Lárgate de una vez! Vete con los tuyos y no vuelvas por aquí.

Elisabeth la ayudó a levantarse. La mujer no pudo ponerse recta por el dolor.

— ¿Qué necesitas?

—Mi hijo, enfermo, no tener comida.

Elisabeth miró al tendero, que bajó la vista, avergonzado.

—Tener dinero, yo pagar, por favor —Suplicaba mirando a Elisabeth.

—Elisabeth, yo me encargo.

Se giró ante la voz conocida, era el doctor, que se acercaba con pasos largos.

—Señores, por favor, dejemos esto como está. Elisabeth, ve a buscar a tu hermano, yo llevaré a esta mujer a la consulta para mirarle ese golpe, te espero allí.

Le vio agarrar a la mujer por la cintura y ayudarla a caminar.

—Este doctor siempre ayudando a cualquiera, algún día se meterá en un lío —dijo aquel hombre despreciable.

—Deja en paz al doctor, es un buen hombre. Venga, vete con tu mujer o te echará una buena bronca.

Elisabeth no se quedó a escuchar la conversación. Sentía vergüenza de su propia raza, ¿cómo nadie podía tratar así a una persona? Con la cabeza gacha llegó hasta la escuela, donde le esperaba su hermano. Corrió hacia ella y le abrazó.

—Hola, ¿qué tal la escuela?

—Aburrida.

Elisabeth sonrió, sospechaba que nunca le diría que le había gustado.

—Vamos, tengo que ir a la consulta del doctor, por eso de las náuseas.

—Pero ya te encuentras bien, ¿verdad?

Elisabeth asintió, la verdad es que se encontraba perfectamente, solo un

poco cansada.

—Será un momento y nos vamos a casa.

Entraron en la consulta. Vieron a Bea darle una cesta llena de comida a la mujer india. Sonreía y lloraba al mismo tiempo.

—Ve con tu hijo, intenta que no te vean o te quitarán la comida —Le decía la mujer del doctor.

La mujer india asentía.

—Gracias. Yo cuidar no me vean. Gracias, gracias.

Taparon la cesta con un trapo y la mujer salió de la consulta, no sin antes sonreír agradecida a Elisabeth.

—Elisabeth, pasa, el doctor te está esperando.

Ella asintió.

—No tardará, ¿verdad? Tengo que volver, mi hermano está hambriento.

—No te preocupes, no tardará.

Entró en la sala y se tumbó en la camilla. El doctor la saludó.

—Has sido muy valiente.

—Gracias, pero no podía quedarme quieta mientras veía cómo le pegaban.

—No te muevas, voy a palpar el vientre. Si te duele, dímelo.

Luego le miró la garganta, la temperatura, el pulso.

—¿Has sentido más náuseas?

—Solo por las mañanas, pero se pasa enseguida.

—¿Mareos? ¿Cansancio?

Asintió.

—¿Comes bien?

Volvió a asentir.

—La verdad es que, pasada la mañana y las náuseas, tengo mucho apetito. Sobre todo de manzanas. Es olerlas y tener unas ganas tremendas de comer.

El doctor sonrió.

—Eso es bueno, tener apetito siempre es buena señal.

Se apartó.

—Voy a llamar a mi mujer, tiene que mirarte más a fondo, será un momento.

Elisabeth le miró angustiada.

—¿Otra vez? ¿Por qué?

—Rutina, quiero ver que todo está bien.

Suspiró con resignación.

Bea siempre era muy cuidadosa y no le hacía daño, pese a todo, pasaba

mucha vergüenza y un mal rato. No le era agradable que le tocaran aquella zona, menos aún que introdujeran los dedos, le traía malos recuerdos que se empeñaba en olvidar a toda costa.

—Ya he terminado, ahora viene el doctor.

—¿Estoy bien? —Preguntó asustada.

—No estás enferma, pero tendremos que llamar a tu padre.

—¿Por qué, qué me pasa?

El doctor entró, estaba serio.

—Elisabeth, ahora tienes que ser tan valiente como antes, ¿podrás hacerlo?

—¿Qué me pasa? —Su voz sonó temblorosa.

—Me temo que estás embarazada.

¿Embarazada? No, eso era imposible, todavía era una niña, no podía estar esperando un bebé. ¿Cómo podría cuidarlo? No quería estar embarazada, era una equivocación. Si ni siquiera estaba comprometida, no tenía pareja. ¿De quién...? La angustia subió a su garganta, sintió que le faltaba el aire. Ese bebé, ¿acaso era de aquellos hombres? Sería horrible, una pesadilla, tener al hijo de uno de esos bastardos en su vientre. La sangre de un violador mezclada con la suya. Jamás consentiría algo así.

— ¿Te encuentras bien? Te has puesto pálida.

—Quiero vomitar.

Bea le trajo una palancana. Sentía las tripas revueltas, aquello no podía estar pasando, ella era una buena chica, obediente, trabajadora, ¿qué había hecho mal para merecerse tanto sufrimiento?

— ¿Mejor?

Elisabeth asintió y se tumbó en la camilla. Se pasó el brazo por encima de los ojos, como si así pudiera apartarse del mundo.

—Cielo, ¿quieres que avisemos a tu padre?

Su padre. ¿Cómo iba a encajar la noticia? Se enfadaría, entraría en cólera, la repudiaría. Apartó el brazo y se sentó, no se encontraba bien, le resultaba difícil pensar, necesitaba ver a la abuela.... Ir a la cueva. Sí, ellos sabrían qué debía hacer, ellos harían que se encontrara mejor.

—No, por favor, es un tema personal, es mi familia, quiero contárselo yo, por favor.

Su voz temblaba, le ardía la garganta por haber vomitado y le dolía por contener las lágrimas.

—Claro, pero, si viene por aquí, ¿qué le decimos?

—Que estoy bien, solo cansada. Buscaré el momento apropiado y se lo contaré, solo necesito tiempo.

Bea asintió, suspirando. Luego la miró con cariño mientras apoyaba una mano en la rodilla de Elisabeth con afecto.

—Se notará, recuerda que no tienes todo el tiempo del mundo. Tendrás que contárselo pronto, ¿lo harás?

—Claro, ¿puedo irme a casa ya?

—Sí, voy a prepararte unas vitaminas y un refuerzo de hierro, los

necesitarás. Ahora tendrás que comer bien, nada de saltarte comidas y descansa lo que necesites, esa criatura te necesita más que nunca.

Elisabeth no respondió. Esa criatura la necesitaba, ¿y quién quería que la necesitara? No quería cuidarle, ella no pidió tener un bebé, ¿alguien pensaba en lo que ella necesitaba?

— ¿Se lo contarás a tu hermano?

—Esta noche, cuando estemos todos, te lo prometo.

Le pidió a Darrell que llevara el carro. Su hermano la miró preocupado.

— ¿Te han dicho que estás enferma? ¿Qué te pasa? No te preocupes, yo cuidaré de ti, de verdad.

Elisabeth le acarició los cabellos y le sonrió.

—No estoy enferma, solo cansada, estos meses han sido muy duros para mí. Se pasará, no debes preocuparte.

— ¿Estás segura? No tienes buena cara.

— ¿Crees que si estuviera enferma el doctor no te lo hubiera dicho, o no hubieran avisado a papá? Estoy bien, de verdad —Su voz sonó alterada.

—No te enfades, pero es que antes parecías tan contenta y ahora...

—Darrell, por favor, quiero ir a casa. —Ahora fue más dura.

Vio cómo su hermano bajaba la mirada y sintió portarse así con él, no se lo merecía, pero no podía evitarlo, sentía una opresión en el pecho que le dificultaba respirar, un odio que no podía controlar y una ganas enormes de gritar, de maldecir, de salir huyendo.

—Está bien —dijo él con voz apagada y se puso en marcha.

Darrell dejó el carro frente a la puerta de casa. Bajó y empezó a desatar a los caballos.

—Darrell, guarda a los caballos, yo tengo que ir al bosque.

— ¿Por qué? ¿Ya te encuentras bien?

Ella asintió.

—Ya te he dicho que no me pasa nada, voy a ver si encuentro algunas setas para la cena, no tardaré.

— ¿Y la comida?

—Come tú, yo no tengo hambre, cuando vuelva comeré algo. No tardo, de verdad.

Se giró y caminó de prisa hacia el bosque. Notaba la mirada de su hermano a su espalda, estaba desconcertado, pero no más que ella. Le costaba comprender lo que le estaba sucediendo, él tendría que ser fuerte y hacer algunas cosas solo. Ahora necesitaba pensar, estar sola, preocuparse de ella y

nadie más.

Una vez en el bosque comenzó a correr. Tal vez si hacía grandes esfuerzos, si se saltaba comidas, si cogía peso... Puede que el bebé no sobreviviera, puede que lo perdiera. Ese niño no tenía que nacer, no lo quería, es más, le odiaba. Odiaba cómo se había creado en su interior, odiaba a quienes la obligaron a hacerlo, odiaba tener que pensar qué hacer. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Se detuvo de golpe al tropezar. No vio qué o quién era y a punto estuvo de caer. Se llevó la mano a la nariz.

—Tú no tener ojos, no escuchar bosque, ir por ahí sin ver ni oír nada.

Entonces la miró y vio que lloraba.

— ¿Pasar algo malo? —Su tono de voz fue más calmado, preocupado. Le puso una mano sobre el hombro.

—Necesito ver a Akule.

Canowicakte asintió y la llevó hasta la cueva. Cruzado al pecho llevaba una bolsa de cuero llena de plantas. Supuso que eran para su abuela. Seguro que conocía algún remedio para evitar que ese niño naciera.

Como siempre, en el interior hacía fresco y todo estaba tranquilo. La condujo a la sala donde preparaban la hoguera. Allí encontró a Akule, no así a Howahkan, ni a Ohanzee.

— ¿No están tu madre y hermana? —Le preguntó a Canowicakte.

—Visitar amigos fuera de la reserva, así tener noticias de nuestra gente.

Ella asintió, más calmada. Se acercó cerca de la hoguera, esta vez encendida y saludó a la abuela. Ella le sonrió. Estaba sentada, preparando una especie de sopa en una cazuela honda. Olía bien.

Elisabeth se dirigió a Canowicakte.

— ¿Puedes decirle que necesito hablar con ella y traducir por mí, por favor?

Le vio asentir. Se sentó frente a Akule.

—Tengo un problema.

Escuchó a Canowicakte traducir. Elisabeth miraba a Akule, temerosa de lo que pudiera pensar, de que la juzgara.

—Estos días no me encontraba bien y el doctor me ha visitado hoy —Miró al techo de roca húmeda, no sabía cómo decirlo— Bueno, yo..., aquel espantoso día, cuando esos hombres... —Le tembló la voz—. Estoy embarazada —Decidió decir sin más.

Akule la miró sin inmutarse, con gesto serio, tranquilo. Asintió. Habló a través de su nieto.

—Un bebé siempre es una bendición, pero tú no sentir feliz, veo en tus ojos.

Le tembló el labio inferior por aguantar las lágrimas. Sus ojos se humedecieron. Ese bebé no era ninguna bendición, era el recuerdo del día más horrible que había tenido en su corta vida. Tragó saliva y reunió el valor.

—No quiero tener ese bebé. Yo..., venía para saber si tiene algún remedio para que ese niño no... —Al escucharse se daba cuenta de lo repugnante que sonaba—, no quiero que nazca. Le odio, no quiero ese niño, yo no lo pedí y es de esos hombres... despreciables, que me hicieron aquello tan horrible...

Sus palabras salieron ahora sin pausa, desahogándose, dejando fluir lo que realmente sentía, por muy desagradable que pareciera. Sin pretenderlo, las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Bajó la cabeza y se llevó las manos a las sienes. ¿Por qué tenía que pasarle todo aquello?

—Mi niña, tú sufrir, sufrir mucho por esos hombres que hicieron daño. Pero eso ser el pasado, no poder cambiarlo. Lo que fue debe quedar atrás, el mañana no saber, tú tener que vivir hoy y hoy tú pensar en bebé —Le dio vueltas a la sopa y observó los pequeños remolinos que se formaban—. ¿Tú creer que ese bebé decidir venir a este mundo? ¿Tú creer que él decidir tener padres horribles? ¿Tú creer que él no merece vivir? No, tú equivocar. Ese niño ser bendición, ser inocente, ser parte de ti. Estar indefenso y tú ser persona que debe cuidar, ser su madre, llevar tu sangre. Espíritus poner en tu vientre porque saber que tú buena persona. Niño no ser malo, niño querer a ti más que a nada, necesitar más que a nadie. Niño salvar a ti de odio y así salvar tu vida. No pensar en matar, él no merecer ese destino. Tú llorar ahora, pensar días y volver a mí por consejo.

En el fondo lo sabía, ¿quién iba a querer ayudarla a perder un bebé? Aunque fuera engendrado de una forma tan abyecta, era un ser inocente y tenía derecho a vivir. Akule tenía razón, pero le resultaba imposible asimilarlo. En esos momentos no quería saber nada de esa criatura que crecía en su vientre. Si pudiera, la arrancaría de sus entrañas. Pensar, dejar pasar unos días, ese era su consejo y eso es lo que haría. Asintió y se puso de pie.

—Gracias.

La abuela dijo algo más.

—Abuela pedir que yo acompañe.

Elisabeth asintió sin mirarle y caminó hacia la salida. Canowicakte caminó a su lado, en silencio. Ella no se atrevía a mirarle. ¿Qué pensaría? ¿La odiaría por despreciar a su propio hijo, por querer que no naciera? Se sentía una

persona horrible, tan ruin como aquellos hombres que la forzaron. Porque, ¿qué era ella? Una niña cobarde que solo pensaba en deshacerse de un bebé. ¿Eso no era asesinato? Era despreciable y se odiaba por pensar tales barbaridades.

—Ser normal sentir odio. Ser normal estar triste, pero abuela tener razón, bebé no ser culpable de nada, bebé querer ser tu hijo —Se detuvo para mirarla—. Tú ser gran persona, buena, cuidar bien tu hermano, como una madre. Ese bebé tener la mejor madre del mundo, tú verás que, cuando veas cara, quererle. Solo esperar, darle una oportunidad. No sentir mal por pensar cosas malas, eres persona y todos odiar a veces, sufrir, llorar, tú ser normal.

Elisabeth agradeció sus palabras. Estaban en el linde del bosque, con lo que él tendría que volver, no podía correr el riesgo de que le vieran.

—Lo pensaré. Gracias Canowicakte, por todo.

Él asintió y le dedicó media sonrisa triste. Después le vio marchar a paso rápido, perdiéndose en el bosque. Adoraba a aquella familia. Se giró y vio su casa. Cada vez la sentía menos su hogar.

Cuando aquella tarde llegó su padre del trabajo, no se atrevió a decirle nada. Las palabras de la abuela Akule aún estaban rondando por su cabeza, la visita del doctor, su última frase, *me temo que estás embarazada*. Demasiada información que no sabía cómo asimilar. Necesitaba tiempo para pensar.

Su padre parecía contento, les dio un beso al llegar y se sentó a la mesa con una sonrisa. La miró con cariño. Elisabeth se preguntó si sabría algo, si habría hablado con el doctor, pero en seguida desestimó esta idea, el doctor y su mujer eran las personas más discretas del mundo, si ella les pidió que no dijeran nada, de momento, eso harían.

—La cena estará en un momento.

Le dijo intentando que su voz sonara normal.

—Prepara algo más de comida, hoy tenemos un invitado.

Estupendo, menudo día había elegido su padre para traer visita. Ella no estaba con ánimos de hablar o fingir ante nadie. Solo quería cenar e irse a la cama. Su padre continuó hablando.

—Es un viejo amigo, hace tiempo que no le veía, me ha alegrado mucho verle. Hemos hablado esta mañana durante el almuerzo. Es un gran hombre, ya verás. Sirvió en el ejército, en el séptimo de caballería, nada menos. ¿Sabes que conoció al general Custer? Ha sido condecorado por su labor. Un hombre valiente donde los haya. Perdió una pierna luchando contra los indios, esos salvajes, pero él sobrevivió y sigue adelante con optimismo. Un ejemplo a seguir, pequeña. Me siento orgulloso de ser su amigo. Así que, hablando, terminé por invitarle, ya verás cómo te cae bien.

Ella asintió sin mucho interés. Difícilmente podría caerle bien un hombre que se había dedicado a matar indios y que se vanagloriaba de ello. Pero no tenía fuerzas para contradecir a su padre. Prepararía la cena, sería una buena chica, amable, cordial, en fin, lo que se esperaba de una buena ama de casa y después descansaría. Esperaba que aquel hombre no se quedara mucho tiempo.

—Elisabeth, siéntate un momento, necesito hablar contigo.

Vio que su hermano le echaba una mirada fugaz. Cuando su padre decía aquellas palabras no anunciaba nada bueno. Obediente, se sentó frente a su padre.

— ¿Sucede algo?

—No, tranquila. Verás, he hablado con mi amigo de viejos tiempos, de viejas anécdotas, hemos recordado lo que vivimos juntos. De verdad es un hombre íntegro, un amigo de confianza. Espero que no te enfades y que lo entiendas. Tu situación no es buena, y lo sabes. Una mujer mancillada no suele encontrar esposo. Ningún hombre desea casarse con una jovencita... bueno, ya me entiendes. Me resulta algo incómodo hablar de estas cosas contigo, a tu madre se le daría mejor —Suspiró—. En fin, no quiero que sufras, ni que te señalen, ni que hablen mal de ti. Eres mi niña y haré todo lo posible para darte un buen futuro y eso pasa por casarte bien.

Elisabeth le miró sorprendida, ¿casarse, tan pronto?

—Papá...

Él no la dejó continuar.

—No me interrumpas. Lo he estado pensando mucho y lo mejor para acallar rumores es que te cases cuanto antes. Tarde o temprano se sabrá que varios hombres te forzaron, tu reputación quedará entredicho. No lo permitiré. He hablado con varios jóvenes, no creas que mi decisión está tomada a la ligera. Pero ninguno me convencía, ninguno estaba a la altura de mi niña. No voy a casarte con cualquiera, me he asegurado de encontrarte el mejor marido que puedas tener.

¿Qué significaba eso?

Llamaron a la puerta y su padre sonrió.

—Te pido que seas amable y muestres todo tu encanto. El hombre que conocerás hoy pasará el resto de su vida contigo.

Él mismo se levantó para abrir. Su hermano se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. Ella no podía moverse, aquella conversación no podía ser real. Le daba vueltas la cabeza.

—Cariño, te presentó al teniente Patrick, un buen amigo.

Elisabeth alzó la mirada para ver al hombre que le presentaba. No pudo creer lo que veía. Era de la edad de su padre, estaba medio calvo, era muy alto, bastante delgado, de ojos pequeños color castaño, constitución fuerte. Miró sus piernas, como le advirtió su padre, le faltaba una pierna. El bastón le servía de apoyo. Volvió a mirar su cara, le sonreía, a la espera de un saludo de cortesía, pero ella se había quedado sin habla.

—Hola, señor, es un placer conocerle.

Le salvó su hermano. Le vio acercarse con la mano alzada para saludar. El hombre estrechó la pequeña mano con afecto.

—El placer es mío, jovencito. Tú debes ser Darrell, el hijo pequeño de mi buen amigo James.

Darrell asintió con energía.

—El mismo. ¿Es usted teniente de verdad? ¿Ha estado en las guerras contra los indios?

Patrick sonrió, asintiendo. Darrell mostró cara de sorpresa y admiración.

—Vaya, ¿me explicará cómo es luchar en una guerra?

—A mi hijo le encanta el ejército. Venga, no molestes y ayuda a tu hermana a poner la mesa —Se dirigió a su hija—. Elisabeth, ¿no saludas a nuestro invitado?

Reuniendo valor, cogiendo aire e intentando que las piernas la sostuvieran, se levantó e incluso mostró una pequeña sonrisa.

—Señor Patrick, es un placer. Siéntese, serviré la cena en un momento.

—Muy amable.

Patrick miró a James.

—Tienes una hija encantadora.

—Lo sé, ya verás que es una buena esposa.

Se escuchó un plato caer al suelo. Al escucharlo, a Elisabeth le temblaron las manos y se le escurrió de las manos.

—Lo siento, en seguida lo recojo.

—Yo te ayudo. —Corrió Darrell.

Los dos hombres se sentaron en la mesa. El invitado encendió una pipa y el aroma del tabaco se fue extendiendo por la pequeña estancia. Les oyó hablar del trabajo. No tardó en perder el hilo de la conversación, sumida en sus propios pensamientos. Su padre no podía estar hablando en serio. ¿Casarse? Ella no quería hacerlo, era demasiado joven. Tenía sueños, quería viajar, estudiar, vivir su libertad. Si se casaba sería esclava de ese hombre que no conocía. Debería limpiar, cocinar, coser para él y... Su mirada se perdió tras la ventana, sin ver nada. Los matrimonios tenían la obligación de cumplir con ciertos actos, él quería que ella los cumpliera como mujer sumisa. Miró a su padre de forma furtiva. ¿Él habría pensado en eso? Sintió que se le cerraba el estómago, que le entraban náuseas. Solo pensar en hacer con otro hombre lo que aquellos otros la obligaron... La sola idea le revolvía las tripas, la ponía enferma. Su padre no podía obligarla. Luego pensó en su embarazo. ¿Cómo podía haber cambiado tanto su vida? ¿Por qué todo era tan complicado ahora? Deseaba poder escapar, correr hacia el bosque y refugiarse en los brazos de Akule.

—Elisabeth, ¿te ayudo a poner la mesa?

Su hermano la sacó de sus pensamientos y asintió de forma casi imperceptible. Cuando todos estuvieron sentados a la mesa, con la comida en los platos, se hizo el silencio. Ella no probaba bocado y no miraba a nadie. Su padre se dio cuenta.

—Cariño, estás algo pálida, ¿te encuentras bien, has ido hoy a ver al doctor? —Miró a su hijo para que hablara.

—Está bien, solo cansada —dijo Darrell.

—Tal vez deberíamos dejarla descansar —dijo el invitado.

—Estoy bien. —Se animó a decir ella. Solo quería que aquella cena terminara cuanto antes. Cogió el tenedor y se obligó a comer.

Su padre se sintió satisfecho y reanudó la conversación.

—Y dime, ¿a cuántos indios has matado? Debe ser increíble ir a la guerra para luchar contra esos salvajes. Si fuera más joven, me alistaba sin pensarlo.

—Lo cierto es que no han sido muchos. Perdí la pierna en una de mis primeras batallas y desde entonces me apartaron del servicio. Ahora me dedico al papeleo, no quise dejar el ejército por completo.

—Pero conociste al general Custer, un héroe.

—Sí, participé con él en alguna batalla, pero no estuve en la última. Por lo que cuentan fue una carnicería. Les atacaron por sorpresa, ni él ni sus hombres esperaban ser atacados por un número tan grande de indios. No tuvieron ninguna opción. Aun así lucharon hasta el final, pagando con su vida.

—Heroico, ya lo decía yo. Todos esos indios deberían estar muertos. No entiendo por qué el gobierno se empeña en darles tierras. Son unos salvajes.

—En mis años de servicios he podido comprobar que no todos son así. Hay algunas tribus más conflictivas que otras, pero las hay pacíficas.

—Tonterías, todos son iguales.

—Los que ahora nos traen más quebraderos de cabeza son los Sioux, en especial Toro Sentado, es un rebelde, no quiere ceder. No hay manera de hacerle cambiar de costumbres.

Elisabeth no aguantaba más, miró a aquel hombre y le habló con paciencia, como a un niño que está equivocado.

— ¿Y por qué debería cambiar sus costumbres? Ellos ya estaban aquí cuando nosotros llegamos. En realidad, estas son sus tierras, no las nuestras, sin embargo, se las quitamos porque tenemos mejores armas. Si viniera un indio a mi casa y me dijera, deja de vivir como lo haces, vive como yo te

diga, vete de tu casa para quedarme yo porque soy más fuerte, le mandaría a paseo...

— ¡Elisabeth, por favor! Qué manera de hablar es esa y delante de nuestro invitado —Se enfureció su padre.

—No, por favor, déjela, me gusta que una mujer tenga carácter y que exprese su opinión. Continúa.

Elisabeth se sintió de pronto algo cohibida. Ella sabía cuál sería la reacción de su padre, pero se esperó la reacción de Patrick. Pensó que la recriminaría también.

—Lo siento, no debería haber hablado.

Y miró su plato.

— ¿Te gustaría dar un paseo conmigo después de cenar? Así podríamos continuar esta conversación con más tranquilidad.

A su padre la idea le gustó a medias. Por una lado le parecía bien que se conocieran mejor, por otro, esa conversación no era adecuada para una mujer. Se resignó, su hija necesitaba un marido.

—Sí, hija, un corto paseo te sentará bien.

—Está bien.

Terminada la cena, llegó el momento del paseo con aquel extraño al que no le apetecía conocer. Cogió el chal, pues por las noches refrescaba y se puso la cofia. La larga falda le cubría hasta los tobillos. Se arrebujó en el chal y salió al exterior. No le gustaba salir de noche, todo le parecía triste, solitario y le recordaba la muerte de su madre, cuando salió corriendo a escondidas para llorar ante su tumba.

Hacía un poco de aire, se le podía llamar agradable brisa. El cielo estaba despejado y se podían contemplar las estrellas. No había luna, lo que acrecentaba la oscuridad. Del bosque llegaba el sonido de algún que otro animal y el susurrar de las hojas entrechocando unas con otras por causa del viento. Sus pasos, sobre la tierra seca, provocaban un ruido sordo. No se alejaron mucho de la claridad de la cabaña.

—Esto es muy tranquilo —Se decidió él a romper el hielo.

—Sí.

—En el pueblo siempre hay alguna pelea. Es la taberna, que atrae a la peor calaña. Y es peor ahora que no hacen más que llegar forasteros en busca de oro —La miró de reojo.

Elisabeth se preguntó si su padre le habría contado lo sucedido y se sintió avergonzada, incómoda.

Él continuó ante su persistente silencio. Ella no le miraba, observaba el bosque oscuro e intentaba averiguar cuánto duraría la conversación. Deseaba volver a casa.

—Tu padre es un buen hombre, hemos estado hablando en la taberna, principalmente de ti —Volvió a mirarla—. Me ha dicho lo encantadora que eres, buena ama de casa, buena cocinera, buena mujer. Te quiere mucho.

Ella asintió.

—No me comentó lo bonita que eras, ni lo joven. Creo tener más o menos la edad de tu padre.

Ya lo había notado. Volvió a asentir. Si no le daba conversación tal vez se diera por aludido y la dejara irse.

—Me ha ofrecido una casa, para los dos, él mismo se encargaría de construirla, dice que conoce a medio pueblo. Es muy amable por su parte. Quiere que vivamos aquí, cerca de él. A mí no me importa, yo no tengo familia y odiaría tener que separarte de la tuya.

—Gracias.

—Sé que te puede resultar difícil, no pretendo obligarte a nada. Cuando hablé con tu padre creí que eras algo más mayor, pero no sería un mal marido, te lo puedo asegurar —Guardó silencio unos segundos en los que se entretuvo removiendo la tierra con el bastón—. Y no te obligaría a nada.

¿A nada? Elisabeth alzó la mirada hacia aquel hombre. Era bastante más alto que ella y sí, más mayor. Sus facciones eran suaves, de mirada tranquila. No parecía un mal hombre pero...

—Le agradezco sus esfuerzos pero... yo no puedo casarme. Yo...

—Sé lo que te sucedió —Vio que lo miraba aterrorizada y se apresuró a calmarla—. Guardaré silencio, por eso no debes temer, nadie lo sabrá por mí. Tu padre está preocupado por tu futuro, cree que no encontrarás un buen hombre que quiera casarte contigo después de lo sucedido. Me hago mayor y solo deseo tener compañía, alguien que comparta techo conmigo, buena conversación y aleje la soledad que me acompaña durante años. No pido más. Yo necesito una compañera y tú alguien que acalle los rumores. No tienes que decidirlo ahora, puedes pensarlo, no tengo prisa.

Ella le miró entristecida. Él no tenía prisa, pero ella sí.

No tardó en irse, quería dejarla descansar y pensar. Cuando se quedaron solos, su padre se sentó en la mecedora donde solía hacerlo su madre. A ella le gustaba sentarse allí después de cenar y tejer. A Elisabeth le encantaba verla con las agujas, viendo cómo se iba creando un chal, unos guantes, unos calcetines. Siempre hacía prendas para ellos, siempre pensaba en su familia antes que en ella misma. La echaba tanto de menos. Ahora debería estar sentada en la mecedora, tendría que ser a ella a quien le contara todo lo que le estaba sucediendo. Su madre la comprendería, la ayudaría, encontraría una solución en la que no sufriera.

No tenía fuerzas de hablarlo con su padre. Parecía enfadado y sabía por qué. No le gustó la forma en que habló durante la cena. Para él una mujer debía ser sumisa, obediente, callada y no meterse en conversaciones de hombres. Tener una opinión que, para más inri, contradecía la de un hombre, era una insolencia, una falta de educación. Le veía serio, con los labios apretados, mirando el fuego del hogar, pensativo.

—Me voy a la cama, hoy ha sido un día largo.

Su padre la miró.

—Espero que me obedezcas, Elisabeth. He hecho un gran esfuerzo para convencer a ese hombre a que te conociera. Es un buen partido. Debes comprender que es lo mejor para ti, que lo hago para que tengas un buen futuro. Tú ahora no lo entiendes, pero un hombre, en su noche de bodas, sabe perfectamente si su mujer es virgen o no. Imagina que tu futuro marido se entera que no es tu primera vez, que ya has estado con otro hombre. Te repudiaría, tu reputación quedaría entredicho. Te señalarían, hablarían mal de ti. Quiero ahorrarte toda esa vergüenza, no consentiré que mi niña sufra más. Por eso, cuando Patrick vuelva mañana, espero que tu actitud sea más amable, risueña y dejes de comportarte como una niña malcriada. Es una decisión que no tiene vuelta atrás, te casarás con él y no hay más que hablar, ¿lo has entendido?

¿Y si no lo entendía, qué? ¿La escucharía? No, claro que no. Su padre exageraba. Nadie tenía que enterarse de lo que sucedió, ella podría, con el tiempo, confiarle ese secreto a su marido, y él, si la amaba, lo entendería. O eso esperaba. De todos modos, ¿qué había de malo en estar sola? No

necesitaba un marido. Era inútil intentar explicarle todo eso a su padre así que asintió, resignada, se giró y se fue a la cama.

Dio muchas vueltas aquella noche, tuvo pesadillas. Soñó con cuervos que la perseguían e intentaban picotearle el vientre. Ella lo protegía con las manos mientras corría en busca de cobijo. En el sueño el cielo estaba cubierto por espesas nubes oscuras. Todo a su alrededor era oscuridad, no encontraba un camino, se sentía perdida, no tenía escapatoria, los cuervos la alcanzarían y la matarían. Peor aún, matarían también a su bebé.

Despertó con el corazón acelerado. Su hermano se movió en la cama, acurrucado a su lado. Por fortuna no le despertó. Tras la ventana, una fina línea anaranjada se asomaba en el horizonte. Amanecía en un cielo limpio, sin nubes, desplazando la oscuridad de la noche.

Su padre ya se había marchado y ella tenía que comenzar sus quehaceres. Se levantó y se lavó la cara. Al inclinarse para coger agua con ambas manos, se miró el vientre. Aún no se notaba abultado, le parecía increíble que dentro comenzara a gestarse una vida. Se acarició en círculos. Akule tenía razón, esa criatura no era culpable de nada, ese bebé era una víctima más de lo sucedido y, a diferencia de ella, que se sentía sola, él tendría alguien que le protegería por encima de todo. Levantó la vista. El sueño le había enseñado sus miedos. Miedo a no encontrar el camino a seguir, a volver a ser atacada, pero también miedo a perder al niño que estaba esperando. Le había abierto los ojos.

— ¿Qué haces ahí parada?

Su hermano ya estaba levantado.

—Nada, estaba pensando, venga, come algo o se te hará tarde para ir a la escuela.

Mientras su hermano desayunaba, ella recogía la casa. Pese al sueño, se había levantado de mejor humor. Ahora tenía las cosas un poco más claras, quería pensar que su madre, desde el cielo, la estaba guiando. Empezó a tararear.

—Me alegra verte contenta. ¿Ya se te ha pasado el enfado por lo de anoche?

Ella le miró, extrañada.

— ¿Anoche? Como no te expliques mejor...

—El hombre que invitó anoche papá a cenar. Ese tipo con el que quiere casarte. ¿Ya no te importa?

Lo había olvidado por completo.

—Bueno, tendré que hablarlo con papá con más detenimiento. No quiero

casarme con un hombre tan mayor, la verdad es que no quiero casarme.

—Sabes que papá no dejará que le lleves la contraria.

Ella se encogió de hombros. Tal vez estar embarazada no fuera tan malo, seguro que su padre recapacitaba en cuanto lo supiera. Esa misma tarde se lo diría y seguro que cambiaba de idea. No querría casarla esperando un bebé.

En cuanto regresó de acompañar a su hermano de la escuela, desató a los caballos. Uno de ellos parecía más fatigado de lo normal. Lo llevó al establo y le dio un poco de agua. Parecía abatido o triste. Le acarició el cuello.

— ¿Qué te pasa? No te pongas enfermo ahora, por favor, ya le debemos bastante dinero al veterinario. Hoy te dejaré descansar, ¿qué te parece?

—Parecer que caballo no contestar tus preguntas.

Sonrió y se giró para ver a Canowicakte.

— ¿Cómo haces para acercarte sin que te oiga?

Él torció la boca en una pequeña sonrisa. No era un joven que se riera con facilidad.

—Padre enseñar bien. Yo sigiloso para cazar, escapar, esconder.

—Te enseñó bien.

Él asintió y se acercó al caballo.

—Caballo no estar bien.

—Lo sé, le diré a mi padre que avise al veterinario.

—Abuela poder ayudar. Vamos a verla.

Ella asintió complacida, le parecía una gran idea.

Canowicakte la cogió de la mano y empezó a correr. Elisabeth notó su mano caliente y fuerte. La verdad es que era un joven apuesto. Le gustaba su pelo, largo y oscuro. Y su cuerpo esbelto, fibroso. Sus ojos oscuros tenían una profundidad que jamás había visto en nadie, parecían sabios. Siempre lo escrutaban todo, en silencio y nunca podía saber qué pensaba.

— ¿Por qué siempre vas corriendo?

—Sentir aire en la cara, gustar viento, gustar sentir como pájaro.

Y le gustaban sus respuestas, tan diferentes a todas las que había escuchado.

Cerró los ojos un segundo, confiando en él, sintiendo el aire en la cara. Sí, podía entenderle.

Caminaron cuando ella le pidió detenerse. No podía seguir corriendo.

—Pasear también es bueno, se pueden oír los sonidos del bosque —dijo ella recuperando el aliento.

—Bien, pero no entretener, Akule enseñar a curar caballo, necesitar

tiempo.

Caminaron despacio, uno junto al otro. Él no hablaba, miraba al frente con el ceño fruncido, siempre atento a los sonidos, a cualquier peligro.

— ¿Echas de menos a tu padre? —Le preguntó ella para ahuyentar el silencio.

—Sí —La miró—, pero yo sentir él, parecer estar a mi lado, en cada árbol, en cada animal, él estar presente, no morir del todo.

Elisabeth miró la tierra a sus pies. Suspiró.

—Yo echo de menos a mi madre todos los días —dijo bajando la mirada—, espero que lo que dices sea cierto, pensar que ella está en todo lo que nos rodea —observó a su alrededor—, es una bonita idea.

—Espíritus no abandonar tierra, madre estar tu lado. Proteger.

Ella sonrió con tristeza.

—Gracias.

Habían llegado. Canowicakte entró en la cueva y le dijo que esperara. Mientras lo hacía escuchó un ruido a su izquierda. Se giró, asustada. Nadie podía saber que allí se escondía una pequeña familia de Sioux. Al verle salir, se relajó, sonriente. La loba la miraba moviendo la cola con energía. Se había sentado, a la espera de un gesto o movimiento por su parte. Se agachó y alargó la mano. El cachorro no dudó en acercarse.

— ¿A quién tenemos aquí? —Le acarició entre las orejas. La loba le lamió la mano—. Cómo has crecido, estás preciosa.

Akule no tardó en salir. La loba salió corriendo, parecía haber aprendido a vivir en el bosque, a esconderse y sobrevivir. Se alegraba por ella. La abuela, al ver a Elisabeth, sonrió y la abrazó.

—Tú querer hablar conmigo. —Le tradujo Canowicakte.

Asintió.

—Antes quería agradecerle las palabras del otro día, usted tenía razón — se tocó el vientre y luego la miró—, he soñado que me arrebataban al bebé y no lo soportaba. El sueño me ha rebelado lo que realmente deseo, que es tenerlo, ser su madre y cuidarle.

Akule asintió.

—Los sueños siempre nos guían. Tú hacer bien haciendo caso. Decidir con sabiduría, cuidar bebé es lo que deber hacer.

Canowicakte aprovechó para contarle lo que le pasaba al caballo.

—Si no ver caballo, no saber qué pasar. Ven, enseñar preparar varios remedios.

— ¿Dónde están Howahkan y Ohanzee?

—En reserva todavía, ellas pensar querer volver. Decir que las cosas cambiar, más seguros allí. Yo no querer, pasar hambre, muchas normas.

—Yo quedo aquí —dijo convencido Canowicakte.

Elisabeth le miró, estaba de pie, con gesto serio, bien podía pasar por un gran jefe.

—Creo que es mejor que os quedéis aquí, siempre esteréis más seguros. Y no estoy muy segura de si me dejarían entrar para veros.

—Tú no preocupar, abuela Akule quedar.

Se sentaron y Akule le estuvo enseñando cómo preparar un remedio para cada dolencia. Elisabeth escuchaba con atención, fascinada por todo lo que conocía aquella mujer. Puede que no estuvieran en una escuela, pero estaba aprendiendo mucho a su lado y solo con aprender algo, se sentía completa.

Esta vez sí tuvo que correr sin parar. Al final se le hizo tarde. Al llegar a casa e ir a preparar el carro, encontró al caballo tumbado en el suelo, respirando con dificultad. Según Akule, podía tener una bola de heno que debía expulsar o moriría. Debía conseguir que el caballo defecara.

—Aguanta, por favor, vuelvo con ayuda.

Cogió el otro caballo. No cogió el carro, cogería a su hermano y cabalgarían juntos. No tenía tiempo que perder. Al llegar a la escuela, su hermano ya le esperaba.

— ¿Dónde está el carro?

—Tenemos un caballo enfermo, no he querido perder tiempo, avisemos a papá.

Se acercaron a la herrería, donde encontraron a su padre. Al verles, se detuvo para acercarse. No era habitual que sus hijos le hicieran una visita en el trabajo por lo que se temió que algo malo hubiera sucedido.

— ¿Qué pasa? —Se limpiaba las manos en el delantal de cuero.

—El caballo está enfermo —Le dijo Elisabeth sin detenerse a saludar.

Su padre asintió con gesto serio.

—Volver a casa y vigilarle. En cuanto termine aquí pasaré a buscar al veterinario. No os preocupéis, estará bien.

Obedecieron. Elisabeth corrió a casa, con su hermano detrás, agarrándole por la cintura. Cuando llegaron, no se detuvieron ni a comer. Los dos, sin hablar, ni pensarlo, entraron en el establo. El caballo seguía en el suelo, con los ojos cerrados, pero aún respiraba.

— ¿Qué le pasa?

—Puede que tenga un cólico. No le he visto comer, ni he visto heces en el establo. Ayúdame a levantarlo, tiene que caminar.

Entre los dos consiguieron que el caballo se levantara. Elisabeth le sacó fuera. Cogió la cuerda que tenía puesta en el cuello y le obligó a caminar. El caballo piafaba de vez en cuando y sacudía la cabeza. Se le veía molesto, debía sentir dolor.

—Darrell, continúa tú, voy a traerle unas hierbas que espero le ayuden a expulsar la bola de heno.

—Bueno, pero no tardes.

Entró en casa, donde había dejado el cuenco con el preparado que le había dado Akule. Esperaba que la abuela tuviera razón. Salió y se lo dio al caballo. Tuvieron que agarrarle la cabeza y obligarle a tragar. Después, continuaron con el paseo.

—Prepara agua fresca. Tiene que beber, pero no comer en todo el día.

Darrell asintió, corriendo hacia el abrevadero. Llenó un cubo de agua y se lo acercó. El caballo bebió con avidez, era buena señal.

—Esperemos que ese preparado le haga efecto pronto.

—¿Y cómo sabes todo eso? —Preguntó ingenuo su hermano.

Ella le miró sorprendida, sin saber qué contestar. Se encogió de hombros y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Supongo que lo aprendí de mamá.

Él asintió poniéndose triste.

—La echo de menos.

—Yo también.

Escucharon un carro acercarse. Era el veterinario. A su lado iba su padre. Mientras les observaban detenerse, empezaron a sentir un fuerte mal olor. Se giraron, el caballo había defecado, expulsando todo el heno retenido en sus intestinos. Elisabeth sonrió, Akule había acertado y ella había aprendido a curar el cólico de los caballos. Se sentía dichosa.

El veterinario examinó al caballo, pero ya no requería de sus atenciones. Le preguntó a Elisabeth si ella había hecho que el caballo defecara, y ella asintió.

—Un buen trabajo, le has ahorrado a tu padre un dinero —Se giró hacia él—. Tienes una hija lista, le ha salvado la vida a tu caballo, ya puedes estar contento.

Cuando se fue, su padre se acercó a ella. Elisabeth limpiaba las heces que el caballo había estado dejando por el terreno.

—¿No podías estarte quieta, verdad?

Ella le miró, sin comprender.

—Siempre intentando curar a los animales, ¡déjalo de una vez! No vas a estudiar, las mujeres no sirven para eso, ¡así que deja de intentarlo! Tu trabajo no es curarles, eso déjaselo a los hombres, ¿lo has entendido? ¿Por qué no te parecerás más a tu madre? Ella era una mujer de los pies a la cabeza, cuidaba a su familia, limpiaba la casa, no tenía tantos pájaros en la cabeza. Si te veo curando a un animal más, te juro que lo echaré a patadas de esta casa, o mejor aún, lo mataré. Y ahora entra en casa, tú y yo tenemos que hablar. Darrell limpiará todo esto.

Elisabeth no entendía por qué estaba tan enfadado. Ya le quedó claro que no la dejaría estudiar y no volvió a insistir. Limpiaba, cocinaba, cosía, ¿qué más quería de ella? Vio a Darrell acercarse.

—¿Qué has hecho para enfadar tanto a papá?

Ella miraba hacia la casa.

—No lo sé, de verdad que no lo sé.

Dejó a su hermano con la limpieza y entró en la casa, algo asustada. Le vio sentado a la mesa, mirando al suelo con expresión seria. No levantó la vista cuando le habló, ni se movió.

—Siéntate.

Ella obedeció.

—Hoy en el trabajo me he cortado, nada serio, pero me he acercado a la consulta del doctor para que me curara. Me ha preguntado por ti —Ahora sí la miró—. Me ha preguntado cómo va tu embarazo.

Elisabeth se quedó blanca, ¿cómo podían haber faltado a su palabra?

—No dices nada. El doctor ha puesto la misma cara que tú cuando le he preguntado de qué estaba hablando. Me ha dicho que pensaba que ya me lo habrías contado —Apretó los labios—. Dime, ¿tienes algo que contarme?

Al ver que ella seguía muda, mirando el suelo, dio un puñetazo en la mesa. Elisabeth se asustó.

— ¿Estás embarazada? ¿De esos despreciables?

—Lo siento, quería contártelo, pero...

— ¡Cállate! No quiero escucharte, primero me ocultas algo tan serio y ahora intentas excusarte. Me has decepcionado —Se puso de pie—. Si tu madre viviera, se sentiría avergonzada de tener una hija como tú —La volvió a mirar con furia, su cara estaba roja por el enojo—. ¿En qué estabas pensando?, tu madre jamás hubiera cruzado sola el camino del bosque, no hubiera ido caminando, habría cogido el carro, ¿cómo se puede ser tan estúpida, tan inconsciente? Todo esto es culpa tuya.

Ella comenzó a llorar.

— ¿Y ahora qué vamos a hacer? ¿Qué le digo a Patrick? ¿Cómo le explico que se casará con una mujer mancillada y que encima está embarazada? No querrá casarse, nadie querrá hacerlo.

Elisabeth no aguantó más y se dirigió a él gritando sin poder dejar de llorar.

—Pues mejor, porque no quiero casarme. Y mamá está muerta, padre, deje de recordarme que no soy como ella, ya lo sé, porque no soy mamá, soy Elisabeth. Siento todo esto, pero, ¿de verdad cree que yo quise que me forzaran?, ¿cree que disfruto con todo esto?

Su padre levantó la mano en un amago de abofetearla, pero se contuvo.

—No vuelvas a hablarme así, soy tu padre, me tratarás con respeto o no volveré a detener mi mano, ¿lo has entendido? Por esta vez lo dejaré pasar porque sé lo que estás sufriendo, pero no vuelvas a ocultarme nada, ni vuelvas a gritarme, yo no te eduqué para faltar al respeto a tus mayores —La miro unos segundos con los labios apretados, mientras bajaba la mano, despacio.

Se giró y apoyó las manos en la mesa, con la cabeza gacha. Sin cambiar de postura habló de forma más calmada.

—He pensado mucho en lo que haremos. La única solución es seguir adelante —Levantó la cabeza y miró la pared que tenía en frente—. Mañana hablaré con el párroco, pediré que te case esta semana, a más tardar la próxima y tendrás que ejercer de esposa la misma noche de bodas, así él no

sospechará nada. A no ser que quieras ocultarlo. Yo podría llevar a esa criatura a las monjas, lo cierto es que no me apetece nada ser el abuelo de ese... —Miró el vientre de su hija con desprecio—. Y tampoco creo que tú quieras criar a ese bebé, recordándote lo sucedido cada día de tu vida.

—El bebé es inocente.

La miró sorprendido.

— ¿Quieres ser la madre de esa aberración? ¿El hijo de alguno de esos bastardos? —Negó con la cabeza, sin comprender—. Desde la agresión no has sido la misma, esos malnacidos te arrebataron tu inocencia. —Suspiró—. Eres tú la que vivirá con eso toda la vida, si quieres tener al bebé, ya sabes lo que tendrás que hacer, Patrick debe pensar que es suyo. Nadie en su sano juicio querría cuidar al bebé de un violador de niñas.

—Pero yo no sé...

Otro puñetazo. Se giró para mirarla.

—No quiero escucharte más, obedecerás, sin peros, no estás en disposición de pedir nada. Yo decido lo mejor para esta familia. Ahora vete a preparar la cena. Estarás castigada sin salir de casa hasta el día de la boda. Yo llevaré a Darrell a la escuela.

En ese momento entró Darrell y vio a su hermana con los ojos enrojecidos, los labios temblorosos y la mirada clavada en su padre, incrédula. Luego vio a su padre con el rostro encendido y los labios apretados.

— ¿Qué pasa?

— ¿Tu hermano tampoco lo sabe?

—Ya está padre, es suficiente.

Se giró y se puso a preparar la cena, aguatando las lágrimas.

—Tú no eres quién para decirme cuándo parar —miró a su hijo—. En unos días iremos de boda, tu hermana se muere de ganas por desposarse. Por cierto, —mirando a su hija—, como la casa aún no está hecha, os quedaréis aquí. Dormiréis arriba, en el cuarto que fue de tu madre y mío, yo compartiré lecho con tu hermano.

Darrell les miraba a los dos alternativamente, sin entender nada.

—Pero, ¿por qué tan pronto? —Miró a su hermana—. ¿Elisabeth?

Elisabeth se detuvo y apoyó las manos en la mesa donde pelaba las patatas. Cerró los ojos y agachó la cabeza.

—Porque estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, porque no soy mamá, porque todo lo que me ha pasado es por ser una inconsciente, una estúpida —Ahora volvía a llorar, giró la cabeza para mirar

a su padre de forma retadora—. Porque soy una mala hija, la vergüenza de la familia, ¿verdad, padre? Mejor casarme y dejar de ser su problema.

Su padre la miró enfadado.

— ¿Cuándo te has convertido en una mujer tan descarada? No te reconozco.

—Soy la misma, es usted que no es capaz de afrontar los problemas, en cuanto algo no funciona como tiene que ser, corre a esconderse o a intentar olvidar con el alcohol.

Su hermano la miró sorprendido. Ella se arrepintió al momento de haber dicho aquello. Su padre la miraba con frialdad, como si fuera una extraña.

—Padre, lo siento, yo...

Él bajó la mirada.

—Espero que tu esposo sepa ponerte en tu lugar. Hasta el momento, no vuelvas a dirigirme la palabra. Para mí ya no eres mi hija.

Dicho esto, salió de la casa y le oyeron coger al caballo.

—Elisabeth, ¿qué ha pasado? ¿Por qué has hablado así a papá?

Ella agachó la cabeza y se dejó llevar, sentándose en el suelo. Lloró por ser tan desdichada, por ser mujer, por no ser nadie y querer serlo todo, por no tener esperanza, por su futuro, por su presente. Notó la mano de su hermano sobre el hombro.

—Se le pasará, ya lo verás, siempre se le pasa. Es nuestro padre y nos quiere.

Ella negó con la cabeza.

—No, ya le has oído, para él ya no soy su hija, nunca me perdonará.

—Pero, ¿qué has hecho? No puede haber sido tan malo.

—Simplemente ser mujer.

Su padre no vino aquella noche, ni al día siguiente. Cuando volvió, lo hizo con su Patrick, risueño, como si nada hubiera pasado, dispuestos a cenar.

—Darrell, ya tenemos día para la boda, hemos venido a celebrar la gran noticia.

Darrell miró a su hermana, esperando que dijera algo, pero ella seguía con las verduras, sin mostrar sorpresa, ni hacer gesto alguno.

—Me gustaría dar un paseo con su hija —dijo Patrick.

—Más tarde, siéntate, bebamos algo. Hijo, trae vino.

Los dos hombres se sentaron a la mesa, Elisabeth no les miró. Su padre la estaba ignorando, daba igual lo que ella pensara, su opinión no contaba, era una mota de polvo en un universo repleto de objetos más valiosos. ¿Qué

importaba ella? Era insignificante. Solo podía obedecer y callar.

Su padre reía y hablaba de los invitados que vendrían a la ceremonia, de la comida que prepararían para el acontecimiento, del baile que se celebraría después. Sería una gran boda. Alababa a su futuro cuñado, un soldado, un héroe, no podía sentirse más orgulloso. No mencionó a Elisabeth en ningún momento de la conversación.

Durante la cena, comió en silencio, mientras su padre seguía con su monólogo. Patrick le escuchaba con atención, a la vez que, de vez en cuando, la observaba. Tras el postre, volvió a insistir en su deseo de pasear.

—Ni hablar, hoy nos acostaremos pronto, hay mucho que preparar. Vete a casa, piensa en las personas que quieres que asistan a la ceremonia. En el traje, aunque supongo que querrás casarse con el uniforme, ¿me equivoco?

—James, no quisiera ser descortés, menos en tu casa, pero no veo a tu hija feliz con la noticia. Quiero estar seguro de que ambos deseamos dicha unión.

—No le prestes atención, está indispuesta, pero para la boda estará bien. Y por supuesto que quiere casarse, ¿qué jovencita no querría? Y más con un hombre como tú.

-Tú mismo lo ha dicho, una jovencita. ¿Por qué alguien tan joven querría casarse tan pronto con un hombre bastante más mayor? —Se levantó—. Hagamos una cosa, pensemos todos esta noche en lo que es mejor, no deseo que nadie sea infeliz en un día tan importante —Cogió su capa, su sombrero y el bastón—. Me retiro, mañana volveré y hablaré con tu hija, de lo contrario seré yo quien no quiera casarse. Buenas noches.

Cerró la puerta con cuidado. Su padre se puso serio al momento y la miró con ira.

—Darrell, dile a tu hermana que mañana quiero que sonría, si estropea esta unión, la echaré a la calle. No viviré bajo el mismo techo que una mujerzuela.

Dicho esto también se levantó y se retiró a su cuarto.

Elisabeth comenzó a recoger la mesa.

Aquella mañana agradeció el silencio. Su padre se había llevado a Darrell temprano para dejarle en la escuela. Tampoco le habló entonces. Ni siquiera la miraba. Ya se lo habían dicho todo. Ella ya escuchó suficiente la noche anterior, para él solo era una mujerzuela. Le echaba la culpa de lo sucedido y ya no era digna de ser su hija, así que no tenía nada que decirle, tampoco la escucharía.

Estaba destrozada, no entendía cómo todo había cambiado tanto. Era como si la muerte de su madre la hubiera dejado desamparada, a merced de los lobos, sin protección. Se enfrentaba a un mundo cruel sin que nadie la hubiera enseñado a combatir los peligros. Era como la loba que había estado cuidando, un cachorro sin madre, que no había tenido oportunidad de aprender a guiarse por la vida. Se acarició el vientre. ¿Qué iba a hacer ahora? Si su padre la echaba de casa, ¿cómo cuidaría del bebé? Tal vez sería buena idea hablar con ese hombre, conocerle un poco más, puede que no fuera mala persona. La noche que pasearon a la luz de la luna le pareció serio y atento, la escuchaba, era más de lo que podía decir de su padre. Incluso, tal vez, resultara ser un buen padre. Porque la idea de entregárselo a las monjas, quedaba descartada. Había oído cómo eran los orfanatos, no quería eso para su hijo. Lo malo es que, para quedarse con el bebé, tendría que mentirle a Patrick, él debía creer que era suyo. Y aquí se le planteaba el mayor problema de todos. ¿Cómo afrontaría la noche de bodas? Solo de pensarlo le entraban náuseas. Pensar que otro hombre la tocaba, que le introducía su miembro dentro... agachó la cabeza, evitando pensar en todo lo que sucedió. Aquella parte era la más difícil, no se veía tan fuerte, ni preparada aún para estar con ningún hombre.

Escuchó unos golpes en la puerta. Se asomó a la ventana. Era Canowicakte. Verle le alivió el espíritu, pensaba que quería estar sola, pero ahora se daba cuenta de lo mucho que necesitaba la visita de un buen amigo. Se recompuso y fue a abrir. Le sorprendió al mostrarle una liebre que acababa de cazar.

—Comer bien para bebé fuerte.

Aquellas simples palabras, llenas de sinceridad, sin reproches, que demostraban lo mucho que se preocupaba por ella, la hicieron derrumbarse.

Se echó en sus brazos y comenzó a llorar todo lo que había estado reteniendo desde la discusión con su padre. Canowicakte no supo cómo reaccionar, con la liebre aún en la mano y Elisabeth agarrada a su cuello, llorando desconsolada. Con la mano libre le dio unos pequeños golpes en la espalda, igual que a un niño que se ha lastimado.

—Tú necesitar hablar con Akule, yo no saber qué hacer.

Elisabeth se retiró despacio, secándose las lágrimas. Sonrió.

—Lo siento, no quería hacerte sentir incómodo, estoy muy sensible, supongo que es el embarazo. ¿Quieres entrar? Hay café, ¿te gusta el café?

El dudó unos segundos, al final negó con la cabeza.

—Mejor ir con Akule, querer hablar contigo, madre también. Han hablado con Pie Grande, un jefe sioux. No querer estar solas, gran jefe Pie Grande vivir con más sioux, en poblado, invitar ir con ellos. Madre sentir feliz de poder ir. Venir, ella explicar.

—Espera, ¿os vais? ¿Tú quieres irte? El otro día me dijiste que te quedarías, ¿de verdad te quieres ir?

Él miró hacia otro lado, no parecía conforme.

—Yo querer quedar, pero madre decir que allí estar mejor. No poder dejar sola, tener que cuidar —Ahora la miró—. Padre morir y ella llorar todas las noches, yo prometer no dejar sola. Y poblado no lejos, tú seguir viendo nosotros, yo habar con Pie Grande, pedir dejar entrar en poblado, tú lakota, ser bienvenida.

Elisabeth bajó la mirada, entristecida. Si se iban, se sentiría sola, desprotegida. ¿A quién le pediría consejo? ¿A quién recurriría cuando necesitara un hombro donde llorar? No quería que se fueran, les necesitaba, los sentía como parte de su familia.

—Venir y hablar con ella. —Insistió él.

Entonces recordó las palabras de su padre y negó con la cabeza.

—No puedo salir de casa, estoy castigada.

Él la miró ladeando la cabeza, frunciendo el ceño.

—No entender, tú no ser animal, casa no ser jaula, ¿por qué no poder salir?

—Mi padre se ha enfadado conmigo, no quiere que salga de casa.

El miró a su alrededor.

—No ver padre aquí, ¿quién decir tú vas?

Ella lo meditó, él tenía razón, no había nadie, ¿quién le iba a decir que había salido? Lo pensó unos segundos, aunque la decisión ya estaba tomada.

Asintió.

—Pero tengo que volver pronto, no quiero que se entere, ¿de acuerdo?

Él le entregó la liebre, que ella dejó sobre la mesa y echaron a correr. Elisabeth sonrió y levantó los brazos, dejando que el viento acariciara su rostro. Con él se sentía libre, podía ser ella misma, sin miedo, sin tener que fingir. Le encantaba esa sensación.

Akule les esperaba, también la madre de Canowicakte y su hermana. Se alegró de verlas. Hacía días que no estaban en la cueva, visitando a otros miembros lakota. Al verla, se acercaron para abrazarla.

—Akule contar tu embarazo, ¿cómo estar? —Se interesó la madre de Canowicakte.

Elisabeth la abrazó con fuerza.

—Ven, entrar en cueva y sentar junto al fuego. Hablar tranquilas —Se dirigió a su hijo—. Vigilar no moleste nadie.

El asintió, obediente. Elisabeth pensó que a su padre le gustaría Canowicakte, trabajador, tranquilo, fuerte, valiente, comprensivo, inteligente, si no fuera indio sería un gran candidato para desposar a su hija. Pensó con tristeza que, de ser el mundo de otra manera, podría casarse con él. Pero no la dejarían. Una mujer blanca, embarazada, uniéndose en matrimonio con un indio. Impensable. Tampoco tenía claro que Canowicakte quisiera casarse con ella. Sus tradiciones eran fuertes, la unión con la tribu, también. Nadie aceptaría esa unión. Se reprochó divagar de esa manera, ni siquiera sabía si él la veía como algo más que una amiga.

El calor del fuego era reconfortante y las sombras temblorosas que dibujaba en las paredes rocosas, tranquilizador. Siempre se sentía mejor al llegar allí. Tal vez el saber que no era juzgada, el saber que nadie le haría daño, que nadie le reprocharía o la insultaría, contribuía a sentirse así. O por su forma de tratarla, siempre con amabilidad, atendiendo a todas sus necesidades. O puede que simplemente necesitara la tranquilidad que se respiraba en el interior del bosque, alejada de todo.

Se dejó llevar, le abrió su corazón, le explicó sus más oscuros sentimientos, el rechazo al embarazo, el odio que sintió en un principio por un bebé que no tenía culpa de nada, su malestar por saber de dónde venía el fruto que crecía en su interior, el sueño que tuvo después y que le hizo ver lo equivocada que estaba. La conversación que tuvo con Akule y con su hijo, en un intento de evitar que cometiera una estupidez y hasta le contó la discusión que tuvo con su padre, que la obligaba a casarse con un hombre mayor, al que

no conocía. La madre de Canowicakte la escuchó en silencio, mirándola fijamente, dejando que se desahogara. Ni siquiera asentía, solo parecía meditar y asumir sus palabras. Cuando Elisabeth terminó su relato, ella se acercó y la abrazó.

—Tú tener momentos difíciles en tu vida, pero elegir bien, ser mujer sabia. Estar orgullosa —Le acarició la mejilla con cariño, Elisabeth no se dio cuenta que las lágrimas corrían por ellas, en silencio. Se sorprendió comparando a la madre de Canowicakte con la suya propia, la echaba tanto de menos—. Solo poder decir una cosa, debes respetar a tu padre, obedecer, él querer lo mejor para ti. Si él cree bueno casar con hombre mayor, tú casar. Padre mío casar con Napayshni^[5], ser hombre rudo, serio, grande. Al principio asustar, él ser un gran guerrero, todos querer por su valentía en batalla, pero a mí no gustar. Con tiempo, conocerle bien, tratar bien a mí y aprender a quererle. Hacerme feliz. Padre mío ser sabio y elegir bien. Padre cuidar siempre, no olvides.

En ese momento, Canowicakte entró con cuidado. Su madre le miró.

—Abuela estar llorando.

Las dos mujeres se miraron y salieron de la cueva. Akule limpiaba un pequeño búfalo. La caza estaba prácticamente extinguida, pero Canowicakte había encontrado un reducido grupo que viajaba perdido, asustado. Él era un gran cazador y necesitaba alimentar a su familia, pese a sus reparos, se decidió a dar caza a uno de los búfalos, teniendo la mala fortuna de darle a una de las crías. La madre se enfureció y arremetió contra él. Canowicakte corrió veloz y pudo escapar por poco. Cuando el peligro cesó y el grupo de búfalos se marchó, se acercó a su presa, pidió perdón a los dioses, pidió que acogieran el alma de aquel pequeño y le sacó el corazón para que su alma no quedara atrapada. Ahora, Akule le quitaba la piel que les proporcionaría calor en las frías noches de invierno y cortaba la carne para alimentarse. Sus ojos enrojecidos demostraban lo que Canowicakte les había contado. Su hija se le acercó y le habló en su idioma.

—¿Qué le sucede?

—Recuerdo días felices en el poblado, preparando la carne para el invierno. Toda la familia, los amigos, todos perdidos. La caza perdida, los tipis, que nos guardaban del viento y la lluvia, la vida tranquila, cuando no necesitábamos que nadie cuidara de nosotros, cuando hombre blanco todavía no nos había quitado las tierras, la comita, la dignidad. Cuando no estábamos confinados en reservas, como animales enjaulados. Cuando la tierra era parte

de nosotros, no una propiedad que se puede comprar o destrozar. Cuando no había que mendigar comida, cuando no había que esconderse —Volvió a llorar y nadie dijo nada, añorando aquellos tiempos que mencionaba la abuela, sabiendo que tenía razón, que lo habían perdido todo.

Por extraño que pareciera, caminaban a paso lento, en silencio, uno al lado del otro, sumidos en sus propios pensamientos. Ver llorar a Akule, una mujer fuerte que había tenido que ver morir a su marido, a su yerno, a su propio hijo, que había vivido guerras contra otros indios, batallas contra el hombre blanco, a la que habían despojado de su hogar, de su tierra, era difícil de asimilar y dolía. No imaginaba lo mucho que debía estar sufriendo y el saber que no podía hacer nada por ayudarles, era aún peor. Canowicakte se detuvo, mirando el suelo lleno de hojas.

— ¿Qué sucede?

Él parecía querer decir algo sin saber cómo. Levantó la cabeza y miró el camino.

—Todo más difícil desde que llegar hombre blanco. Yo sufrir por abuela Akule, gustar devolver su hogar, querer poder darle vida tenía antes.

Elisabeth le puso una mano sobre su brazo. Estaba fuerte, su piel se veía pálida al lado de la de él.

—No podemos echar la vista atrás. No podemos cambiar lo que ya ha pasado, pero debemos seguir adelante e intentar ser felices.

Él la miró, con su habitual gesto serio.

— ¿Ser feliz como tú?

—No te entiendo.

— ¿Aún querer casar con ese hombre blanco que no conocer?

Ahora comprendía a qué se refería. Iba a casarse con un hombre que no amaba, elegía una vida que no la haría feliz.

—Tu madre me ha dado un buen consejo. Debo obedecer a mi padre, él sabe lo que es mejor para mí.

— ¿Y tú, qué querer tú?

Suspiró y miró las copas de los árboles. Ella quería tomar sus propias decisiones, quería tener a su madre viva, quería no estar embarazada, quería estudiar, quería viajar, aprender, ver mundo, conocer nuevas culturas, gente nueva que le enseñara otra forma de vida. Quería vivir y no permanecer encerrada en una cabaña, limpiando, cocinando, leyendo siempre el mismo libro, obedecer como si fuera un perro, como si su opinión no tuviera ningún valor, como si su felicidad dependiera de otros. Notó la mano de él sobre su

mejilla.

—Siento haber puesto triste.

Ella le miró, le encantaban aquellos ojos oscuros, su cabello largo y ese gesto serio que le daba un aspecto tan varonil. Su fuerza, su agilidad a la hora de cazar, o defenderse. Lo cierto es que Canowicakte le parecía un joven muy apuesto. Con el tiempo había empezado a ser una de las personas más importantes de su vida. Le gustaba pasar tiempo con él, le encantaban sus conversaciones mientras la acompañaba a casa, su tacto cuando se rozaban sus manos. Sentía algo especial, un sentimiento que había estado dormido todo ese tiempo despertaba cada vez que le veía. Algo totalmente distinto a lo que sentía cuando estaba con Patrick.

—Estoy bien, solo que... —Bajó la mirada—, me gustaría poder decidir mi futuro.

— ¿Y qué futuro ser?

Nadie le había preguntado eso y no supo qué contestar. Le miró a los ojos. Eran de mundos distintos, sus costumbres no eran las mismas, aun así, se llevaban bien y pensaban de forma similar. Le puso la mano en el pecho. Lo cierto era que sí sabía el futuro que quería. Mientras miraba su propia mano, comenzó a explicarse.

—Me gustaría ser parte de tu familia, me gustaría... —Levantó la vista y se perdió en su mirada. Estuvieron así unos segundos, callados, mirándose. Al final, de forma instintiva, Elisabeth cerró los ojos y se inclinó para besarle.

Un ruido la hizo detenerse. Él giró la cabeza hacia el bosque. Su cuerpo se tensó. Canowicakte se puso delante de ella para protegerla, sacó un pequeño cuchillo que llevaba siempre en su pantalón y se preparó para luchar. Al momento, una carita peluda apareció entre la maleza. Era la loba que estuvo cuidando. Al verles, se sentó y esperó. Respiraron más tranquilos. Canowicakte le hizo gesto para que huyera.

— ¿Por qué la asustas?

—Mejor si no confía demasiado en hombre. Si ella creer que ser buenos, se acercará y matarán. Debe saber cuidarse sola, debe saber defenderse y conocer los peligros.

Le admiraba. Ella la habría malcriado y habría sido una loba indefensa en el bosque. Él parecía saber siempre lo que debía hacer. Le hubiera gustado tener las cosas tan claras, no equivocarse, tener decisión para hacer lo correcto.

—Regresar a casa o padre enfadar.

—Canowicakte, yo...

—No decir nada, tú deber casar con hombre blanco, obedecer a tu padre, madre tener razón. Yo debo ir.

Salió corriendo, sin detenerse, sin echar la vista atrás. ¿Qué había sucedido? Por un momento pensó que él la correspondería, pero la visita de la loba parecía haberle hecho cambiar de opinión. Tal vez tuviera razón, ¿quién aceptaría su unión? Su padre la odiaría, tal vez hasta su hermano. El pueblo entero le daría de lado. Su tribu tampoco la aceptaría, no después de todo lo que estaban sufriendo por culpa del hombre blanco. Sus mundos estaban separados y sus vidas también. No les dejarían estar juntos y mucho menos, ser felices. ¿Qué futuro le esperaba a su lado? ¿Vivir en una cueva, pasar hambre y frío? El amigo de su padre le ofrecía una estabilidad, un hogar, un plato de comida, una tranquilidad para ella y su bebé. Sin duda era la mejor opción. Aun así... Miró hacia el bosque. Su corazón se oprimía solo de pensar en lo que le esperaba. Acostarse cada noche con un hombre que no amaba, dormirse pensando en Canowicakte y en cómo habría sido su vida junto a él. Vivir recluida en un hogar que no sentiría suyo, que la ahogaría. No le importaba pasar hambre o frío si era junto a Canowicakte. Le atraía su forma de vida, su libertad. Akule le enseñaría todo lo que sabía sobre plantas, cómo curar varias dolencias. La madre de Canowicakte, sería como la suya propia. Se sentiría arropada, querida. Y amanecería cada mañana junto al hombre que amaba. ¿Qué pasaría si tomara esa decisión?

— ¿Elisabeth?

Se giró hacia esa voz tan familiar. Era su hermano, que la miraba extrañado.

— ¿Qué haces aquí?

Despertó de su ensoñación y se percató del peligro. La pregunta era, ¿qué hacía él en el bosque?

— ¿Por qué no estás en la escuela?

—Papá me ha dicho que volviera, me han acompañado varios vecinos, han empezado a construir una casa. Al no encontrarte he salido a buscarte.

— ¿Papá está en casa?

Él negó y ella respiró más tranquila.

—Bien, cuando vuelva le dices que había salido a recoger setas, o hierbas, ¿de acuerdo?

—Vale, pero, ¿qué haces en el bosque?

—Nada, necesitaba estirar las piernas, pensar. No te preocupes, volvamos

a casa.

Se acercó a su hermano y le rodeó los hombros con el brazo.

— ¿Elisabeth?

—Dime.

— ¿Eres feliz?

Ella se detuvo para mirarle, parecía triste.

— ¿Por qué me preguntas eso?

Él se encogió de hombros.

—Pienso en que no me gustaría casarme con una mujer que no conozco, sería raro —La miró—. ¿Seguro que estarás bien?

Ella le abrazó.

—Lo estaré y ¿sabes por qué? Porque tú siempre estarás a mi lado, además, ya conozco a mi futuro esposo, papá nos ha presentado, es amigo suyo, todo irá bien, no te preocupes.

Caminaron hasta llegar a casa. Allí vio lo que su hermano le estuvo explicando, varios hombres trabajaban en su nuevo hogar, entre ellos encontró a Patrick, al verle se quedó parada, no esperaba verle, no creía que pudiera trabajar faltándole una pierna. Pero parecía desenvolverse bien, dejaba el bastón en el suelo y manejaba las herramientas con soltura. A la hora de desplazarse, se ayudaba del bastón. No parecía tener problemas. Al verles les saludó con la mano, después se secó el sudor de la frente con el antebrazo, dejó lo que estaba haciendo, recogió del suelo su bastón y se acercó con paso lento. Sonreía.

—Tu padre nunca deja de sorprenderme —dijo a modo de saludo, se le veía acalorado—. Esta mañana ha hablado con varios vecinos y los ha convencido para comenzar las obras —Miró hacia la nueva casa—, con toda esta ayuda estará terminada antes de lo que pensaba —La miró—. Me gustaría hablar contigo —Bajó la vista hacia Darrell, quien asintió y les dejó solos—. No me importa que tu padre empiece las obras, se pueden detener, lo único que quiero saber es si estás convencida. ¿Has pensado bien en lo que te dije la otra noche? No voy a obligarte a casarte si no quieres, pero si decides hacerlo, prometo respetarte y cuidarte, conmigo no te faltará nada.

Elisabeth bajó la mirada al suelo. Su mente voló hacia la cueva, hacia Akule y su familia, hacia Canowicakte. Suspiró, ¿qué podía hacer? Vio a Darrell jugar con un saltamontes. Escapar y unirse a los indios le separaría de su hermano. Su padre jamás la perdonaría, la repudiaría y le impediría hablar con él. Y Darrell era lo único que le importaba, no podía vivir lejos de su

hermano. Le recordaba tanto a su madre, sus ojos, su sonrisa, su bondad, eran reflejos de ella. Recordaba cuando tenía tres años, siempre siguiéndola, siempre escuchando sus consejos, no podía ni imaginar perderle. Levantó la vista con decisión y sus palabras sonaron firmes, convincentes, tal y como las sentía.

—Me casaré con usted.

Se giró y caminó hacia su hermano.

No le vio en toda la semana y ella no pudo ir a la cueva para verles. Su padre se había empeñado en que la boda se celebrara en dos semanas, había hablado con el cura, tenía fecha y hora para la ceremonia, había encargado flores, comida, incluso el vestido. Para hablarle a ella lo hacía a través de Darrell, quien se mostraba molesto con la situación sin disimulos, aunque a su padre parecía no importarle. Según le comentó Darrell, su padre quería que fuera a la costurera a tomarse las medidas y probarse el vestido, que diera la aprobación del menú y los adornos, así como de los invitados. Debía hablar con su futuro marido de quién asistiría a la boda. Mantener limpia la casa y hacer las tareas de costumbre. De los animales y el terreno se ocuparía su hermano, que no podría asistir a la escuela mientras durara todo aquel circo. A ella no le parecía bien que abandonara sus estudios por cuidar de la casa, pero era imposible hablarlo con su padre, era tan cabezota que terminarían con una nueva discusión.

La casa crecía a buen ritmo, al igual que su vientre, que intentaba disimular con chals y vestidos holgados. Intentaba no comer mucho, al menos hasta después de la boda. No quería que se notara antes de lo debido.

Por las noches, Patrick siempre venía a cenar, según él reforzaría sus lazos y les ayudaría a conocerse mejor. Solían pasear después de la cena y esos momentos de relax, tras días de ajetreo y correr de un lado a otro, no le parecieron tan desagradables como en un principio. Disfrutaba de la velada a la luz de la luna, con charlas agradables que normalmente se centraban en ella, en sus gustos. A él parecía interesarle todo lo referente a su futura mujer, se mostraba atento cuando le hablaba y no hacía más que preguntarle qué le gustaba, qué odiaba, qué quería hacer una vez estuvieran casados. Y entre una conversación y otra, llegó una noche en que, sin saber por qué, se sorprendió hablándole de su deseo de estudiar. Él enmudeció, deteniéndose. Miró hacia el bosque, pensativo. Ella creyó haber metido la pata, había hablado demasiado, temía que se lo contara a su padre, ¿qué sucedería entonces?Cuál fue su sorpresa ante la respuesta.

—Hablaré con la maestra, tal vez pueda prestarte algún libro. Podrías estudiar en casa y después ella podría examinarte —La miró—, creo que no deberías enterrar tus sueños, si eso es lo que quieres, te ayudaré a

conseguirlo.

No supo qué contestar. Aquella noche durmió con una sonrisa en la cara, convencida de haber elegido bien.

Al día siguiente, cuando escuchó levantarse a su padre, ella lo hizo tras él, poniéndose a su lado. Necesitaba hablar con él, arreglar sus diferencias, no podía, ni quería seguir así. Le miró con decisión y habló casi sin coger aire, evitando que él pudiera detenerla.

—Padre, siento lo que sucedió, no debí hablarle así. Sé que lo que hace es por mi bien, Patrick es un buen hombre y ahora que le conozco mejor, creo que me hará feliz. Solo quería agradecerle todo lo que está haciendo por mí.

Su padre se quedó parado frente a la puerta, mirándola con sorpresa. Parecía estar meditando, la observaba, como intentando averiguar si era sincera. Al final, suspirando, sonrió y se acercó para abrazarla. Nunca un abrazo le había sentado tan bien, hacer las paces con su padre le quitó un gran peso de encima, la familia volvía a estar unida. Le correspondió, con fuerza, sintiendo su corazón ligero.

—Me alegra que hayas entrado en razón. Sabía que eras una buena chica, solo estabas asustada, yo también siento no haber estado a la altura, tal vez tu madre hubiera tenido más tacto, a ella se le daban mejor estas cosas.

—Gracias papá.

Le acarició el mentón con cariño, con una sonrisa paternal. Cogió aire y se marchó al trabajo contento, silbando, despidiéndose de ella con la mano. Darrell le sorprendió abrazándola por la espalda.

—Por fin, odiaba esta situación.

Se giró, le revolvió el pelo y le sonrió.

—Venga, preparemos tu desayuno preferido, huevos revueltos, ¿qué te parece?

Miró por la ventana, pero el bosque seguía silencioso y oscuro.

Quedaban dos días para la boda, todo estaba preparado, volvían a ser una familia unida, las cenas transcurrían entre risas y buena conversación, el humo del tabaco y un poco de alcohol. Nunca pensó que podría volver a sentirse bien.

Antes de la boda, quería visitar a sus amigos, despedirse de ellos. No es que fuera a dejar de verles, pero su nueva vida, nueva casa, un niño al que criar, le mantendrían ocupada y lejos de poder visitarles, al menos durante un tiempo.

Dejó a Darrell en la cama, no había pasado buena noche. El teniente

Patrick no llegaría hasta media mañana, tenía que dejar resueltos los últimos detalles. Fuera ya estaba todo preparado. A un lado habían construido un bonito arco de madera que habían cubierto de flores. Frente a él se habían dispuesto varias sillas para los invitados. Había un camino preparado para llenar de pétalos, que sería donde su padre la llevaría hasta su futuro esposo. El cura les desposaría desde el centro del arco. Una boda de ensueño. Al otro lado del terreno colocaron varias mesas. Una vez terminada la ceremonia, se colocarían las sillas junto a las mesas para el convite. Y quedaría un buen espacio para bailar después de comer. Unos músicos amenizarían la velada. Debía reconocer que tanto Patrick como su padre, se habían esforzado en prepararle la mejor boda del mundo.

Se colocó bien la cofia y se tapó con el chal de lana. Solo había dado unos pasos cuando la voz de su hermano la detuvo.

—Elisabeth, ¿dónde vas?

Se giró con una sonrisa, pero al ver su cara, se le borró por completo. Lo primero que hizo fue ponerle una mano en la frente. Estaba ardiendo. La visita a sus amigos debería esperar.

—No me encuentro bien —le dijo con voz débil.

Eso ya lo veía. Preocupada, le hizo entrar en casa.

—Vamos, te prepararé un caldo bien calentito. Vete a la cama y no te muevas. ¿Quieres que avise al doctor?

Él negó con la cabeza.

—Será un resfriado.

Tenía mala pinta para ser solo un resfriado. Se puso a preparar el caldo, esperando que le sentara bien. Le llevó una taza humeante a la cama. Él bebió pequeños sorbos.

—No me apetece tomar nada.

—Lo sé, pero te irá bien, recuerda que mamá siempre nos lo preparaba cuando nos poníamos enfermos. Si lo hacía mamá es bueno, así que bebe todo lo que puedas.

Preparó unos paños de agua fría para ponerle sobre la frente e intentar que le bajara la fiebre. Él se quejaba de que estaban helados.

—Tendrás que aguantar un poco, esto te ayudará a bajar la temperatura de tu cuerpo. Estás ardiendo, Darrell.

—Ahora sí me gustaría que avisaras al doctor.

Lo dijo en un hilo de voz, con los ojos cerrados, se le veía tan débil que se asustó. En ese momento llamaron a la puerta y no pudo sentirse más aliviada.

Era Patrick.

—Gracias a Dios —Fue lo primero que le dijo—. Darrell no se encuentra bien, ¿puede ir a buscar al doctor?

El teniente le echó una rápida mirada al chico y asintió.

—No tardo.

Se dio la vuelta y cabalgó a toda prisa dirección al pueblo. Elisabeth se sintió agradecida, pues le permitió quedarse al cuidado de su hermano. Este se quedó dormido tras conseguir, con los paños húmedos, que le bajara un poco la fiebre. Ella no se separó de su lado, nerviosa, mirando cada dos por tres hacia la ventana, escuchando cada sonido para saber si ya llegaba la ayuda.

Tardó más de lo esperado. Darrell despertó con tos y a Elisabeth se le hizo un nudo en la garganta recordando a su madre. ¿Podría estar enfermo de lo mismo? No quería pensar en eso. Se pondría bien, tenía que hacerlo.

Se escucharon caballos y un carro. Se puso de pie y fue corriendo hacia la puerta. Allí estaban, su padre, el teniente Patrick y el doctor. Suspiró aliviada.

—Darrell, el doctor y papá están aquí.

Él asintió, sin decir nada.

Los tres hombres entraron. Su padre le dio un abrazo y le preguntó cómo estaba. El doctor se acercó al enfermo y comenzó a examinarle. Mientras, esperaron en la mesa del salón comedor. Ninguno hablaba y todos se mostraban nerviosos. El humo del tabaco de la pipa del teniente pronto se esparció por la sala. Desde el otro lado de la cortina, donde reposaba Darrell en la cama, se escuchó al doctor.

—Por favor, es mejor que no fumen, el humo no le hará bien al niño.

El teniente se apresuró en levantarse y salir para vaciar su pipa. Cuando entró lo hizo sin fumar.

—Lo siento, cuando estoy nervioso suelo fumar más —Se excusó.

—No te preocupes —Le contestó su padre, estaba serio, más bien preocupado. Tenía una mano apoyada en la mesa, con el puño cerrado y la mirada clavada en el suelo. Debía tener la misma preocupación que ella. ¿Y si Darrell había enfermado como su madre? Ninguno de los dos podría soportar una pérdida así.

Ella alargó la mano y cogió la de él. Su padre se sobresaltó y la miró con ojos enrojecidos.

—No se preocupe, se pondrá bien.

Él le apretó la mano con cariño.

—Por supuesto, cariño, es un chico fuerte.

En ese momento salió el doctor secándose las manos en un trapo. Miró a Elisabeth y después a su padre.

—Bien, si guarda reposo y sigue mis consejos, no tiene por qué sucederle nada.

Padre e hija suspiraron aliviados.

—Ahora bien, no es aconsejable que Elisabeth se quede en casa. Darrell tiene sarampión y es muy contagioso. No es el primer niño que he tenido que tratar hoy. Por lo visto ha empezado en la escuela y se lo han ido pasando unos a otros —Miró a James—. Será mejor que Elisabeth no tenga contacto con su hermano —Le dijo echando una furtiva mirada al teniente.

Su padre le miró extrañado. El doctor intentó explicarse lo mejor que pudo sin revelar demasiada información.

—Elisabeth se casará pasado mañana y, bueno, todos sabemos lo que sucede en la noche de bodas. Es esa noche donde la mayoría de las mujeres se quedan embarazadas —Carraspeó—. Si esto sucediera y Elisabeth contrajera la enfermedad, podría poner en riesgo su vida, o la del feto. Aconsejo que se traslade pero, si no es posible, deberá permanecer lejos del enfermo y lavarse las manos con frecuencia. Enviaré a Bea para que cuide del pequeño mientras tú trabajas.

—Doctor, Elisabeth querrá estar al lado de su hermano, podemos posponer la noche de bodas, no hay problema en eso.

El doctor y su padre se miraron nerviosos.

—No, no, es mejor que no se exponga, por lo que pueda pasar. Con un hijo enfermo es suficiente —Intervino su padre sacando del apuro al doctor—. ¿Cuánto tiempo tiene que tener cuidado de no contagiarse?

—Si han pasado tiempo juntos, y me temo que sí, podría haberse contagiado ya. Esperaremos una semana, por precaución. Si todo va bien, será suficiente.

—Doctor, mis hijos comparten cama, ¿y si ya se ha contagiado?

El doctor puso gesto de preocupación.

--Esperemos que no suceda, James. ¿Recuerdas si Elisabeth ya pasó la enfermedad?

Su padre estaba serio, parecía nervioso, como ausente, tardó unos segundos en darse cuenta de que le estaba preguntando a él. Se encogió de hombros.

—De eso se encargaba mi mujer, no lo recuerdo.

—Está bien, le diré a Bea que mire entre los papeles, puede que tengamos algo. Ya puedes rezar para que tu hija haya pasado la enfermedad de pequeña.

Su padre asintió, pensativo.

— ¿Y la boda, podemos celebrarla? ¿Hay riesgo para los invitados? — Preguntó su padre.

—Si no están en contacto con Darrell podéis hacerlo. La boda se hará fuera, ¿verdad?

Asintieron.

—Entonces no hay ningún problema. Enviaré a mi mujer para que le cuide mientras celebran la ceremonia, ella ya ha pasado la enfermedad. Y no se preocupen, saldrá de esta.

—Gracias doctor.

Elisabeth miró la cortina que tapaba a su hermano. Le oía toser. ¿Cómo iba a dejarle solo cuando más le necesitaba?

—Quiero quedarme.

Su padre la miró.

—Bueno, ya has oído al doctor, si te quedas no podrás acercarte a él.

—Pero estaré a su lado, no puedo marcharme y dejarle solo. No puedo.

— ¿Y si levanto una tienda de campaña fuera? En el ejército solemos utilizarlas con frecuencia. No son tan cómodas como un hostel o una casa, pero resguardan bien del frío, estarías cerca de tu hermano pero no expuesta a la enfermedad, ¿qué te parece?

Le miró con un brillo en los ojos, sonriendo. Cada vez agradecía más haberle conocido.

Solo quedaba una noche para su boda. Cuando amaneciera comenzaría una nueva etapa de su vida y ahí estaba ella, resguardada en una diminuta tienda de campaña. Pese a ello, agradecía ese momento de soledad, ese permanecer alejada por unas horas de todos y de todo. Le permitía pensar, ver con otra perspectiva lo que se le venía encima. No podía negar que Patrick era un buen hombre y se esforzaba por hacerla feliz, aun así, le veía demasiado mayor y no creía posible poder amarle como amaba a...

Suspiró. Aquel era un amor imposible, bien lo sabía. Tal vez si aquellos hombres no la hubieran forzado, tal vez si nada de aquello hubiera sucedido y no estuviera embarazada. Tal vez... se giró en su cama improvisada, unas pocas mantas puestas en el suelo de tela. Aunque nada de aquello hubiera sucedido, su amor por Canowicakte hubiera sido imposible. Su padre jamás autorizaría su relación con un indio. Es más, si se enterara que eran amigos..., podría denunciarle o ir él mismo en su busca para matarle y quitarle de en medio. Era un odio visceral que no comprendía. ¿Qué le habían hecho los indios? ¿Acaso había tenido algún problema con ellos? Que ella recordara nunca se habían encontrado con ninguno. No tuvieron problemas cuando levantaron la casa, ni en años posteriores. Cuando se encontraban con alguno en el pueblo, no hubo trifulcas, más allá de los prejuicios de los habitantes, tal vez infundados, no podía saberlo. Sí que había tribus que habían matado a hombres blancos, que les habían cortado la cabellera, que les habían robado sus caballos y armas. Pero no todos eran iguales. Es más, ¿acaso los blancos no mataban también indios? No entendía por qué tantos conflictos, ¿por qué no podían llegar a un acuerdo pacífico, por qué no llevarse bien, compartir y comprender?

Otra vuelta. Esta vez se puso boca arriba. Le gustaría poder ver las estrellas, pero afuera hacía mucho frío. Se preguntó cómo estaría su hermano. La fiebre se resistía a bajar, aunque él parecía estar bien. Era un chico fuerte. Se tocó el vientre, esperaba no haber corrido ningún riesgo. Tal vez en un principio no quisiera a ese bebé, por las circunstancias, pero ahora no se imaginaba su vida sin él. Le sentía dentro, parte de ella, una pequeña vida que crecía y compartía con ella. Esto le recordó que debía mentir a Patrick y que mañana, a esa misma hora, tendría que yacer con él. Estaba convencida que

Patrick no la obligaría a nada, pero su padre la mataría si se enteraba que había pospuesto la noche de bodas. Patrick debía creer que ese bebé era suyo y cuanto antes, mejor. ¿Y si le contaba la verdad, cómo reaccionaría él? Ya había demostrado ser bastante comprensivo. Una vuelta más, hacía el otro lado. No se veía capaz de acosarse con él, ni con nadie. Ni siquiera se vería con fuerzas de hacerlo con Canowicakte, si pudiera elegir con quién casarse. El simple hecho de pensar que otro hombre volvía a tocarla... era superior a sus fuerzas, le revolvió el estómago. ¿Qué iba a hacer?

Un ruido en el exterior detuvo sus pensamientos. Contuvo la respiración, atenta. Hojas, viento, pasos. Sí, fuera había alguien. Una sombra se dejó ver a través de la tela. Pero no era humana. Un animal. Se puso frente a la entrada de la tienda, olisqueó el suelo y, de pronto, apareció su cabeza, observándola con esos ojos claros, brillantes. Era la loba. Sonrió y se sentó para poder acariciarla.

—Hola, pequeña, ¿qué haces aquí?

La loba le lamió la cara y entró sin ser invitada.

—Yo también te he echado de menos.

El animal se tumbó a su lado, proporcionándole compañía y calor. Recordó las palabras de Canowicakte, no debía confiar en los humanos, pero bien mirado, tal vez ella no era un humano para la loba, era una especie de madre. La estuvo alimentando desde que era un cachorro, no le temía. Aunque sí a otros humanos, la había visto correr y esconderse cuando escuchaba voces, o presentía que se acercaba alguien. Tenerla allí no le haría daño, o tal vez solo quería engañarse porque esa noche no quería estar sola. Era como si la loba hubiera sentido que la necesitaba. Se tumbó mirándola, parecía estar contenta, cómoda. Le acarició el cuello, tan suave.

—Gracias por haber venido, no sabes cuánto necesitaba estar con alguien.

En respuesta, la loba le lamió la nariz. Elisabeth se rio, limpiándose con el dorso de la mano. De repente, ambas se quedaron quietas. La loba giró las orejas y arqueó la cabeza. No estaba asustada, ni gruñía, por lo que la dejó más tranquila. Se escucharon pasos. ¿Sería Darrell? Esperaba que no, ¿se encontraría bien? La sombra se acercó a la entrada y la sorpresa se reflejó en su rostro, era la última persona que esperaba ver.

—Yo decir que no mimar lobo. No está bien tenerla aquí como perro amaestrado.

Elisabeth sonrió y se sentó. La loba se acercó a él, que no pudo evitar acariciarla.

— ¿Qué haces aquí? Hace días que no te veo, ¿querrás decirle a tu familia que me acuerdo mucho de ellas y que las echo de menos?

—Ellas saben, abuela pedir que viniera a hablar. ¿Puedo pasar?

Elisabeth dudó unos segundos, era peligroso tenerle allí, más aún a solas, en un lugar tan pequeño. Pero las ganas de hablar con él pudieron con todos sus recelos. Asintió, esperaba no equivocarse. Canowicakte entró y se sentó a su lado, la loba se puso entre los dos.

— ¿Cómo estáis? —Le preguntó ella ansiosa por tener noticias suyas.

Canowicakte se encogió de hombros, miraba al animal mientras le acariciaba.

—Bien —Levantó los ojos hacia ella—, ¿y tú?

Ella también se encogió de hombros.

—Bien —contestó no muy convencida.

— ¿Mañana ser boda?

—Sí.

¿Cómo podía saberlo? Era tan sigiloso y escurridizo que se temía que podía haber estado visitándola sin que ella se diera cuenta.

Él asintió, volviendo a bajar la mirada.

—Deseo tú ser feliz —dijo sin mirarla.

—Gracias.

Hubo un momento de silencio, donde él seguía concentrado en acariciar a la loba y ella le miraba a la espera de que dijera a qué había venido. Al final, lo dijo.

—Pensar que mejor yo marchar con familia.

Elisabeth le miró con sorpresa, su corazón empezó a latir con fuerza. ¿Irse, a dónde, por qué? Recordó la última conversación que tuvieron con su madre. Habían visitado a un jefe indio que les invitaba a ir con él. Se habían planteado aceptar, pero él no estaba convencido. Parecía que había tomado una decisión. No podía irse, no quería que se marchara.

— ¿Cuánto tiempo?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé, puede que no volver, no sé.

—Pero...

—Madre decir ser peligroso estar en bosque, oír que chaquetas azules perseguir y matar indios que cazan o viven fuera de las reservas. Abuela no querer más muertes, decir que ir con Pie Grande.

Elisabeth asintió, siempre sería más seguro.

— ¿De verdad crees que me dejarán entrar en la reserva? No soportaría no poder volver a veros.

—Pie Grande ser gran hombre sabio, paciente, abuela hablar con él, dejarán visitar —Bajó la mirada—. Poder venir y yo salir... —La miró—, encontrar manera, abuela y madre no querer dejar de verte —carraspeó y habló mirando el pelaje de la loba—, ni tampoco yo.

Ella sonrió levemente. Suspiró. Se avecinaban grandes cambios y ninguno le gustaba. No quería perder a sus amigos, no quería casarse, no quería ser madre.

—A veces la vida nos coloca en situaciones difíciles —Cogió aire—. Iré a veros, cueste lo que cueste.

Él asintió.

—Tú fuerte. Pensar siempre en ti. Ser feliz por mí.

Alargó la mano y le cogió un pequeño mechón de pelo, que acarició con delicadeza mientras la miraba a los ojos. Permanecieron así unos segundos que ella hubiera alargado eternamente, pero, de pronto, la magia desapareció.

—Tengo que volver.

Como siempre, fue rápido y, sin poder detenerle ni darse casi cuenta, se había marchado, dejándola sola en la tienda, con la loba dormida a su lado.

Se levantó temprano para que la loba se escondiera en el bosque, no quería que nadie la viera. Se lavó la cara en el cubo que usaba para darle de beber a los caballos y entonces llegó Bea. La miraba con una amplia sonrisa mientras se acercaba. A ella le gustaría poder estar así de contenta. Al fin y al cabo era el día de su boda y se suponía que tenía que ser uno de los más felices de su vida. Claro que no lo sentía así. Bea la saludo con un abrazo.

— ¿Cómo estás?

Elisabeth se encogió de hombros.

—Impaciente por que todo acabe.

Bea borró la sonrisa de su rostro y le acarició en el brazo, dándole ánimos.

—Venga, no estés triste, ya verás como todo sale bien, Patrick es un buen hombre, le conocemos hace tiempo, sabrá hacerte feliz.

Elisabeth no la miró cuando habló.

—Podría ser mi padre.

Bea suspiró, estaba consiguiendo deprimirla a ella también.

—Conozco algunos matrimonios donde la diferencia de edad es notable, Elisabeth y son felices. Eso no tiene por qué ser un impedimento.

Ahora sí la miró y sus palabras fueron más hirientes de lo que pretendió con una de las personas que menos se lo merecía.

—Y eso me lo dice alguien que se casó por amor. Qué fácil es opinar.

Al momento se arrepintió, o tal vez no lo suficiente. Se sentía mal, quería salir corriendo, quería gritar, quería olvidar ese maldito día.

Bea la miró con ojos tristes.

—Sí, yo me casé por amor, pero el matrimonio no es fácil para nadie. Aun así discutimos y hay días que creo odiarle. Casarse por amor no implica ser siempre feliz en el matrimonio, hay baches que superar, crisis que afrontar juntos. Venga, sé que ahora no lo ves y que todo te parece complicado, pero puedes estar tranquila de estar tomando la mejor decisión posible. Un joven de tu edad no entendería lo que te sucedió, Patrick es un hombre paciente, dale tiempo, te aseguro que un día te levantarás y le verás de otro modo. Vamos, ámate, te prometo que haré lo posible para que este día sea lo más bonito posible. Déjame ayudarte, vamos a mi casa, allí tengo preparado tu vestido y unos zapatos preciosos. El doctor te ha comprado un bonito ramo y

la señora Stevens te presta su velo de novia. Estarás preciosa.

Asintió, sin ánimos para seguir luchando contra un destino que se le imponía. Cogió su cofia y su chal con resignación. Miró hacia la casa.

— ¿Cómo está mi hermano?

—Igual, no te preocupes por él. Los chicos jóvenes y fuertes como Darrell siempre superan la enfermedad. Me ha pedido que te dijera que fueras feliz y que lo pasaran bien en su nombre.

—Le echo de menos, la boda sin él no será lo mismo.

—Estará en pensamiento, estoy convencida de que te tendrá presente todo el día. Después le entraré un poco de tarta, tal vez se anime a probarla.

—Y le da un beso de mi parte, por favor, dígame que me hubiera gustado que estuviera a mi lado.

—Él lo sabe. Deja de preocuparte tanto e intenta disfrutar de tu día.

Pese a todo, Bea tenía razón. El vestido, los zapatos, el velo, el ramo, el recogido del pelo, todo la hacía estar preciosa. Mientras se observaba en el pequeño espejo de la habitación, pensaba en Canowicakte, ¿qué diría si la viera así vestida? ¿Le diría que estaba guapa? Bea le puso las manos en los hombros.

—Estás preciosa, tu madre estaría orgullosa de ti.

Elisabeth observó su reflejo, los ojos tristes, la cara pálida, su vientre cada vez más abultado. Dudaba mucho que su madre se sintiera orgullosa de ver que su hija se casaba con un hombre mayor, al que no quería porque estaba embarazada de unos despreciables. Ninguna madre podría sentirse feliz.

—Sí.

Dijo sin más.

—Vamos al carro, Carl ya está preparado para llevarnos a tu casa —Le entregó el ramo de flores y le cubrió la cara con el velo.

Elisabeth cogió aire y se dejó llevar.

A partir de ahí todo transcurrió de forma lenta, era como si los minutos no pasaran nunca. El viaje hacia su casa se le hizo eterno, la espera hasta que tocaran la música y poder caminar del brazo de su padre hasta el altar, pareció ser interminable. Nunca un pequeño camino le había parecido tan largo. Quería que todo terminara y el destino parecía haber optado por alargarle más la agonía. Allí, frente al arco de madera presidido por el párroco, estaba Patrick, su futuro marido. Estaba vestido con el uniforme militar, chaqueta azul marino, pantalones azul claro, espada al cinto, botas negras, impecables. Bien afeitado y con una apacible sonrisa en su rostro. Tal

vez si fuera quince años más joven se podría decir que estaba guapo, pero a ella le parecía un hombre mayor bien vestido. La miraba con ternura y a ella le recordó la mirada de un padre. Pensó en cómo la miraba Canowicakte, en sus ojos oscuros, serios. En su tono de piel, en sus brazos. Se detuvo y su padre, sin mirarla, la instó a seguir. No quería casarse, no podían obligarla. Sin darse cuenta, estaba junto a Patrick y su padre se había sentado en una de las sillas de la primera fila. Le miró y él asintió. Miró hacia la casa, donde su hermano enfermo estaría pensando en ella y luego miró a Patrick, que parecía ser feliz. Todos creían que era lo correcto, menos ella. El cura comenzó la ceremonia.

—Sí quiero.

La voz de él. Ahora le tocaba a ella responder. Tenía un nudo en la garganta. Intentó hablar y no le salió la voz. Carraspeó. Sintió la mano de Patrick sobre la suya, dándole apoyo. Las palabras de Bea vinieron a su mente, *le conocemos hace tiempo, es un buen hombre, te hará feliz.*

—Sí quiero.

Apenas un susurro que dieron por válido, la pobre y joven esposa estaba demasiado nerviosa.

—Puede besar a la novia.

Patrick la giró hacia él y le retiró el velo. Se inclinó sobre sus labios y la beso con delicadeza, tan solo un roce casi imperceptible. Lo agradeció, le hubiera odiado si la hubiera besado con más intensidad.

—Os declaro marido y mujer.

Todo había terminado, ya estaba casada. En un impulso miró hacia las colinas y allí, alejado, montado en el caballo pinto de color blanco y marrón, mirando hacia ella, estaba Canowicakte. ¿Qué hacía allí, por qué se exponía de esa manera?

—Un indio, hay un indio en la colina.

Era Patrick, que ya se alejaba de ella dirección a los caballos, cojeando. Vio a su padre detenerle.

—Déjalo, parece que está solo, no se atreverá a venir.

—No puedo dejarlo, si hay uno habrá más. Es una provocación, hay que cortarlo de raíz, no sabes cómo son estos indios, vendrán por la noche, asaltando por sorpresa, como traidores que son, unos asesinos.

—Patrick, por Dios, cálmate, estamos en una boda, tú boda. Déjalo estar.

Elisabeth vio cómo Canowicakte daba la vuelta y se marchaba, perdiéndose de vista. Se quedó más tranquila. Luego observó a Patrick, tenía

la cara descompuesta, parecía nervioso, enfadado, nunca le había visto así.

—Ya se ha ido. Vamos, la comida espera.

Patrick soltó las riendas del caballo y asintió de mala gana. La miró a ella.

—Sí, mi esposa no se merece este espectáculo ni que su marido se ausente. Lo siento, es que ver a esos malditos indios por aquí me pone nervioso. Si se atreven a acercarse...

—No lo harán, no creo que sean tan estúpidos —Su padre miró a los invitados—. Bien, todo ha pasado, vamos a las mesas, el banquete nos espera.

Elisabeth miró la colina desierta y caminó hacia la mesa nupcial. Todos se tranquilizaron cuando empezaron a comer y a beber. Pronto las risas se volvieron más ruidosas, las bromas más ridículas y el baile cerró un día que pareció interminable.

Ya entrada la noche, poco a poco, los invitados fueron marchándose. Dejaron sus regalos y sus buenos deseos para la reciente pareja. Algunas mujeres le sonreían con picardía. Sí, llegaba su noche de bodas.

Debido a la enfermedad de Darrell y a que su nueva casa aún no estaba terminada, tuvieron que dormir en la tienda de campaña. Sabía que la loba era lista y no se acercaría oliendo a Patrick. De todos modos no estaba tranquila. Su reciente marido le dejó desvestirse sola en la tienda y ponerse el camisón en la intimidad. Una vez lista y bien tapada con las mantas, le dijo que podía pasar. Él había aprovechado para quitarse el traje de militar y dejarlo bien doblado en el suelo. Se quedó en paños menores, con el pecho descubierto. Fuera hacía frío y sintió un poco de pena por él, aun así hubiera preferido que durmiera en la casa y la dejara tranquila.

Se tumbó a su lado, tapándose con las mantas. Notó su cuerpo caliente cerca de ella y esto le cerró el estómago. Su corazón se aceleró, se acercaba el momento. Él se giró un poco hacia ella y le besó en la mejilla.

—Que descanses.

Dijo dándose la vuelta hacia el lado contrario. Ella se quedó parada. ¿Qué estaba haciendo? ¿Quería dormir?

—¿No quieres...?

Su voz sonaba temblorosa. Él se giró para mirarla.

—Ha sido un día muy largo, tu hermano está enfermo y aún no me conoces lo suficiente. Elisabeth, puedo esperar, no hay prisa. Ahora, descansa tranquila.

Volvió a girarse, le vio taparse hasta el cuello. Su padre se enfadaría, tenían que hacerlo para que él creyera que se había quedado embarazada. ¿O

no? ¿Podía esperar unos días? Empezó a sentir que le faltaba el aire. Se sentó.

—No puedo —dijo en un hilo de voz.

Él se giró de nuevo y la miró desconcertado. Le acarició la espalda con ternura.

— ¿Qué sucede?

—No quiero mentir. Me da igual que mi padre se enfade, o que me repudies. No puedo con esto.

Entonces él la miró extrañado y también se sentó.

— ¿Qué quieres decir?

—Estoy embarazada.

Soltó al fin y fue como librarse de una gran carga. El aire volvió a entrar en sus pulmones, librándose del peso que los oprimía.

— ¿Embarazada? —Dijo sin comprender. La sorpresa la había dejado un poco aturdido.

Ella asintió.

—Cuando me forzaron yo... bueno, quedé en cinta de esos indeseables — Le miró con ojos vidriosos por las lágrimas—. Lo siento, mi padre quería que creyeras que el hijo era tuyo, por eso era importante que hoy... tú y yo... — No se sentía con fuerzas ni de pronunciarlo en voz alta.

Él no dijo nada, con la mirada puesta en el vacío, pensativo. Dejó de acariciarla y se pasó la mano por el escaso cabello.

—No me esperaba esto de tu padre, la verdad —Suspiró—. En fin, he visto y vivido cosas peores, no te preocupes. Si eso es lo que quiere tu padre, eso es lo que le haremos creer —La miró y le acarició la mejilla—. Tranquila, no le diré nada, para lo que a mí concierne, esa criatura es tan mía como tuya.

Durmió mal aquella noche. La reacción de Patrick la sorprendió, no esperaba que se lo tomara tan bien. ¿En verdad era un hombre tan comprensivo? ¿Aquella actitud era normal? No parecía querer hacerle daño, se mostraba atento y condescendiente, pero estaba segura de que no la amaba. ¿Por qué accedió a casarse con ella? Puede que lo que le dijo en uno de sus paseos fuera cierto y solo quisiera tener una compañera a su lado. De todos modos debía haber muchas mujeres solteras encantadas y deseosas de casarse con un militar. Luego recordó su pierna, ¿y si las mujeres con las que había estado mostraron algún tipo de rechazo por su minusvalía? Eso explicaría que buscara alguien más joven, más inexperta en temas de amor, en la vida en general, para comenzar una relación desde cero. Pero no esperó que se lo tomara tan bien, aunque bien mirado, él había estado en la guerra, había perdido una pierna, ¿qué habría visto y vivido para que su noticia del embarazo no le afectara? No podía imaginarse el dolor que debió sufrir cuando le cortaron la pierna, puede que también perdiera a muchos de sus amigos o compañeros. Sí, era un hombre con muchas experiencias desagradables a sus espaldas.

Le escuchó levantarse antes del alba, con cuidado para no despertarla. Debió vestirse fuera e ir hacia la casa. Ella se quedó un rato más en la tienda, no le apetecía empezar la jornada todavía. Disfrutó de su momento en soledad hasta que escuchó voces en el exterior. Eran su padre y Patrick, no discutían pero sus voces sonaban alteradas.

—No puedes ir solo.

—Solo voy a reconocer el terreno.

—Patrick, ya no eres soldado, estás retirado, déjalo estar. Nunca hemos tenido problemas con los indios.

—Siempre hay una primera vez, no me quedaré tranquilo hasta que compruebe que no hay peligro.

—Pues claro que no lo hay. Mira, no soy amigo de los indios, y lo sabes muy bien, pero tampoco quiero ser un maniático y preocuparme por nada. Fue un hecho aislado, un indio solo, tal vez se detuvo a mirar por qué había tanta gente. Se fue y no ha pasado nada. ¿Crees que si hubiera habido más indios no habrían atacado de noche, por sorpresa? La mayoría de los indios

están en las reservas, ya no tienen armas, están acabados, Patrick. Y los pocos que quedan por ahí están perseguidos por la caballería. Te acabas de casar, disfruta de tu nueva vida y deja que las autoridades se encarguen de esos malnacidos.

Hubo un momento de silencio.

—Espero que tengas razón. Esos malditos indios me hicieron mucho daño, perdí a mis mejores hombres por su culpa, perdí la pierna, por amor de Dios. Son escoria, no los quiero cerca de mi casa.

—Y no lo están, venga, entra y toma algo caliente.

—Déjalo, me sentaré en el porche a fumar un rato, comeré algo más tarde, necesito pensar.

—Como quieras, pero debes estar tranquilo, ¿crees que yo pondría en peligro la vida de mis hijos? Te digo que estas tierras son seguras, siempre lo han sido.

No se escuchó nada más. Se levantó y vistió. Se acercó con precaución donde estaba Patrick. Él sonrió al verla.

—Buenos días, ¿has descansado bien?

Ella asintió, mintiendo un poco.

—Os he oído hablar.

Él asintió.

- Lo siento, espero no haberte despertado —Eché con cuidado el humo de la pipa—. ¿Estás asustada?

Elisabeth negó con la cabeza y se cruzó de brazos, miró un momento la colina, recordando a su amigo montada sobre el caballo. Giró la vista hacia Patrick.

—No hay indios en los alrededores, yo voy casi cada día al bosque en busca de setas o plantas para cocinar, jamás me he encontrado a ninguno, tampoco he visto poblados indios, no hay nada. Y Darrell a veces sale en busca de alguna liebre. Debió ser un indio solitario, no creo que nos moleste más.

—Pareces muy segura.

—Llevamos mucho tiempo viviendo aquí, nunca hemos tenido problemas.

Él asintió.

—Está bien, me fiaré de vosotros, lleváis más tiempo viviendo aquí. Pero si vuelvo a ver a alguno cerca de nuestras tierras, le mataré, sea un indio solitario o veinte.

Se levantó y entró en la casa. Elisabeth suspiró y miró hacia el bosque,

tendría que avisarles.

Su padre no fue a trabajar ese día y él y Patrick estuvieron trabajando en la nueva casa. Como ella no podía entrar en la vieja, ellos le sacaron el desayuno y le explicaron que Darrell había pasado buena noche. Había cenado pastel de boda y se había alegrado por ella. Era una buena noticia, que tuviera apetito y pudiera descansar. Esto la dejó más tranquila. A la tarde vendría Bea para comprobar cómo estaba.

A media mañana avisó que se acercaría a recoger unas setas, el otoño finalizaba y pronto dejaría de haber. Patrick la miró con seriedad.

—No quiero que vayas sola, te acompaño.

Aquello era un inconveniente. ¿Cómo podría avisarles, cómo podría despedirse?

—No es necesario, me gusta pasear sola.

—La última vez que paseaste sola te violaron, no dejaré que vuelva a suceder.

Ella se quedó parada, escuchar la palabra violación de boca de Patrick, con tanta impunidad la hizo sentirse sucia.

—Mi padre me entregó un cuchillo para defenderme, no soy estúpida, no dejaré que me hagan lo mismo, esta vez voy prevenida —dijo en un intento de parecer calmada.

Patrick se acercó, su padre no quiso meterse en su primera discusión matrimonial y les observaba de reojo mientras continuaba el trabajo.

—Sé que no eres estúpida, sé que eres una joven valiente, pero también sé que eres demasiado confiada y joven. Si te asaltan de nuevo tres hombres, ¿crees que un pequeño cuchillo te ayudará? Una mujer sola en el bosque está indefensa, con o sin cuchillo, debes entenderlo.

Ella miró a su padre, que le giró la cara, no quería entrometerse. Elisabeth cogió aire y le salió esa vena rebelde que últimamente parecía aflorar con facilidad.

—No creo que un tullido esté en mejor disposición de protegerme que yo misma. He paseado por esos bosques desde que era una niña. Los he recorrido con mi madre, con mi hermano, sola y jamás me ha sucedido nada. Me forzaron en el camino, donde cualquier carro podría haber pasado, donde cualquier persona podría haberme encontrado. Tuve la mala suerte de toparme con esos malditos forasteros, pero nunca he tenido miedo de pasear por el bosque y ni tú ni nadie va hacer que tema salir sola. He dicho que voy a recoger setas y es lo que voy a hacer.

Entonces Patrick la cogió del brazo y la miró con seriedad. Le habló muy cerca de la cara.

—Soy tu marido, puedo obligarte a no ir.

—No eres mi dueño.

—Me temo que sí. Si quieres setas yo mismo las recogeré, aunque sea un tullido, sé defenderme —Estas palabras salieron con rencor—. No vuelvas a faltarme al respeto porque lo que conseguirás es que yo te lo pierda a ti también. Ahora vas a quedarte con tu padre y le vas ayudar en la casa, yo vuelvo enseguida.

La soltó y caminó hacia el bosque. Ella miró a su padre que se encogió de hombros. No pensaba hacer nada.

—Déjalo, no creo que traiga setas, está loco por comprobar que no hay indios cerca, luego, durante la comida, le convenceré para que te deje dar tus paseos, sé lo mucho que te gusta salir un rato de estas cuatro paredes.

Sonrió, asintiendo y al mismo tiempo sintiendo un nudo en el estómago, esperaba que Patrick no encontrara la cueva.

Se pasó el resto de la mañana limpiando el establo y dando de comer a los animales. Darrell dormía, es lo único que podía hacer, sabía lo poco que le gustaba leer o estudiar y al no poder salir a la calle, lo único que le apetecía era dormir. Intentó no pensar en nada, ni en la angustia que sentía por saber que sus amigos podían estar en peligro, ni en la absurda discusión que había tenido con Patrick. Puede que no fuera un mal hombre, pero ese odio irracional hacia los indios la ponía enferma. Nunca llegarían a un acuerdo, solo pensar cómo se enfadaría si se enterara que era amiga de una familia india hacía que le temblara todo el cuerpo. Tenía que ingeniárselas de algún modo para ir a visitarles.

Estaba preparando las verduras para la comida, cuando le vio regresar con las manos vacías, tal y como su padre predijo. Ayudado por su bastón, avanzaba con gesto serio y decidido. Al llegar a su altura, se detuvo para mirarla.

—No había setas.

A lo que se podía sonsacar de esas palabras lo mismo que si hubiera dicho, no he encontrado indios por los alrededores. Ella asintió, sin más. Él parecía incómodo.

—Puede que haya sido demasiado autoritario, no quiero que dejes de hacer lo que acostumbras solo porque nos hayamos casado. Los paseos no han hecho daño a nadie, pero me gustaría acompañarte, ahora no estás sola.

—Me gusta estar un rato a solas, gracias —Su tono fue seco y ni siquiera le miró para contestarle. Estaba enfadada y no le apetecía ocultarlo.

—Vaya, nuestra primera discusión, no sabes cuánto lo siento. Venga, si dejas de estar enfadada te llevo a comer al pueblo, me han hablado de un lugar donde preparan una liebre estofada de chuparse los dedos, ¿qué me dices?

Ella levantó la vista.

— ¿Ya has comprobado que no hay indios cerca?

Él la miró extrañada.

— ¿A qué viene esa pregunta?

—Ahora que has supervisado la zona, ¿tengo tu autorización para salir a pasear sola?

—No me gusta tu tono, ya te he pedido disculpas, mientras que yo sigo esperando las tuyas por llamarme tullido —Suspiró mirando al cielo—. Mira, no quiero seguir discutiendo, iremos a comer, de todos modos no puedes entrar todavía mientras tu hermano siga enfermo. Daremos un paseo después y volveremos antes de la cena, eso nos permitirá pasar más tiempo juntos, hablar e intentar solucionar nuestros problemas.

Elisabeth se puso en pie, enojada.

— ¿Y ya está? ¿Vas a organizar mi vida paso a paso, vas a decidir tú siempre por mí? Creo que tengo algo que decir y te digo que no, prefiero quedarme cerca de mi hermano, si no te importa.

—Tu padre ya me comentó algo sobre tu genio —Se acercó a ella—. Niña, he estado muchos años en el ejército, los hombres han estado bajo mis órdenes, ¿qué te hace pensar que tú puedes desobedecerme? Iremos a comer al pueblo y no se hable más —Se giró sin esperar respuesta y se acercó a la casa nueva para ayudar a James.

Elisabeth volvió a sentarse en el tronco convertido en largo asiento habiéndolo dividido en dos partes. La mesa que tenía delante era redonda, también de madera, situada sobre un tronco cortado que hacía de base. Terminó con las verduras y las colocó en la olla. No sabía qué hacer, miraba al bosque y después a Patrick. ¿Cómo iba a poder zafarse de él?

Aquella mañana el otoño les dijo adiós y el crudo invierno hizo aparición de repente. Habían caído los primeros copos de la temporada y la temperatura había caído varios grados. Su padre y Patrick decidieron contratar a más gente para terminar cuando antes la casa, no podían seguir durmiendo en una tienda de campaña.

La suerte estuvo de su lado y los dos hombres partieron hacia el pueblo para buscar voluntarios y jornaleros. Bea vendría a media mañana, tenía tiempo de sobra. En cuando les vio desaparecer en el camino, echó a correr hacia el bosque. No tardó en venir a su encuentro la loba. Elisabeth se detuvo para saludarla, luego corrieron juntas hacia la cueva. Antes de entrar se cercioró que nadie les había seguido. La loba estaba tranquila, no había nadie cerca.

Escuchó el relinchar de un caballo y se puso en tensión. Miró a la loba, que seguía tranquila. Pronto vio el caballo de Canowicakte. ¿Seguirían allí o habrían dejado libre al caballo? Era poco probable, Canowicakte no se separaría del animal.

— ¿Elisabeth?

Aquella voz la hizo sentir una pequeña corriente en el estómago. No se habían ido. Se giró hacia él y sonrió. Sin poder evitarlo corrió para abrazarle. Él se quedó parado, sin saber cómo reaccionar. Al final, la rodeó con sus fuertes brazos y apoyó la mejilla en su cabeza.

— ¿Estar bien?

Ella asintió sin abrir la boca, complacida de tenerle entre sus brazos, de volver a sentirle tan cerca. Se separó despacio y le sonrió.

—Pensé que no podría despedirme. He venido para daros a todos un abrazo y un hasta pronto, espero.

Él apartó la vista, su rostro se había ensombrecido por la preocupación. Algo no iba bien. Se giró hacia ella.

—Ven, sentar conmigo, yo hablar.

Ella se extrañó, pero le hizo caso. Se sentaron junto a un árbol, apoyando la espalda en el grueso tronco. Él no la miró, estaba más serio de lo habitual, o tal vez triste. Elisabeth le cogió la mano y él se la estrechó con cariño.

—De momento quedar. Tal ver ir cuando nieve no esté.

— ¿Quedaros, por qué? Dijiste que tu madre y tu abuela habían decidido ir a la reserva, que allí estaríais más seguros. Ahora no podéis, no es seguro, el otro día te vieron en la boda y sospechan que estáis cerca, ayer mismo mi ma... —No le gustaba aquella palabra—, Patrick rastreó el bosque para buscarte. No quiero que os encuentre, es peligroso.

Él negó con la cabeza.

—No asustar ese hombre tuyo, si venir, yo saber defender y proteger familia. No preocupar él, preocupar hermana.

— ¿Ohanzee? ¿Qué le pasa?

—Estar enferma. Hace unos días ella ir al pueblo para vender figuras de madera. Necesitaba dinero para comprar fruta, abuela necesita comer bien. Al llegar, tropezar y caer figuras, al recoger, ver pequeños pies parar frente a ella. Hermana levantar vista y niño escupir cara, luego toser. Ella limpiar y madre de niño coger a hijo de la mano y mirarla con desprecio. Decir, *no acercar a indios asquerosos*. Ohanzee llegó a cueva llorando y con manos vacías. Días más tarde tener calentura, frente ardiendo. Abuela intentar curar, pero ella estar mal, no saber qué pasa. No podemos ir a reserva con ella enferma.

Elisabeth le miraba sorprendida y aterrada. ¿Cómo podía la gente ser tan cruel, educar a sus hijos de forma tan despreciable? Ohanzee era una buena chica, jamás le haría daño a nadie, ni sería maleducada. La conocía, era amable, risueña y adorable, ¿por qué la habían tratado así? No tenía ningún sentido. Se sintió mal por ella.

— ¿Puedo verla?

Él negó.

—Abuela decir que tú no poner peligro, bebé delicado.

Fue en ese momento cuando Elisabeth recordó a su hermano y lo que el doctor comentó sobre varios niños enfermos de sarampión.

— ¿Le han salido granos en la cara o en el pecho, en los brazos? —Le preguntó ella con alguna sospecha de lo que podría pasarle.

Él asintió.

—Vale, bien, no te preocupes, sé lo que le pasa. Mi hermano también está enfermo y en casa están todas las medicinas que necesita, hablaré con la enfermera que viene a curarle, es una buena mujer, me dará lo necesario para curar a tu hermana. Ya verás, pronto se pondrá bien.

— ¿De verdad poder curar? —Se le veía preocupado.

Ella asintió, no muy convencida.

—Espero que sí, todo depende de cada persona, pero tu hermana es joven y fuerte, se pondrá bien.

Se levantó.

—La enfermera tiene que venir hoy, vendré en cuanto pueda, ahora estoy vigilada —Sonrió con tristeza, encogiéndose de hombros.

Canowicakte se puso a su lado y la miró a los ojos, parecía querer leer en su interior.

— ¿Él tratar bien?

Ella asintió.

—Solo es un poco autoritario, no le gusta que le lleven la contraria, eso es todo. No te preocupes, sabré esquivarle.

Volvió a abrazarle.

—Dile a tu hermana que se pondrá bien.

Le miró y se quedaron unos segundos sin decir nada, ni moverse. Él le acarició la mejilla.

—Ese hombre blanco no saber suerte tener.

Suspiró y se separó de ella entrando en la cueva. Elisabeth le vio marchar, sin poder evitarlo. Sintió algo húmedo en su mano. La loba le lamía la palma. Sonrió y le acarició entre las orejas.

—Venga, vete, yo tengo cosas que hacer.

La obligó a marcharse y ella volvió corriendo a casa. Desde que conocía a Canowicakte, le encantaba correr.

Encontró a Bea bajando del carro. Miró el camino y no se veía a su padre. Debía ir con más cuidado, si en lugar de Bea hubiera sido Patrick quien la encontrara salir del bosque habría tenido problemas. Bea le sonrió al verla.

— ¿De dónde vienes con tanta prisa? —La miró—. Tienes buen aspecto, las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes, deberías correr todos los días, te sienta bien.

Elisabeth asintió intentando recuperar el aliento.

—Antes de que entres a ver a mi hermano, ¿puedo hablar contigo? — Volvió a mirar el camino, nerviosa. Bea se percató del gesto y la observó preocupada.

— ¿Qué te preocupa?

—Bueno —No sabía bien cómo comenzar—, es algo complicado, siento tener que pedirte que guardes tantos secretos por mí, pero...

Bea hizo un gesto negativo con la cabeza para quitarle importancia a sus palabras.

—Continúa, sabes que puedes confiar en que no diré nada.

—Tengo una amiga enferma, no la he visto, no me han dejado por miedo a que me contagie, pero por los síntomas creo que tiene sarampión.

Bea asintió.

— ¿Y no puede venir a la consulta? Sabes que el doctor es discreto y si es por dinero...

Elisabeth se apresuró a negarlo.

—No, el problema es otro, ella no puede ir al pueblo, tiene miedo y... bueno, ella y su familia están escondidos.

— ¿Son proscritos? ¿En qué lío te has metido? —Su rostro mostro cierta angustia.

Elisabeth suspiró, lo estaba haciendo realmente mal. Debía explicarse mejor si no quería que Bea avisara al sheriff.

—Por favor, no le digas nada a mi padre ni a mi ma..., al señor Patrick.

—Descuida.

—Son indios. Es la familia que me salvó el día que... —Bajó la mirada avergonzada.

Escuchó a Bea coger aire y luego soltarlo con lentitud. Levantó la vista y la vio contemplando el vacío mientras asentía.

—Está bien —Giró la vista hacia ella—. Tendré que visitar a tu amiga y darle las medicinas que necesita, si tiene sarampión tengo todo lo necesario en mi bolsa pero..., Elisabeth —La miró con tristeza—. Si es sarampión tienes que estar preparada para lo que pueda suceder. Cariño, los indios no suelen sobrevivir a la enfermedad, es una enfermedad que sus cuerpos no reconocen, no la han padecido nunca hasta la llegada del hombre blando a sus tierras. Es muy difícil que alguno se cure. Sé que te salvaron y debes estarles agradecida, pero tendrás que ser fuerte. ¿Cuánto hace que les conoces?

—No mucho, pero son buena gente, de verdad —Sus palabras la angustiaron.

—A mí no tienes que convencerme, lo sé, pero ve con cuidado, a tu padre no le gustarían esas amistades, ¿lo sabes, verdad?

—Demasiado bien. ¿Podrás curarla?

La miró pensativa, luego pareció recapacitar y sonrió.

—Por supuesto, no te preocupes, haré todo lo que esté en mi mano para que así sea. Ahora dime, ¿dónde está? En cuanto visite a tu hermano me pasaré a verla.

—Tiene que ser ahora, antes de que venga mi padre. Si te ven llegar sola,

se asustarán, no te conocen y dudo mucho que te dejen entrar en la cueva.

— ¿Cueva?

Elisabeth asintió.

—Es donde se esconden.

—No es un buen lugar para vivir y menos aun cuando se está enfermo —
Suspiró—. Venga, pues vamos antes de que alguien descubra nuestro secreto.

La condujo por el bosque hasta llegar a la cueva. Su loba no apareció, se escondía cuando no conocía a la gente y eso estaba bien. No había nadie fuera, así que no le quedó más remedio que entrar, pese a las advertencias de Bea.

—No te preocupes, no iré donde está ella, les llamaré para que salgan.

Bea aguardó y pronto vio salir a Elisabeth con una india anciana, de ojos oscuros que la observaba con cautela. Aquellos ojos llenos de arrugas le transmitían una larga vida llena de experiencias. Tras ellas salió un joven apuesto, fuerte, de cabello largo y oscuro, que la miró con recelo. Al cinto llevaba un largo cuchillo que agarraba discretamente con la mano. Su expresión era seria, precavida. La anciana le habló y el joven tradujo.

—Agradecer venir ayudar a nieta, estar muy enferma.

Su voz era dura, pero amable. Bea asintió.

— ¿Puedo pasar a verla?

El joven asintió. Dejó que acompañara a su abuela al interior mientras él se quedaba con Elisabeth. Esperaron de pie junto a la entrada.

— ¿Ser de fiar?

—No debes preocuparte, es una buena mujer, no dirá nada. Ella es quien cuida de mi hermano.

Él bajó la mirada.

—Ella no está bien.

Elisabeth le puso una mano en el hombro.

—Se curará, Bea sabe lo que hace.

Él asintió no muy convencido. Le cogió la mano y se la estrechó con cariño.

—Gracias por venir.

Ella le mostró media sonrisa.

—No podía dejaros solos, tenía que hacer algo.

—Suerte haber encontrado a ti.

Ella negó con la cabeza.

—La suerte fue mía cuando me salvaste de esos indeseables.

Él le acarició la mejilla. Aquel leve contacto la reconfortó, pero Canowicakte se separó al momento, dándole la espalda. Empezó a caminar nervioso de un lado para otro. Ella esperó paciente a que Bea saliera. Se sentó junto a un árbol y observó a Canowicakte. Se le veía cansado y triste, no soportaría perder también a su hermana. Solo de pensar en perder a Darrell se le hacía un nudo en el estómago, era impensable, podía entender cómo se sentía Canowicakte. Le gustaría poder ayudarle, pero no sabía cómo hacerlo. Él se detuvo y la miró.

— ¿Tú estar bien, no tener problema por estar aquí?

—No te preocupes, tengo tiempo y estoy con Bea, no pasará nada.

Le vio asentir y seguir con su paseo a ningún sitio. Le gustaba que se preocupara por ella. ¿Por qué todo había salido tan mal, por qué debía estar casada con un hombre que no amaba mientras que al que quería le era inalcanzable, prohibido? Se escucharon pasos. Era Bea, salía sola. No traía buena cara. Se detuvo frente a Elisabeth, temerosa del joven que la miraba con ojos fríos e impacientes.

Elisabeth se levantó.

— ¿Cómo la has visto?

—Él me entiende, ¿verdad?

—Yo entender, habla.

Su tono fue brusco, no le gustó que hablara como si él no estuviera allí. Bea tragó saliva.

—He recomendado a tu madre y a tu abuela que no pasen mucho rato a su lado. Debéis lavaros las manos cada vez que estéis con ella, es muy importante y cuanto menos expuestos estéis a la enfermedad, mejor. Es muy contagiosa y bueno..., vosotros no estáis inmunizados contra esta enfermedad, es más mortal para vosotros que para los blancos, ¿entiendes esto?

Él asintió y Bea continuó.

—Tiene mucha fiebre, le he dado un remedio para que le baje, les he dicho cómo y cuándo deben dárselo. Elisabeth, es importante que coma bien, si puedes traerle leche o caldo, le sentará bien, ahora está muy débil. Es joven y esto me da una pequeña esperanza de que se cure pero..., no puedo asegurarlo al cien por cien —Miró a Canowicakte—. Debéis estar preparados. Os he dejado medicinas para una semana, si después de ese tiempo no ha mejorado... —Bajó la mirada—. En fin... —Miró hacia el camino—. Hay que regresar, yo no puedo hacer nada más aquí y tu hermano

me está esperando.

Elisabeth miró a Canowicakte, su cara estaba descompuesta, sus ojos mirando al vacío. Se acercó a él y le cogió las manos.

—Vendré mañana, por favor, hacer caso de todo lo que ha dicho Bea —Se inclinó y le besó en la mejilla—. Cuídala y dile de mi parte que se mejore.

Él asintió levemente y, sin decir nada, entró en la cueva. Elisabeth le vio desaparecer en la oscuridad y se giró hacia Bea.

—Vamos, o mi padre me matará.

Bea la miraba desconcertada, llena de preguntas. Regresaron en silencio, ninguna de las dos quería hablar de lo sucedido. Bea porque no estaba segura de querer saber qué estaba pasando y Elisabeth porque no quería que ella supiera nada más.

Justo cuando Bea entraba en la casa para visitar a Darrell, escuchó los caballos de su padre y Patrick. Sintió que una nube oscura se cernía sobre ella. Su presencia le hacía sentirse mal, culpable, inferior, esclava. Eran dos hombres que la privaban de ser ella misma. Quería a su padre, y siempre lo haría, aun así odiaba sus normas y sus imposiciones. Patrick era otro asunto, pese a ser una persona educada y, en ocasiones, comprensiva, le había demostrado ser tan cabezota e intransigente como su padre. Y ese odio visceral hacia los indios les había separado antes si quiera de haber tenido la oportunidad de comenzar a unirse.

Amaneció todo nevado. El frío era intenso y dormir en la tienda de campaña ya no era una buena opción. La casa había avanzado bastante, pero aún no tenía tejado ni paredes, era imposible vivir allí y Darrell seguía enfermo, con lo que tampoco podía entrar en su vieja casa. Patrick le estuvo comentado esa misma noche, mientras le ofrecía todas las mantas disponibles, que tendrían que pasar unas cuantas noches en la posada, hasta que su hermano se recuperara. Ella no dijo nada, tampoco tendría otra opción, pero odiaba la idea de tener que alejarse del bosque y sus amigos. Por otro lado, solo serían unas noches y por la mañana estarían de vuelta.

Al levantarse, encontró el agua del cubo congelada. Se acercó al pozo pero este también estaba congelado. Patrick se le acercó por detrás y se inclinó para ver el fondo.

—Habrás que bajar al río y traer varios cubos. Tendremos que guardarlos en la casa —Miró hacia el bosque—. Espero no encontrarme con ningún indio —La miró—. No te preocupes, no debes tener miedo, yo te protegeré.

Ella se giró hacia él con expresión seria. Se cruzó de brazos.

— ¿Quién ha dicho que tengo miedo de los indios? Nunca me han hecho daño, ¿por qué iba a temerles?

—Se nota que todavía eres una chiquilla y que no has vivido nada. Si hubieras visto lo que yo, no pensarías eso.

Ahora se enfureció. ¿Qué era una chiquilla, que no había vivido nada? ¿Pero qué se pensaba? Era una cría para empezar a odiar a los indios porque él lo hacía, pero no era una niña para casarse, ni para ser forzada, ni para perder a su madre tras una larga enfermedad, ni para cuidar de su hermano y de la casa. Era patético.

—Entonces prefiero no haber tenido tu vida y seguir siendo una ingenua. Si me perdonas, tengo que darle de comer a los animales.

No le dejó protestar, no le apetecía discutir, ni hablar con él. Empezaba a pensar que no fue tan buena idea casarse con ese hombre, ni por estar embarazada, ni por obedecer a su padre. Tendría que haber sido firme, una mujer podía criar perfectamente sola a su hijo y vivir sin la compañía de un hombre cerca. ¿Qué más daba lo que opinaran los demás? ¿Y qué debía importarles al resto de personas si ella se casaba o no? Estaba cansada de

vivir a razón de lo que decían los demás. Harta de consejos, imposiciones y opiniones que nadie había pedido.

Al entrar en el establo escuchó unos pasos tras ella. Era Patrick.

—Me voy con tu padre a buscar agua, no te alejes de la casa, recuerda lo que hablamos el otro día.

Ni se molestó en contestarle. Tenía pensado ir a ver a sus amigos, llevarles leche recién ordeñada y preguntar cómo estaba Ohanzee.

—No tardaremos.

El río estaba alejado y tendrían que ir con el carro para traer todos los cubos posibles. Puede que no tardaran, pero sí lo suficiente para la breve visita que tenía en mente.

Esperó paciente a que se marcharan. Su padre preparó el carro, tal y como ella pensaba. Se despidieron de ella asegurando que no tardarían. En cuanto se perdieron camino arriba, cogió la leche y se internó en el bosque. No podía correr porque no quería derramar ni una gota, pero sí apretó el paso. Cuando llegó a la cueva, llamó a Canowicakte, quien no tardó en salir. Al verle, supo que Ohanzee no estaba mejor. Él salió y cogió el cubo de leche.

—Gracias, pero ella no querer tomar nada.

—¿Cómo está tu madre y tu abuela?

—Tristes. Tener miedo. Yo... —Apretó los labios y miró hacia el cielo, parecía enfadado, impotente ante la situación. Bajó la mirada hacia ella y sus ojos mostraban odio, dolor, pena—. Odio a los blancos, han traído muerte y miseria a mi gente. Han traído hambre, codicia y mentiras. Si mi hermana morir...

—No, no pienses eso, se curará...

— ¡No está bien! No bajar fiebre, no querer comer, no abrir ojos —Su voz sonaba desgarrada—. Querer tener arma de fuego, querer ir a por esos blancos que la insultaron, que nos quitaron hogar. Matar a mi padre y ahora..., mi hermana...

Elisabeth no soportaba verle así, se acercó a él y le abrazó con fuerza, apoyando la cabeza en su pecho. Su corazón iba muy deprisa, su cuerpo estaba en tensión, notaba su enfado. Quería aliviar su pena, quería transmitirle paz, que olvidara su venganza, una venganza que no traería nada bueno. Se sorprendió al notar su brazo libre rodeando su cintura y su cabeza descansando sobre la suya.

—No soportar perderla.

—Se pondrá bien y yo estaré a tu lado, siempre.

—Elisabeth.

Era la madre de Canowicakte que salía de la cueva. Su cara estaba rota por el dolor, sus ojos hinchados por las lágrimas. Al oírla se apresuraron en separarse. Howahkan vio la leche y se le iluminó la cara.

—Gracias, puede que ella querer.

Cogió el cubo y corrió al interior. Canowicakte miró a Elisabeth, bajó la cabeza y volvió a la cueva. Era el momento de regresar. Corrió de vuelta y su corazón se detuvo al verle frente a la casa, con el ceño fruncido, apoyado en su bastón, sin moverse, con una expresión tan sombría que le asustaba. Se detuvo al salir del bosque y se observaron en la distancia. No veía a su padre y no había traído nada para excusar su salida. Caminó despacio, con miedo. Pensó en lo absurdo de la situación, aquel hombre apenas la conocía, no llevaban casados ni dos días, ¿quién se creía que era para mirarla así? ¿Por qué debía ella tenerle miedo? No le gustaba sentirse así, juzgada sin haber hecho nada. Castigada sin motivos. Se detuvo frente a él.

—Tengo mucho que hacer —Le dijo sin más y se giró para marcharse.

Él la detuvo agarrándola del brazo.

—Tu padre no ha creído necesario que le acompañara. Y al bajar del carro para volver, me he encontrado que no estabas. No has tardado nada en desobedecerme. Recoge tus cosas, nos vamos al pueblo. Volveremos cuando la casa esté terminada.

Ella se giró hacia él con resentimiento.

—No.

—Soy tu marido, obedecerás mis órdenes.

—No estamos en el ejército, tú no mandas sobre mí.

Se zafó de su brazo y caminó hacia el establo.

—Está bien, si no deseas coger tus cosas, te irás con lo puesto. El caballo está preparado, nos vamos.

— ¿Y cómo piensas obligarme?

— ¡Elisabeth!

La voz autoritaria de su padre. ¿Ya había vuelto, tan pronto? Los dos se giraron hacia él, la miraba enfadado, tenía las manos cerradas en un puño.

—Haz el favor de terminar tus tareas. No quiero más reproches, déjame con Patrick, tengo que hablar con él.

Obedeció, no tenía otra opción. Se escondió tras la puerta del establo y escuchó.

—No conseguirás nada obligándola. Ella adora a su hermano. La casa está

bastante avanzada, podemos ponerle una lona en el tejado de forma provisional. Déjala aquí, será mejor para todos. Conozco a mi hija y es capaz de escaparse si te la llevas a la fuerza.

Hubo un momento de silencio.

—Tú la conoces mejor, pero si pasa frío o se pone enferma, no quiero saber nada.

—Es una chica fuerte.

—Y cabezota, se parece a su padre.

—Dale tiempo, le cuesta obedecer, pero al final siempre lo hace, aprenderá a convivir contigo. En el fondo es una buena chica.

—De acuerdo, no se hable más, pero dada su afición a desobedecerme, me temo que seguirá paseando a sus anchas por el bosque. Mañana volveré a rastrearlo, quiero asegurarme que no hay indios cerca.

—Como quieres, hablando de cabezotas, tú no te quedas corto, ¿sabes? En fin, no está de más asegurarse, pero ya te digo que no encontrarás nada, estas tierras siempre han sido seguras.

—Pero ya no es lo mismo, hay algunos indios que han escapado de las reservas y se pasean a sus anchas por ahí, no quiero poner a mi familia en peligro por no rastrear como es debido el terreno.

—No podré hacerte cambiar de opinión, así que tú verás. Venga, sigamos con la casa, cuanto antes esté terminada, mejor para todos.

Los pasos se alejaron y ella echó el aire contenido. Odiaba a Patrick, ¿por qué tenía que ser tan persistente, por qué quería volver a rastrear el bosque? ¿Es que no tuvo suficiente la otra vez? Era desesperante, tendría que volver a avisarles.

Tras la cena, comprobó que su padre, Patrick y algunos hombres del pueblo, habían podido avanzar en la casa. A falta de tejado, pusieron una lona atada con cuerdas, y sacos abiertos en las ventanas para evitar que entrara el aire. La puerta tampoco estaba puesta y un tablón de madera hacía su oficio. Tenían paredes, pero aún faltaba lo más importante. Tampoco había suelo, tendrían que dormir sobre la tierra húmeda. Patrick colocó la tienda de campaña en el interior, así les protegería aún más del frío invernal.

Como de costumbre, Patrick quiso dar un paseo a la luz de las estrellas, pero ella alegó no encontrarse bien. La noche era fría y no le apetecía charlar. Lo achacó a su embarazo y él pareció entenderlo. La dejó ir a dormir temprano mientras él se fumaba su pipa sentado en el banco de madera.

Tuvo que esperar a que volviera y se durmiera para poder salir. Cuando

escuchó que su respiración era tranquila, que comenzaba a roncar, se levantó con cuidado, despacio. Se detuvo en la entrada de la tienda para comprobar que no le había despertado. Una vez se aseguró, salió de la cabaña y echó a correr.

El aullido de un lobo la sobresaltó. Debía ser su loba, tal vez acompañada de su hermano. Puede que hubieran salido a cazar. Siguió su camino, esta vez con paso tranquilo. La noche era cerrada y apenas veía. Se arrepintió de no haber traído un candil. Cuando llegaba a su destino alguien la cogió por detrás, tapándole la boca. Se asustó e intentó zafarse, sin éxito.

—Tú no ser mujer lista si ir por bosque sola a estas horas.

La soltó con cuidado. Notaba el corazón acelerado por el susto. Le dio un manotazo en el brazo mientras se llevaba la otra mano al pecho.

—Me has asustado.

—Yo querer asustar para tú no volver a hacer estupideces. Volver a casa, no ser seguro tú estar aquí de noche.

—Te agradezco tu preocupación y ahora vuelvo a casa, no quiero que nadie me descubra. Venía para avisaros, mañana rastrearán el bosque en busca de indios, no salgáis de la cueva, por favor, tened cuidado. Yo volveré cuando el peligro haya pasado.

— ¿Quién buscar, quién saber que estar aquí?

Ella bajó la cabeza.

—Nadie sabe que estáis aquí, pero mi ma..., el teniente Patrick, desde que te vio en la boda, piensa que hay indios cerca, se le ha metido esa idea en la cabeza y no hay manera de disuadirlo. Y luego dice que yo soy cabezota — Soltó una carcajada seca—. No me deja ir al bosque, tiene miedo de que me hagáis daño —Alzó la vista hacia él, la oscuridad le impedía ver esos ojos penetrantes que tanto le gustaban—. Ya ves lo equivocado que está, no fuisteis vosotros quienes me atacasteis, fueron unos despreciables blancos. ¿Por qué no rastrea el bosque en busca de forajidos? Tal vez así estaría más segura.

Él suspiró.

—Yo ser también tonto, no deber ir aquel día.

—Ya no se puede hacer nada pero, ¿tendrás cuidado? No quiero que él te encuentre.

—Saber cuidar, tú no preocupar por nosotros. Ahora volver a casa, yo acompaño.

— ¿Cómo está Ohanzee?

—No bien. Estar débil, pensar que no...

Se le quebró la voz, se le veía que tenía ganas de llorar, pero no lo hacía porque era un hombre, un guerrero, debía mostrarse fuerte. Verle destrozado por el dolor la conmovió. Se acercó a él y le abrazó. Él correspondió al abrazo, necesitaba su apoyo.

—Apártate de mi esposa, sucia escoria.

Elisabeth se separó al instante y ambos miraron hacia Patrick, que les observaba a pocos metros, con cara de asco y un revólver apuntándoles. Sin pensar, se puso delante de Canowicakte con los brazos abiertos.

—No dispaes, estoy bien, es un amigo.

— ¿Un amigo? —Escupió las palabras—. No puedes ser amiga de un animal, de un salvaje. Apártate de él.

— ¡No! Solo me apartaré de él si prometes no disparar, iré a casa contigo y no volveré por aquí, te lo prometo, pero no le hagas daño.

Él la miraba con desprecio.

— ¿Cómo puedes suplicar por la vida de esa alimaña? Tu padre tiene que saber la clase de hija que tiene, una prostituta que se va con el primero que encuentra, una salvaje que se junta con indios.

Un grito de guerra indio la sorprendió. Canowicakte la apartó a un lado y corrió hacia Patrick, fue tan rápido que no pudo reaccionar. Saltó sobre él, tirándole al suelo. Antes de caer juntos, se escuchó un disparo. Sintió un dolor intenso en el brazo, pero lo ignoró, preocupada por su amigo.

— ¡Por favor, parad! —Gritó desesperada sabiendo que ninguno la escuchaba.

No sabía qué hacer. Ambos hombres forcejeaban en el suelo. Patrick propinó un puñetazo a Canowicakte, que cayó hacia atrás. Patrick se abalanzó sobre él, que estaba de espaldas al suelo. En un reflejo, Canowicakte le empujó con ambas piernas, apartándole de él. Al momento, se incorporó y se tiró encima, cogiéndole del cuello. Patrick le lanzó un puñado de tierra a la cara, pero Canowicakte cerró los ojos a tiempo. Se sacudió como un oso y sacó el cuchillo que llevaba al cinto, dispuesto a atacar. Patrick vio el arma y detuvo su mano con las suyas. Midieron sus fuerzas. Canowicakte era joven y fuerte, pero Patrick era un militar experto. No podía esperar a ver qué pasaba. Vio el revólver que había salido disparado hacia un árbol. Corrió hacia él, no dudaría en usarlo si era necesario.

— ¡Parad! —Gritó apuntándoles.

Ninguno de los hombres la miró, ni siquiera la escuchaban, tan

concentrados en darse muerte. Vio cómo Patrick empujaba a Canowicakte, que volvía a caer de espaldas. Patrick se colocó encima. Canowicakte aún tenía el cuchillo en las manos, el forcejeo continuó a la inversa, con su amigo debajo. Patrick intentaba arrebatarse el arma o girarla para clavársela a Canowicakte.

Desesperada, disparó al aire.

— ¡Parad!

Cerró los ojos, cuando los abrió, la lucha había cesado.

Canowicakte se levantó sin dejar de mirar a Patrick, que se convulsionaba en el suelo. De su garganta salían gorjeos, se estaba ahogando en su propia sangre. Canowicakte se giró hacia ella y miró su brazo ensangrentado. Elisabeth ni se percató, solo veía la cara de su amigo, salpicada de sangre y sus manos, también manchadas. En un momento de lucidez reaccionó y corrió hacia el herido. Se detuvo a unos pasos de él cuando vio el cuchillo clavado en su cuello y la sangre que salía a borbotones por ambos lados. Sintió náuseas y se retiró unos pasos inconscientemente. Se llevó una mano a la boca para ocultar un grito. Patrick la miró con ojos llenos de pánico. Intentó alzar una mano hacia ella, en un intento de pedir ayuda, pero entonces Canowicakte se acercó, le arrebató el cuchillo de la garganta y en un movimiento rápido se lo clavó en el corazón, quitándole la vida. Elisabeth cayó de rodillas, en shock. ¿Qué había sucedido, cómo habían llegado a tal extremo? Patrick estaba muerto. Todo había sucedido tan rápido que no podía asimilarlo.

Canowicakte se le acercó para mirar su brazo. Le miró la herida con detenimiento, sintió un dolor lejano, como si no perteneciera a su cuerpo. Todo lo que sucedía a su alrededor le parecía que no era real.

—Bala solo rozar, no ser grave. Volver a casa y no decir a nadie.

Ella le miró con ojos enrojecidos.

—Le has matado, ¿cómo ha pasado?

—Yo matar o él matar a mí —La cogió de los hombros y la miró a los ojos—. Ahora tú ser fuerte, ¿poder ser fuerte?

Ella meditó sus palabras. Tenía razón, en cuanto Patrick apareció la muerte hizo acto de presencia. Uno u otro moriría, Patrick no cejaría en su empeño hasta terminar con la vida de Canowicakte y él lucharía hasta el final para defenderse. Era un final anunciado. Asintió y una luz se encendió en su mente. Él era indio y había matado a un hombre blanco, nada menos que a un teniente. El pánico volvió a recorrer su cuerpo y le miró con los ojos muy abiertos.

—Escóndete, nadie puede saber que tú le has matado. Le diré a mi padre que discutí con él y me escapé, él me siguió y nos asaltaron. Al querer defenderme, él... —Le miró, inmóvil, cubierto de sangre—, él...

—Mejor no decir nada. Volver a casa como si nada haber pasado. Yo ocultar cuerpo, si encontrar no saber quién le mató, para entonces nosotros haber ido.

— ¿Ido?

Él asintió.

—Marchar como deber hacer antes, ir con Pie Grande, allí estar seguros. Nadie saber que estar aquí.

—Sí, será lo mejor.

Canowicakte se levantó para acercarse al muerto. Al mirarle, se arrodilló y cerró sus ojos.

—No haber gloria al quitar una vida. Yo pensar que un gran guerrero sentir fuerte al matar —Agachó la cabeza—. Yo sentir mal —Se miró las manos llenas de sangre—. No sentir gran guerrero.

Elisabeth no se movió, no se atrevía a mirar de nuevo a Patrick.

—Iba a matarte.

—La violencia nunca traer nada bueno. Pero él insultar a ti... yo... —Se giró para mirarla—, no querer te tratara así.

—Has sido valiente, no lo pienses más. Era su vida o la tuya, lo sabes, tú mismo me lo has dicho antes —Se levantó, le temblaban las piernas. Acababa de darse cuenta que había tomado una decisión—. No pienso volver, no quiero volver a casa. Ese ya no es mi hogar —Le miró—. Iré con vosotros.

Él se levantó y se acercó a ella, le cogió por los hombros y la miró a los ojos.

—No ser momento, buscar a ti, rastrear bosque, encontrar y poner a todos en peligro.

Ella negó con la cabeza.

—Buscarán a Patrick.

—Si tú estar en casa, decir que él irse unos días, decir a ti que volverá pronto. Darnos tiempo a marchar.

Sí, él tenía razón, como siempre. Ella actuaba por impulsos, él meditaba las cosas, pensaba antes de actuar.

—Está bien, lo haremos como tú dices. Volveré a casa y me limpiaré la sangre. Tú esconde el cuerpo y guarda el cuchillo, entierra el arma de Patrick, yo prepararé una mentira —Le miró suplicante—. Pero no os vayáis sin mí, ¿me lo prometes?

Él hizo algo que ella no esperaba y que le confirmaba su respuesta, la besó. Le cogió la cara con ambas mano, con dulzura y posó sus labios sobre

los de ella, con cuidado. Elisabeth le pasó los brazos alrededor de cuello, se puso de puntillas y le devolvió el beso. Él se separó despacio y le acarició la mejilla.

—Tú volver a casa, yo ocupar de todo. Tener cuidado. Cuando lobo ir buscarte, será momento de marchar.

Elisabeth volvió a casa corriendo. Dejó a Canowicakte ocultando el cuerpo y limpiando el terreno. Le llevaría varias horas. La adrenalina hizo que no se sintiera cansada cuando llegó. Aún era noche cerrada, pese a lo que le parecía, todo había pasado muy deprisa. Se quitó la ropa ensangrentada, se limpió la pequeña herida, solo un rasguño, se la tapó con un vendaje improvisado y se puso el camisón. Se metió en la tienda de campaña y se tapó con las mantas hasta el cuello. Hacía mucho frío y ella aún sentía más. La imagen de Patrick ahogándose la perseguía. El lado del colchón donde hacía poco él había compartido con ella estaba vacío y le hacía sentirse culpable. Si ella no se hubiera escapado... Pero, ¿por qué la siguió, por qué ese afán en querer controlarla? Él mismo había sentenciado su destino, ella no era culpable. Sin saber cómo, se durmió unas horas. Se sentía tan casada con todo lo sucedido que su cuerpo se rindió. Le despertó los cascos del caballo que utilizaba su padre para ir a trabajar. Aún no sospechaba nada, tal vez pensara que Patrick seguía durmiendo. Mejor así. Se quedó un rato más en la cama, ahora no había nadie a quien rendir cuentas, nadie a quien tener que complacer, nadie ante quien fingir que era una buena chica, obediente, trabajadora, pendiente de todo y de todos. Se dio la vuelta y rompió a llorar.

Poco después escuchó pasos en la entrada y se puso tensa. Si su padre volvía tan pronto podía ser que ya supiera algo. No tenía fuerzas para afrontar sus preguntas, para mentir, necesitaba tiempo.

— ¿Estás despierta?

Esa voz. Se incorporó mirando la entrada de la tienda de campaña. Se secó las lágrimas y se pellizcó las mejillas. Se peinó un poco el pelo con las manos e intentó sonreír.

—Ahora salgo.

Asomó la cabeza y allí le vio, más delgado, más pálido, pero con aquellos ojos tan alegres y llenos de vida que tanto conocía.

—Bea me dijo ayer que ya no te podía contagiar y que hoy podía darte una sorpresa.

Ella sonrió y salió de su escondite con los brazos abiertos. Le abrazó tan fuerte que él se quejó de no poder respirar.

—Lo siento, es que estoy tan contenta, no sabes cuánto te he echado de menos.

—Y yo.

Volvieron a abrazarse. Tener a su hermano entre los brazos la hacía sentirse bien y con fuerzas renovadas. Lo apartó para mirarle bien.

—Pareces hambriento, ¿quieres que te prepare esos huevos revueltos que tanto te gustan?

Él asintió con una amplia sonrisa.

—Me encanta que estemos juntos otra vez.

Esta frase la hizo entristecer. Pronto deberían separarse y era posible que pasara mucho tiempo antes de volver a encontrarse. No quería irse y dejarle solo, pero había tomado una determinación y no pensaba echarse atrás. Darrell estaría bien, se echarían de menos, pero saldría adelante. Sin embargo, si ella se quedaba, sería infeliz y no podía, ni quería, dejar a Canowicakte. Aquella era su decisión y esta vez no dejaría que nadie se interpusiera en sus sueños.

Cuando aquella tarde regresó su padre del trabajo junto a los vecinos que ayudaban a construir la casa, Elisabeth sintió que se le encogía el corazón. Sabía que pronto vendrían las preguntas, seguidas de sus mentiras. Intentó seguir con su rutina, con calma, como un día cualquiera, aunque en su interior escondía sus fuertes ganas de gritar. Darrell estaba sentado a la mesa con su pizarra, intentando hacer las cuentas que Elisabeth le había hecho. Llevaba muchos días sin ir a la escuela y quería que volviera sin haber olvidado lo más básico. Su padre se entretuvo unos minutos charlando con los hombres antes de entrar.

—Les he dicho que se marchen, parece que se acerca una tormenta y Patrick no ha aparecido en todo el día.

Se acercó a sus hijos para besarles en la mejilla a modo de saludo. Se detuvo junto a su hija.

— ¿Sabes algo de Patrick?

Ahí estaba la pregunta que había estado esperando todo el día. Tragó saliva y no dejó de preparar la cena. Evitó mirarle.

—Se fue muy temprano esta mañana. No quería molestar, tenía que ir a la ciudad a tratar unos asuntos. No me dijo cuáles.

Se giró para poner las verduras en la olla. Su padre se sirvió un vaso de agua, cuando terminó continuó su interrogatorio.

— ¿Te dijo cuándo volvería?

—Eh..., sí. Una semana o algo más —Se encogió de hombros mientras se secaba las manos en el delantal. Reunió valor para mirarle, ahora que la mentira había comenzado a salir de sus labios, comenzaba a resultarle más fácil continuar con la farsa—. Supongo que como ahora vivirá aquí, tendrá cosas que dejar zanjadas.

Su padre asintió, pensativo.

—Podría haberme dicho algo. En fin... —Miró a Darrell—. Se te ve muy bien, hijo. No sabes cómo me alegra teneros aquí a los dos —Sonrió y miró a su hija—. Ahora que Patrick se ha ido por unos días, te quedarás aquí, no tiene sentido que sigas durmiendo en tu casa, que aún no está terminada teniendo aquí tu cama y tus cosas. Y como Darrell ya está bien, no hay necesidad que estés allí.

Ella asintió.

—Me parece estupendo —Y miró a Darrell, que le sonreía abiertamente. Así tendría tiempo para pasar con él hasta que se marchara.

Cenaron los tres juntos, como antes de que todo sucediera. Volvían a ser la familia de siempre, la que jamás debió romperse. Miró el asiento que solía ocupar su madre. La echaba tanto de menos. Luego observó a su padre, se le veía feliz con sus dos hijos reunidos. La mentira había calado bien, su padre no sospechaba nada. Nadie les vio salir la noche anterior, nadie escuchó nada, nadie había encontrado el cuerpo, nadie le estaba buscando. Con un poco de suerte, cuando empezaran a buscarle ella ya estaría lejos.

Cuando se acostaron se le ocurrió la mejor forma de despedirse de Darrell. Le escribiría una carta explicándole por qué se marchaba.

Los días siguientes los pasó nerviosa, esperando oír el aullido del lobo. Se preguntaba cómo estaría Canowicakte, si habría escondido bien el cuerpo, si Ohanze se habría recuperado. La incertidumbre la estaba agobiando. Miraba el bosque y ansiaba poder ir a verles, salir de dudas, pero sabía que no era un buen momento. Por las noches, cuando Darrell dormía, emborrataba hojas buscando la mejor forma de despedirse. Cuatro noches después del fatídico accidente, vio una sombra en la ventana. Estaba sentada en la mecedora que tenía frente a la cama. Al primer momento, confusa y llevada por el temor, pensó que era Patrick. Su mente la engañó, creyendo que no había muerto y que volvía para culparla, para confesar todo lo que sucedió en el bosque. Segundos después, aquel gesto con la cabeza y el movimiento del cabello, la relajó. Podía conocer aquella sombra en cualquier sitio. Se levantó con cuidado de no hacer ruido y se acercó a la puerta. Salió al exterior con el ceño fruncido. Le alegraba verle después de tantos días, pero era una imprudencia presentarse en su casa. Si su padre le veía no dudaría en dispararle.

Se tapó bien con el chal, era una noche fría. Habían caído finos copos de nieve que habían dejado una pequeña capa cubriendo el suelo. Se acercó a él y se detuvo a pocos pasos al verle el rostro. Tenía la expresión más triste que jamás hubiera visto en un hombre. Sus ojos hinchado y enrojecido le delataban, aún se veían llorosos. Se asustó y no se atrevió a formular la pregunta. No hizo falta, él se le acercó y la abrazó con fuerza, cayó de rodillas frente a ella y lloró como un niño. Sus brazos rodeaban su cintura y mantenía la cabeza apoyada en su vientre. Le acarició el cabello largo, ahora despeinado.

—Ha muerto, ha muerto.

Dijo entre sollozos. No le hizo falta saber de quién hablaba. Se agachó para estar a su altura y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Lo siento —dijo en un hilo de voz, sintiendo un nudo en la garganta. Solo podía pensar en la sonrisa inocente de Ohanzee, en su carácter afable, en su bondad. No era justo. Sus últimos momentos antes de caer enferma fueron un acto de desprecio por parte de una madre y un niño que no la conocían que, por el simple hecho de ser india, la insultaron, sin pensar en las consecuencias.

—No poder vivir sin ella, ser hermana, amiga, compañera —Se separó para mirarla—. Abuela estar con ella siempre, no querer separar y no dejar nosotros acercar para no poner enfermos también y ahora ella...

—No, Akule no... —Sus ojos se llenaron de lágrimas, era una mujer mayor, era como su propia abuela.

Una luz se encendió en la casa y los dos se quedaron paralizados. Elisabeth reaccionó rápido y le obligó a esconderse tras la casa. Esperó en la entrada, la luz se apagó y todo quedó tranquilo. Suspiró aliviada, puede que su padre se levantara para beber agua. Fue tras la casa y se unió a su amigo.

—Vuelve a la cueva, aquí corres peligro. ¿El plan de irnos sigue en pie? Él asintió.

—Abuela querer nosotros marchar y dejar sola, madre no querer y yo tampoco. Pero ella estar débil, saber no durar mucho.

—¿Se toma las medicinas?

Él negó con la cabeza.

—No querer seguir, decir que muy mayor, que perder mucha gente, querer reunir con los suyos.

—¿Y no quiere luchar por su hija, o por ti?

—No tener fuerzas. Perder dos hijos, perder nieta, perder marido, perder hermanos. Tener pena grande en corazón. Decir que llegar su hora.

Elisabeth agachó la cabeza, podía entenderla, pero odiaba que también ella tuviera que morir. Se acercó a él y volvió a abrazarle.

—Hacer frío y yo no querer poner tú en peligro. ¿Seguro querer venir con nosotros? Ser viaje peligroso, tú dejar aquí hermano al que querer.

Era su único pesar, dejar a Darrell, pero estaba decidida.

—Sí, él lo entenderá.

“Mi querido hermano, puede que ahora no lo entiendas, pero espero que, con el tiempo, llegues a perdonarme. Siento el dolor que voy a causarte, no es mi intención y desearía poder ahorrártelo. Piensa que no es un adiós definitivo, regresaré, de eso no tengas dudas. Necesito tiempo, necesito poner distancia para encontrarme a mí misma. Tú no has hecho nada malo y papá tampoco, os amo a los dos, no lo olvidéis nunca. Puede que yo sea demasiado rebelde, puede que mi espíritu inquieto no esté hecho para vivir encerrada en una casa. De verdad que no lo sé, por eso me marché. Intentaré buscar la felicidad, el sentido a la vida y, cuando esté preparada, volveré a tu lado. Sigue estudiando, trabaja duro, ayuda a papá y sé feliz, por favor, hazlo por mí. Te echaré de menos y por eso, ten por seguro, que volveré a tu lado.

Tu hermana que te quiere, Elisabeth.”

Mientras recorría el bosque a lomos del caballo de Canowicakte, cogida a su espalda, rememoraba la carta que le había escrito a Darrell. La dejó sobre la almohada, bien a la vista para que pudiera leerla en cuanto despertara. Lloraría, gritaría y la odiaría por dejarle, pero esos días a la espera de escuchar el aullido del lobo, había meditado mucho su decisión y en ningún momento cambió de parecer. Estaba tan convencida de necesitar ese giro en su vida, que nada ni nadie podía hacerla cambiar de opinión, ni siquiera el profundo amor que sentía por su hermano. Para no sentirse tan mal, se decía que él estaría bien, era el niño de papá y siempre sería más tolerante. También estaba Bea, que le cuidaría casi como una madre. No estaba solo y ella volvería, no sabía cuándo, pero era algo que también sabía con certeza.

Akule murió una semana después de la visita nocturna de Canowicakte. Aquella misma noche, el aullido del lobo resonó en la lejanía del bosque. Supo que era la hora y que su gran amiga Akule ya no estaba con ellos. Lo tenía todo preparado y no dudó en salir a su encuentro. Cuando vio a la madre de Canowicakte, corrió a abrazarle y a decirle lo mucho que sentía ambas pérdidas. Su cara era el reflejo del dolor. En poco tiempo había perdido a su hija y a su madre, no concebía un dolor mayor. Admiraba su fortaleza, miraba a la vida con valentía y decisión, de frente, sin esconderse. Subió a su yegua y siguió adelante, por su hijo, por ella misma. La vida

continuaba, pese al dolor.

Había escapado justo a tiempo, su padre empezaba a inquietarse por la ausencia de Patrick, hacía preguntas, no solo a ella, también en el pueblo. Venía del trabajo extrañado por no tener noticias suyas, nadie en el pueblo sabía nada de él, nadie le había visto en los últimos días, ni tampoco coger la diligencia. No había hablado con nadie de su marcha y esto comenzaba a preocuparle. Se acercó a la oficina postal, allí tampoco sabían nada, hasta que decidió hablar con el sheriff. Elisabeth supo que era cuestión de tiempo que empezaran a buscarle. Tendría que mentir y no estaba muy segura de poder hacerlo.

Ahora, cogida a la espalda de Canowicakte, cabalgando a su lado, se sentía, por fin, libre. Sentía el viento acariciar su rostro, veía cambiar el paisaje. Era consciente de que su hogar quedaba cada vez más lejos. Solo lo sentía por Darrell. No quiso mirar atrás, convencida de que si lo hacía, no podría irse. Sentía el corazón encogido, le hubiera gustado partir junto a su hermano, por otro lado, se sentía liberada de cargas, presiones y remordimientos. Por fin estaba haciendo lo que realmente quería, que no era otra cosa que buscar su felicidad. Ya tendría tiempo de arrepentirse, de reflexionar, pero ahora necesitaba alejarse de todo.

Cabalgaron durante cinco días, parándose a descansar solo unas horas por la noche y unos instantes de día para comer y beber. Por las noches, se quedaba un rato junto a Canowicakte, tumbados uno junto al otro, contemplando las estrellas, a veces en silencio, otras hablando de cómo vivían las tribus Sioux. Le encantaban sus historias, su voz, mirar su rostro sereno. En esos momentos de tranquilidad sabía que había tomado la decisión correcta.

Cuando al fin llegaron a su destino, Elisabeth quedó asombrada por la imagen que tenía frente a ella. Centenares de tipis dispuestos en una gran extensión adyacente a un pequeño río. Algunos perros jugaban con niños de corta edad, hogueras encendidas para calentarse, mujeres y hombres intentando llevar una vida normal, parecida a la que tenían antes de ser recluidos en una reserva. Al adentrarse, pudo comprobar los rostros famélicos, cansados, de sus habitantes. Como le contó hacía tiempo Canowicakte, la comida suministrada a las reservas era escasa y la caza había casi desaparecido. Era difícil alimentar a sus familias y la desesperación se veía en sus ojos. Aun así, tal y como hacía la madre de su amigo, seguían adelante, retomando sus vidas como mejor podían.

Y por eso estaba ella allí, para seguir con su vida, seguir adelante, siempre. Sintió cómo la mano de Canowicakte agarraba las suyas y se sintió plena, feliz de estar a su lado. Tras mucho tiempo sumida en las sombras, por fin veía la luz.

Epílogo

Elisabeth fue feliz durante los casi dos años que convivió con los indios. Pese a la escasez de alimento y la precariedad, sentía que era ella misma, que no le faltaba nada. Tuvo una hija, algo menudita por la falta de vitaminas. En un principio creyeron que no saldría adelante, pero resultó ser fuerte como su madre y salió adelante. Cuando nació, lo primero que le vino a la memoria fue el acto horrible con el que se engendró. Su odio hacia aquellos hombres evitó que pudiera ver sus ojos, iguales a los de ella, su boca, parecida a la de su padre, su cabello, tan rebelde como el de su hermano. No tuvo hacia ella un sentimiento maternal. Durante el postparto la rechazó y solo la cogía para amamantarla. Poco a poco fue aceptando que era su hija, pero no lograba aflorar el amor que debería tener toda madre. La llamó Ohanzee, en memoria de la hermana de Canowicakte.

Meses después del nacimiento, Canowicakte y ella se casaron en una ceremonia india. Fue el día más feliz de su vida. Nada que ver con el día que contrajo matrimonio con Patrick. Su recuerdo seguía vivo en su memoria, pero había aprendido a convivir con ello. Patrick formaba parte de su pasado, ahora ella era una mujer nueva, que no tenía nada que ver con la Elisabeth de entonces.

Todos la aceptaron como una más y jamás la trataron de forma diferente. Aprendió de los chamanes a curar varias dolencias valiéndose de la propia naturaleza. Las plantas y árboles les ofrecían remedios de lo más efectivos. Las sanadoras también le enseñaron todo lo que sabían y ella resultó ser una alumna dedicada e inteligente, que aprendía con rapidez.

Allí las mujeres estaban integradas, se las escuchaba y respetaba. Las ancianas eran un pozo de sabiduría y nadie rehusaba sus consejos. Aquello le encantaba. No se sentía inferior, o despreciada.

En los primeros días de su matrimonio con Canowicakte, la relación marital se basó en el respeto, las caricias y los besos. Elisabeth era incapaz de yacer con él de una forma más íntima. Cada vez que él intentaba llegar más lejos ella se bloqueaba y le apartaba, sintiendo repulsión por el acto sexual, comparándolo con un acto sucio, de violencia. El tiempo y los consejos de las ancianas del lugar le hicieron relajarse e ir aceptando su relación de forma más natural. El momento se presentó sin esperarlo. En una noche en que los

dos se besaban con pasión, sucedió. Ella no se sintió amenazada, incluso lo deseó. Canowicakte y ella pudieron, por fin, disfrutar de su noche nupcial, sin miedos, sin obstáculos. Se sorprendió disfrutando del momento, tanto, que desde ese instante el acto se repitió cada noche, lo que les llevó a esperar un nuevo bebé, esta vez tan deseado como el amor que se profesaban ellos dos.

Durante ese corto periodo de tiempo, Elisabeth fue feliz, hasta que un día, la noticia de la muerte de Toro Sentado, lo cambió todo. Pie grande, el jefe indio del campamento donde se encontraban, había sido declarado promotor de disturbios y buscado por la ley. Ante esto, decidió partir con los suyos hacia Pine Ridge, donde se encontraba el gran jefe indio Nube Roja, con la esperanza de encontrar refugio y protección.

Una migración de unas 350 personas, la mayoría mujeres y niños, partieron hacia un nuevo hogar bajo el frío invierno. Entre ellos estaba Elisabeth, su pequeña Ohanzee, Canowicakte, su madre y la nueva criatura que crecía en su interior. El largo camino, bajo fuertes nevadas y temperaturas bajo cero, provocó que Pie Grande cayera enfermo de pulmonía. Su estado, que fue empeorando, le obligó a realizar el trayecto en un destartado carronato.

Poco después fueron alcanzados por cuatro tropas de caballería. El mayor Samuel Whitside, del séptimo de caballería, les informó que tenía órdenes de llevarles a un campamento de caballería situado en Wounded Knee.

Tras ver el deplorable aspecto del jefe indio, el mayor dio órdenes de trasladarle en una ambulancia, donde podría realizar el camino con mayor comodidad. Una vez llegaron al campamento, los indios fueron contados, pero dada la oscuridad que se cernía sobre ellos, decidió desarmarles por la mañana. Pie Grande fue instalado en una tienda donde el cirujano le prestó atención médica. Se repartieron algunos víveres y tiendas para acampar. Elisabeth y su familia se alojaron en una de las tiendas, recordándole los días en los que su hermano estuvo enfermo.

Mientras la noche avanzaba, las tropas del mayor hicieron guardia y dos cañones Hotchkiss fueron situados en lo alto de la cima, vigilantes. Nadie podía escapar.

En el transcurso de las horas siguientes, llegó el resto del séptimo de caballería, dirigido por el coronel James W. Forsyth, quien se hizo al mando. Dos cañones más se situaron cerca de los ya existentes.

Al amanecer, les despertaron a todos, les desarmaron y registraron sus tiendas en busca de armas. Nadie entendía nada, apenas tenían pertenencias,

¿qué buscaban? Lo habían entregado todo. Pie grande fue sacado de la ambulancia. Los soldados continuaron su inspección, incluso ordenaron a los guerreros que se despojaron de sus mantas para cachearles. Elisabeth lo observaba todo incrédula y vio cómo Canowicakte se tensaba. Le agarró la mano para infundirle entereza y calma.

Un indio llamado Coyote Negro, que estaba sordo, mostró su Winchester nueva, proclamando su gran valor, levantándola sobre su cabeza, gritando que aquella arma le pertenecía. Si alguien le hubiera insistido que dejara el arma, él lo hubiera hecho, por el contrario un soldado se le acercó de malas maneras. Hubo un forcejeo seguido de un disparo. Lo que sucedió a continuación pasó demasiado rápido para poder reaccionar. Tras el disparo, los soldados comenzaron a disparar sus armas. En el frenético tiroteo, murió Pie Grande.

Canowicakte protegió a Elisabeth y a la pequeña. Los guerreros cogieron sus pocas armas y comenzaron a luchar cuerpo a cuerpo. La madre de Canowicakte la protegió con su propio cuerpo mientras veía cómo su hijo corría para defenderlas y luchar por sus vidas. Su suegra la obligó a correr. El silbido de las balas se escuchaba en todas partes. Elisabeth no podía ver a su marido. El caos era horrible. Los cuerpos empezaron a amontonarse por el suelo. La madre de Canowicakte la tiró al suelo, poniéndose ella encima. La pequeña Ohanzee estaba protegida por los brazos de Elisabeth, llorando aterrada. Fue en ese mismo instante, al verla indefensa, viendo la posibilidad de perderla de una forma tan brutal y absurda, cuando comprendió lo mucho que la amaba y lo dispuesta que estaba a morir por protegerla.

Los disparos cesaron unos segundos, para ser retomados poco después uniéndose al de los cañones. Elisabeth cerró los ojos, deseando que todo terminara de una vez.

Pasó mucho tiempo hasta que se dio cuenta que el ruido había cesado. Howahkan yacía inmóvil sobre ella, con los ojos cerrados. La llamó, sin que ésta reaccionara. Estaba muerta. Su pequeña lloraba en sus brazos. Retiró el cuerpo sin vida de su suegra y se puso en pie. La imagen que tuvo del lugar la hizo sentir náuseas. El olor a sangre lo invadía todo, los cuerpos se amontonaban por el terreno, mujeres, niños, soldados, guerreros. Presa del pánico comenzó a buscar a Canowicakte. Le encontró tendido boca arriba, con varios impactos de bala en su pecho. Gritó, cayó de rodillas, abrazó con fuerza a su pequeña. Lloró con desesperación. Apoyó la cabeza sobre el pecho inmóvil de su amado, sin que él reaccionara. Estaba frío. No habría

más abrazos, más besos, más calor. No volvería a oír su voz, a contemplar aquellos ojos oscuros que adoraba. Su propia raza le había arrebatado todo lo que más amaba en la vida. En ese momento odiaba ser blanca.

Alguien la agarró pidiéndole que le acompañara. No se resistió, no tenía fuerzas. Le parecía estar viviendo una pesadilla, todo aquello no podía estar sucediendo. La subieron a una galera, custodiada por varios soldados. Dentro se encontró con los pocos supervivientes de la masacre, la mayoría de ellos heridos. Su hija sollozaba entre sus brazos. Le acarició en cabello para que se tranquilizara. La meció y susurró una nana, como hacía su madre cuando ella no se encontraba bien, o cuando despertaba por culpa de algún mal sueño. Su pequeña cerró los ojos, más tranquila junto a la protección que le ofrecía su madre. Se sintió mejor al verla tranquila.

El frío de la noche empezó a hacer mella. Les condujeron a Pine Ridge y les obligaron a esperar en las galeras hasta encontrarles un lugar donde ubicarles. Su pequeña tiritaba de frío y veía cómo sus pequeños dedos cogían un color violáceo. Se las frotaba y les daba calor con el aliento de su boca.

Horas después, abrieron la misión epicospaliana, donde se les hizo hueco para que durmieran en el suelo. Elisabeth leyó un letrero nada más entrar, rezaba así: «PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD». Le entraron ganas de gritar. Se tumbó con su pequeña y veló sus sueños acariciándole el pelo. Lloró en silencio, dejó que la rabia y la impotencia recorrieran todas las partes de su cuerpo en tensión. Nadie debería vivir algo semejante. Aquella masacre fue inhumana, innecesaria, tantas muertes a razón de qué. No tenía sentido, aquel odio a los indios era irracional y no creía posible que terminara nunca.

Semanas más tarde, curadas las heridas y reuniendo fuerzas para continuar, decidió escribirle una carta a su hermano. La respuesta llegó días después, firmada por Bea.

“Mi querida Elisabeth, nos alegra mucho tener noticias tuyas. Darrell vive con nosotros. Siento comunicarte que tu padre falleció hace un año a causa de un infarto. Nunca se recuperó de tu pérdida. Se culpó por tu ausencia y volvió a beber. Tu casa está esperando que alguien la ocupe, Darrell sería muy feliz de poder compartirla contigo. Quisiera recordarte que aquí todos te echamos de menos y te queremos. Con la esperanza de que vuelvas pronto, tu amiga, Bea”.

La noticia no pudo entristecerla más de lo que estaba, pero aquella carta le indicó su nuevo destino. Era el momento de volver. Se lo prometió a su

hermano, ya nada la retenía allí, sin embargo, Darrell la necesitaba ahora más que nunca y ella a él. Un nuevo rumbo se abría ante ella.

[1] Canowicakte: el cazador de los bosques

[2] Ohanee: Sombra

[3] Akule: Mira hacia arriba

[4] Howahkan: Misteriosa voz

[5] Fuerte y valiente.